

LA FE ORTODOXA
Padre Thomas Hopko
Volumen 2

VIDA LITÚRGICA Y ORACIÓN



INDICE

I - LAS FUENTES DE LA DOCTRINA	3
II - LOS SACRAMENTOS	15
III - EL CICLO DIARIO DE ORACIÓN	35
IV - EL AÑO LITÚRGICO	41
V - LA DIVINA LITURGIA	97

Autor : Rev. Padre Thomas Hopko
Departamento de Educación Religiosa
Iglesia Ortodoxa en América

Latham, NY 1983

Traducción y adaptación al español: Christine Fitzurka V.

Instituto de Teología Ortodoxa San Ignacio de Antioquía

Taller de Espiritualidad 2020

WWW.CORPSANIGNACIO.COM

INTRODUCCIÓN DE LA PRIMERA TRADUCCIÓN

La siguiente obra es la traducción del inglés al español, del volumen II de la serie Manual de la Fe Ortodoxa, en 4 volúmenes, escrita por Rev. Padre Tomás Hopko, ex decano del Seminario Ortodoxo de San Vladimir, en Nueva York, EEUU. Se advierte al lector que, aunque la presente publicación es una traducción, se ha tomado libertad en la preparación del texto. Esta libertad consiste principalmente en describir la práctica litúrgica de acuerdo a lo que se vive en la Iglesia Ortodoxa de tradición antioqueña o griega, en vez de la tradición rusa o eslava. En algunos casos, explicaciones pertinentes expresamente a la tradición rusa han sido puestas en notas a pie de página.

Agradecemos al Rev. Padre Hopko, y la Iglesia Ortodoxa en América, quienes gentilmente han permitido la publicación de este texto en español. Es nuestra esperanza que este volumen, referente a la Vida de Oración y Práctica Litúrgica de la Iglesia Ortodoxa, sea de ayuda espiritual y educacional para los que desean adentrarse en este tema.

Santiago
Febrero, 2001

I - EL TEMPLO

EL TEMPLO

A través de la milenaria historia de la Iglesia Ortodoxa, se ha desarrollado un estilo especial de arquitectura eclesial. Éste se caracteriza por el deseo de revelar la experiencia fundamental del Cristianismo Ortodoxo: **Dios está con nosotros** (Isaías 8,10; Mateo 1,23)

El hecho de que ha venido Cristo el **Emanuel** (que traducido quiere decir, "*Dios con nosotros*"), es lo que determina la forma del templo ortodoxo. Dios está con el ser humano en Cristo, mediante el Espíritu Santo. La morada de Dios está en el ser humano. **"El Dios Altísimo no vive en templos hechos por la mano de los hombres,"** dice San Esteban (**Hechos 7,48**) citando a los profetas del Antiguo Testamento. San Pablo dice que los propios seres humanos son templos de Dios:

...y Jesucristo mismo es la piedra principal. En Cristo, todo el edificio va levantándose en todas y cada una de sus partes, hasta llegar a ser, en el Señor, un templo santo. En él también ustedes se unen todos entre sí para llegar a ser un templo en el cual Dios vive por medio de su Espíritu. (Efesios 2, 20b-22).

Las siguientes palabras de San Pedro expresan el mismo concepto:

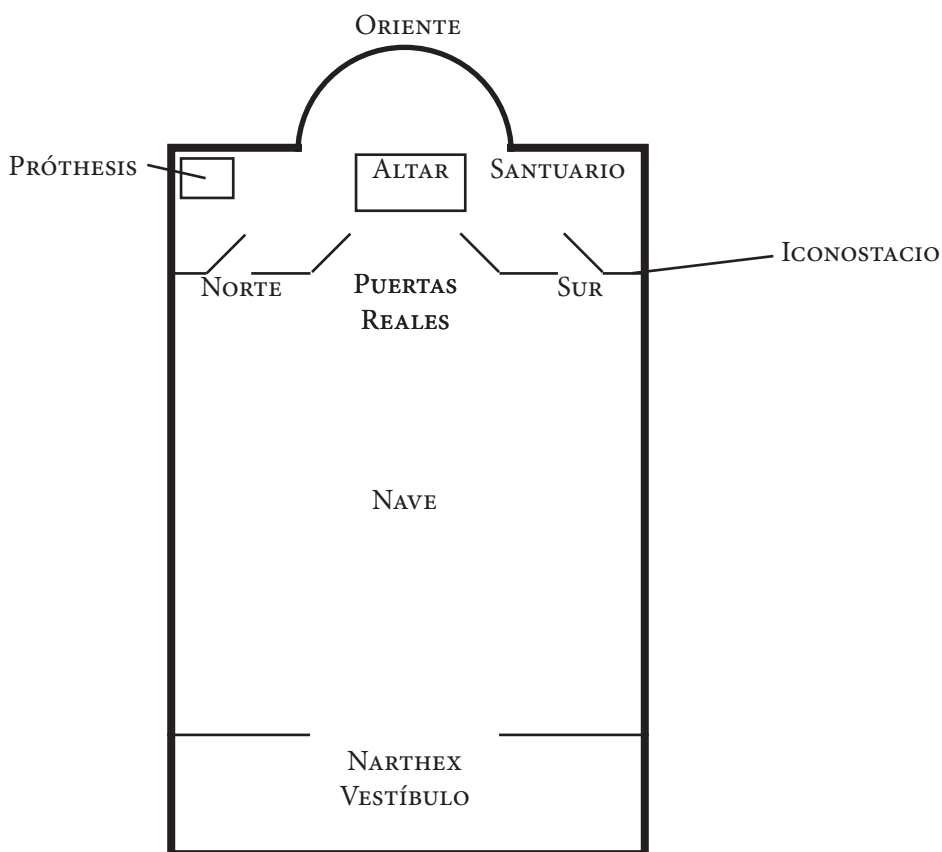
Acérquense, pues, al Señor, la piedra viva que los hombres desecharon, pero que para Dios es una piedra escogida y de mucho valor. De esta manera, Dios hará de ustedes, como de piedras vivas, un templo espiritual, un sacerdocio santo, que por medio de Jesucristo ofrezca sacrificios espirituales, agradables a Dios. (I Pedro 2, 4-5)



“Nosotros somos el templo del Dios viviente...” (II Corintios 6,16) Es precisamente esta convicción y experiencia que la arquitectura de la Iglesia Ortodoxa expresa.

La arquitectura de la Iglesia Ortodoxa revela que Dios está con los seres humanos, permaneciendo en nosotros mediante Cristo y el Espíritu. Se logra esto mediante el uso de una cúpula que corona el templo cristiano ortodoxo. A diferencia de los arcos góticos que apuntan a un Dios lejano en el cielo, la cúpula, el techo amplio que abraza todo lo que se encuentra bajo su extensión, transmite la experiencia que en el Reino de Dios, y en la Iglesia (que es el Reino de Dios sobre la tierra), Cristo **“reúne a todas las cosas en sí mismo, ... tanto en el cielo, como en la tierra,”** (Efesios 1,10) y que en Él somos todos llenos **“de la plenitud total de Dios.”** (Efesios 3,19)

El interior de un templo ortodoxo está diseñado especialmente para manifestar la experiencia de la unidad de todo en Dios. No pretende representar la sala en que se efectuó la Última Cena, ni tampoco una sala de reuniones de encuentro mundano. El templo está construido conforme a la imagen del Reino de Dios que se encuentra en el libro del Apocalipsis. Delante nuestro está la santa mesa del altar, en la cual Cristo está entronizado, como el Verbo de Dios en los Evangelios y como el Cordero de Dios en el sacrificio eucarístico. Alrededor de esta mesa se encuentran los ángeles y los santos, los servidores del Verbo y del Cordero, quienes lo glorifican y, mediante Él, glorifican a Dios Padre, en la eterna adoración inspirada por el Espíritu Santo. Se unen a esta adoración los fieles cristianos que ya en este mundo forman parte de esta asamblea santa y **“que son conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios...”** (Efesios 2,19) entran a la adoración eterna del Reino de Dios en la Iglesia. Así, de acuerdo a la concepción ortodoxa, el **vestíbulo** representa este mundo; la **nave** es el lugar del templo que se entiende como la asamblea y el pueblo de Dios; y el **altar**, el lugar sagrado, que representa el Reino de Dios.



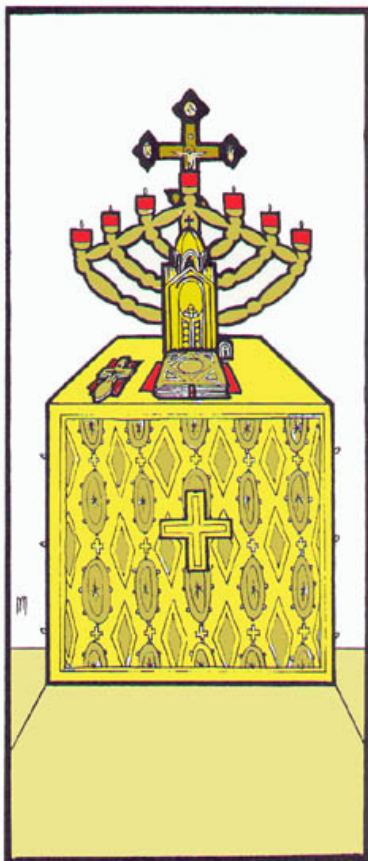
LA SANTA MESA DEL ALTAR

Hemos visto como toda la edificación de la iglesia está centrada alrededor de la santa mesa del altar. Esta no es simplemente un símbolo de la mesa de la Última Cena. Es la presencia simbólica y mística del trono celestial del Reino de Dios y de Su mesa (Lucas 22,30); es la mesa de Cristo el Verbo, el Cordero y Rey de la Vida Eterna, del glorioso dominio de Dios sobre toda la creación.

En la tradición ortodoxa, el altar habitualmente es de madera o piedra tallada. Está revestido de manteles de colores claros, (generalmente blanco), simbolizando su carácter divino y celestial. Por lo general la mesa es en forma de cubo perfecto, y siempre alejada del muro del ábside, para que se pueda caminar alrededor de ella completamente.

El **Evangelionario**, libro de los Santos Evangelios, está permanentemente colocado en un lugar de honor sobre la mesa del altar. Es en este altar que ofrecemos al Padre el “sacrificio incruento” de Cristo. Y de este altar recibimos el Pan de la Vida: el Cuerpo y la Sangre del Señor. El altar es la mesa del Reino de Dios.

Encima de la mesa del altar, y debajo del evangelionario, siempre se encuentra una tela especial con un dibujo iconográfico que muestra a Cristo en la tumba, y que lleva la firma del obispo. Se llama el **antimension**, y es el permiso otorgado a la comunidad local para reunirse en calidad de Iglesia. La palabra “**antimension**” que literalmente significa “**en vez de la mesa**”, representa a la mesa del obispo, ya que él es en realidad el pastor de la Iglesia. La mesa del obispo,... obviamente se encuentra en la iglesia Catedral, lugar en donde el obispo tiene su silla, es decir, su **cátedra**.



Normalmente, el **antimension** contiene una reliquia de un santo (por lo general, una parte de su cuerpo), lo que nos dice que la Iglesia está construida sobre al sangre de los mártires y la vida de los santos de Dios. Esta práctica proviene de la Iglesia primitiva, que tenía la costumbre de reunirse y celebrar la eucaristía sobre las tumbas de los mártires por la fe cristiana. Generalmente también se coloca una reliquia en la estructura de la mesa del altar. Además, sobre el **antimension** se coloca una pequeña esponja que sirve para reunir, en la **patena**, las partículas consagradas y dejarlas caer en el **cáliz**.

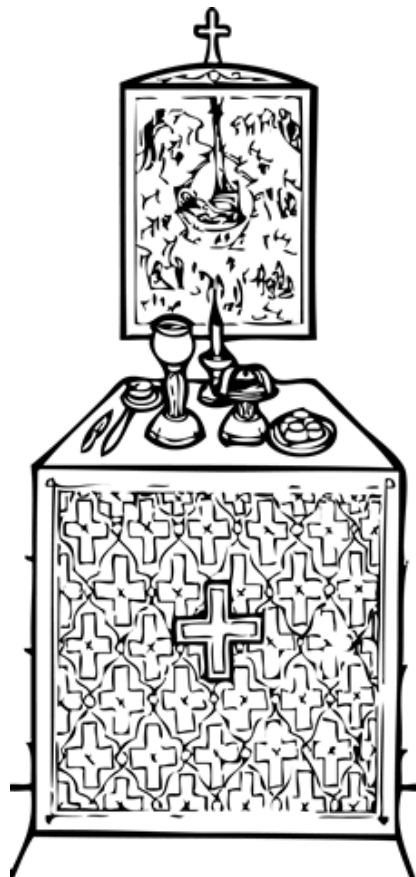
También sobre la mesa del altar encontramos el **tabernáculo**, usualmente en forma de templo (en el que se guardan los dones de la santa comunión reservada para los enfermos y para la Liturgia de Dones Presantificados), y, en la parte de atrás, (en iglesias de tradición rusa) un **candelabro** de siete brazos, proveniente de la tradición del Antiguo Testamento, o bien (en iglesias de tradición griega o árabe) dos **candelabros**, uno a cada lado del altar. En términos generales, la tradición cristiana ortodoxa considera al Templo de Jerusalén como “**prototipo**” para la construcción de los templos cristianos, y para la verdadera adoración “**en espíritu y verdad**” del Reino de Dios, que nos trae Cristo, el único Mesías. (**Juan 4,23**)

LA MESA DE LA PROSKOMIDIA O DE LA PREPARACION

Mirando hacia el altar desde la nave, a la izquierda de la mesa del altar se encuentra la **mesa de la proskomidia**, o la **mesa de la preparación**, donde se prepara el pan y el vino para la Divina Liturgia. Está recubierta de un mantel con bordados, del mismo color del que recubre el santo altar. En esta mesa se guarda el **cáliz** (la copa para el vino) y la **patena** o **discos** (especie de plato redondo, que generalmente tiene un pie, sobre el cual el sacerdote dispone las partículas que extrae en el pan de las ofrendas). Estos recipientes litúrgicos son de metal precioso y normalmente están decorados con motivos iconográficos, símbolos cristianos y la señal de la cruz.

También en esta mesa se encuentran el **cuchillo litúrgico**, simbólicamente llamado la **lanza**, que se utiliza para cortar las partículas del pan eucarístico, y la **cuchara litúrgica** que se usa para dar la Santa Comunión a los fieles. Además, se encuentra el **asterisco** o **estrella** (formado de dos piezas de metal curvadas, cruzadas una sobre la otra y unidas en el medio), que simboliza la estrella de Belén y sirve para aislar las partículas del pan del pequeño velo de tela que debe recubrirlas durante su transporte en la Gran Entrada de la Divina Liturgia. Otro velo, de tela similar, cubre el cáliz, y un tercero, más grande, llamado **aer**, cubre a la vez el cáliz y la patena. Generalmente también se encuentran allí los paños y esponja especiales para limpiar y secar el cáliz después de la Divina Liturgia.

Arriba de la mesa de la proskomidia normalmente se encuentra algunos íconos. A veces está el de Cristo rezando en el Huerto del Getsemaní, y a veces el de la **Natividad de Cristo**. Esta mesa es adornada de manera parecida a la mesa del altar, pues es un lugar santo reservado para la preparación de los dones eucarísticos.



LOS ÍCONOS

En la Iglesia Ortodoxa, los íconos dan testimonio de la presencia de Dios en nosotros, en el misterio de la fe vivida. Los íconos no son simples representaciones humanas, ni meras ayudas a la contemplación y oración. Son los testigos de la presencia del Reino de Dios entre nosotros, y también de nuestra propia presencia al Reino de Dios en la Iglesia. Para la fe ortodoxa, los íconos no sólo son permitidos, sino que en verdad son espiritualmente *necesarios*, porque **“la Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros” (Juan 1,14)**. Cristo es verdadero hombre y, como tal, es verdaderamente el **“ícono (la imagen) del Dios invisible” (Colosenses 1,15; I Corintios 11,7; II Corintios 4,4)**.

El **iconostasio**, o **panel de íconos**, en la Iglesia Ortodoxa, pone de relieve nuestra unión con Dios, con Cristo, con su Madre la Santísima Virgen María y con todos los Ángeles y Santos. La **mesa del altar**, que simboliza la Mesa de Banquete en el Reino de Dios, está ubicada detrás de las llamadas **puertas reales**, entre los íconos de la Theotokos con el Niño Jesús, y el Cristo entronizado y glorificado, señalando que todo cuanto nos sucede en la Iglesia sucede entre estas “dos venidas” de Cristo: la primera Venida como el Salvador nacido de María, y Su segunda Venida al final de los tiempos como Rey y Juez.

Los íconos de las **puertas reales** del iconostasio dan testimonio de la presencia entre nosotros de la Buena Nueva de Cristo, del Evangelio de la Salvación. En ellas se ubican los íconos de los cuatro **Evangelistas: San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan**, los autores de los 4 evangelios canónicos del Nuevo Testamento quienes escribieron la Buena Nueva de Cristo. También en las Puertas Reales se ubica el ícono de la Anunciación, el primer anuncio de la salvación en el mundo.¹

Arriba de las **puertas reales** vemos el ícono de la “Cena Mística de Cristo con sus discípulos”, ícono del principal misterio de la fe cristiana y de la unidad de la Iglesia en el mundo. Es el testimonio visual que nosotros también somos partícipes en la **“cena de las bodas del Cordero” (Apocalipsis 19,9)**, y que también somos bendecidos por Cristo para comer y beber **“a mi mesa en mi reino” (Lucas 22,30)**, bendecidos para comer **“pan en el Reino de Dios” (Lucas 14,15)**

A ambos lados de estos íconos centrales, encontramos otros de los santos y de los ángeles. Las puertas laterales, que se llaman las **puertas del diácono** (y que son para las personas que sirvan en el altar) normalmente llevan los íconos de los arcángeles Miguel y Gabriel, o de los santos diáconos Esteban² y Felipe. La primera fila de íconos, al mismo nivel que las puertas, tiene también un ícono del santo o de la fiesta a la que el templo es dedicado, además de otros santos prominentes (normalmente San Juan Bautista entre ellos). Dependiendo de su tamaño, el iconostasio puede tener otras filas de íconos más arriba: de los santos apóstoles, las fiestas principales de la Iglesia, los profetas y otros santos que han recibido la bendición de Dios, todo coronado por la cruz de Cristo en la parte superior.

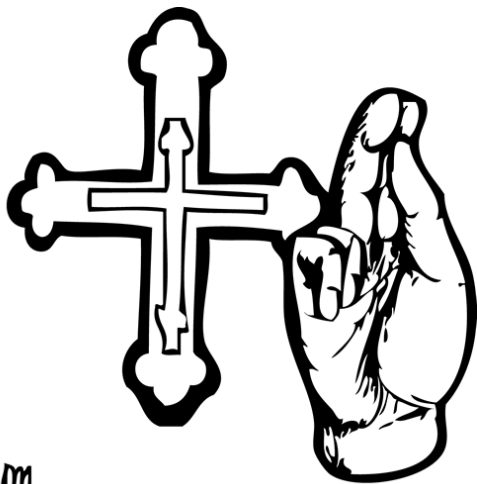
1 En griego, la palabra evangelio es *evangelion*; los autores del evangelio son los *evangelistoi*; y la Anunciación es el *evangelismos*, todas palabras de la misma raíz, del verbo *evangelízomai*, que quiere decir anunciar o dar la buena nueva.

2 San Esteban fue el primer diácono de la Iglesia primitiva. Ver el Libro de los Hechos de los Apóstoles, 6,5-6. **“Y eligieron a Esteban, varón lleno de fe y del Espíritu Santo, a Felipe, a Prócoro, a Nicanor, a Timón, a Parmenas, y a Nicolás prosélito de Antioquía; a los cuales presentaron ante los apóstoles, quienes, orando, les impusieron las manos.”**

No se debe entender el iconostasio como una especie de división entre el altar y la nave, entre Dios y el pueblo. Todo por el contrario, el iconostasio es el testimonio vivo de la Encarnación de Dios, el Verbo hecho carne que **“habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.” (Juan 1,14)** En el transcurso de los últimos siglos, en la mayoría de las iglesias ortodoxas, el iconostasio fue cargado de ornamentos hasta transformarse, poco a poco, en una verdadera barrera que separa los fieles del **santuario**, en lugar de unirlos. Felizmente esta tendencia se ha atenuado en la actualidad y el iconostasio está volviendo a ser lo que era en su origen: un soporte destinado a resaltar los íconos.

Además del iconostasio, los templos ortodoxos habitualmente tienen íconos o frescos en las paredes y el techo. El “canon” según el cual se diseña el templo ortodoxo indica que el ícono del Cristo Todopoderoso, el Pantocrator, debe estar en medio del templo, en la cúpula principal, y el de la Virgen María Theotokos con el Niño encima del santuario. Se considera este último como la **“imagen de la Iglesia”** ya que María es el prototipo de la asamblea entera de creyentes en quienes Cristo habita. Asimismo en el área del altar, es costumbre poner íconos de los santos que compusieron las liturgias e himnos de la Iglesia, y definieron y fijaron los conceptos de la verdadera fe. Por eso, frecuentemente detrás de la mesa del altar encontramos los íconos de los **Tres Doctores de la Iglesia, San Gregorio.. Magno, San Juan Crisóstomo y San Basilio el Grande.**³ En otros templos, detrás del altar se encuentra el ícono de Cristo en gloria: entronizado, o en la Transfiguración, o en la Resurrección, o bien, ofreciendo los dones eucarísticos.

LA SEÑAL DE LA CRUZ



Otro elemento que se encuentra en la mesa del altar es una pequeña cruz de mano, que el sacerdote usa para dar bendiciones. Se coloca el símbolo de la cruz en todas partes del templo: en las mesas, en los ornamentos, en los cálices, etc.

La cruz es el símbolo fundamental para los cristianos, no sólo como el instrumento de la salvación del mundo por el Cristo crucificado, sino, además, como el testimonio constante de que el ser humano no puede ser cristiano a menos que considere la cruz como el contenido de su propia vida en este mundo. “Si alguno quiere ser discípulo mío, olvídense de sí mismo, cargue con su cruz, y sígame.” (Marcos 8, 34)

Por esto el fiel cristiano se persigna. Los ortodoxos unen sus dedos índice y mayor junto al pulgar, en señal del Dios Trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo; la Santísima Trinidad, Tres Personas en un solo Dios. Los otros dos dedos van doblados contra la palma de la mano, lo que representa las dos naturalezas de Cristo Jesús, su **Naturaleza Divina** y su **Naturaleza Humana**. Jesucristo bajó a la tierra para encarnarse del Espíritu Santo y de la Santísima Virgen María por nosotros y nuestra salvación. La señal de la cruz se hace tocando primero la cabeza, luego el pecho, y entonces del hombro derecho al hombro izquierdo. Este símbolo, único y completo, muestra que la Cruz es la inspiración, el poder y el contenido mismo de nuestras vidas como cristianos; y que la mente, el corazón y la fuerza del ser humano han de entregarse totalmente al amor a Dios y al prójimo.

³ A San Juan Crisóstomo le es atribuido el texto de la Divina Liturgia que se celebra con la mayor frecuencia en la Iglesia Ortodoxa y que lleva su nombre, y a San Basilio el Mago la que se celebra 10 veces durante el año en oportunidades específicas (ver explicación más adelante).

LOS ORNAMENTOS LITÚRGICOS



En la Iglesia Ortodoxa, los miembros del clero se revisten de ropa especial para la celebración de los oficios litúrgicos. Existen dos fundamentales vestimentas: el **alba** y la **estola**. La primera de ellas, el **alba** o **stijarion**, es la **túnica bautismal**. Todos los sacerdotes y obispos se ponen esta túnica durante la Divina Liturgia. Es de color blanco, ya que representa la “**túnica de la salvación**”; la misma túnica blanca en que todo cristiano se reviste en el día de su bautismo, simbolizando la nueva humanidad de Jesús y la vida en el Reino de Dios (**Apocalipsis 7,9 ss**).

La segunda vestimenta esencial del clero cristiano, la **estola** o **epitrajilion**, que va alrededor del cuello y sobre los hombros, es signo del **ministerio pastoral**. Originalmente se confeccionaba de lana, simbolizando las ovejas, es decir, el rebaño de Cristo, por quienes los pastores son responsables espirituales. Tanto los obispos como los sacerdotes llevan esta vestimenta al ejercer su ministerio pastoral, dando testimonio de que los ministros de la Iglesia viven y actúan única y exclusivamente para cuidar y servir los miembros del rebaño de Cristo Jesús el Señor.

A través de la historia de la Iglesia, se aumentaron y se desarrollaron más los ornamentos litúrgicos empleados por el clero. Los obispos, sacerdotes y diáconos comenzaron a usar unos **puños** especiales o epimaniquias, diseñados para mantener las vestimentas en forma ordenada durante los oficios. En el momento de revestirse con estos puños litúrgicos, los clérigos rezan versículos de los salmos que les recuerdan que sus manos pertenecen a Dios.⁴

También comenzó a usarse un **cinturón** para sujetar los ornamentos. Al colocarse el cinturón, los clérigos rezan salmos que les recuerdan que es Dios quien les da la fuerza para llevar a cabo su ministerio. Solamente los obispos y sacerdotes utilizan este cinturón litúrgico.⁵

La túnica que llevan los diáconos, hipodiáconos y lectores también se llama **stijarion**. Probablemente tiene su origen en la misma túnica bautismal, sólo que de forma más ricamente elaborada. Los diáconos e hipodiáconos también llevan una **estola** llamada el **orarion**. Esta estola probablemente fue, en su forma original, un largo pedazo de género en que fueron escritas las letanías litúrgicas y otras oraciones. Esta vestimenta recibe su nombre del verbo **orar**. En los oficios litúrgicos hasta el día de hoy, el diácono levanta el orarion en gesto de rezar cuando entona las partes del oficio divino que le correspondan. El hipodiácono, en cambio, lleva su orarion atado por la espalda en forma de cruz.

4 Al colocarse el puño en la mano derecha, el sacerdote reza lo siguiente: “**Tu diestra, oh Señor, se glorifica por la fortaleza; tu mano derecha, oh Señor, aniquiló a los enemigos y en la multitud de tu gloria, ha borrado a tus adversarios.**” Para la mano izquierda reza: “**Tus manos me han creado y me han formado; instrúyeme y aprenderé tus mandamientos.**”

5 Al colocarse esta vestimenta, el celebrante reza: “**Bendito sea Dios, que me ciñe de fortaleza, y ha hecho inmaculado mi camino. Haz que mis piernas sean como las del ciervo y colócame en las alturas.**”

Los sacerdotes además de la túnica bautismal blanca, de su estola pastoral, puños y cinturón, también llevan una túnica exterior grande llamada **felonion** o **casulla**. El felonion cubre toda su espalda, y por delante le cubre hasta la cintura. Esta vestimenta seguramente fue desarrollada en base del vestuario formal de la temprana era cristiana y, bajo la inspiración bíblica, llegó a identificarse con el llamado de la vocación sacerdotal. Al revestirse del felonion, el sacerdote reza las siguientes palabras del Salmo 132:

Tus sacerdotes, oh Señor, se revestirán de justicia, y los santos se regocijarán con alegría ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amen.

Es probable que antiguamente los obispos también llevaran el felonion, y sobre él se colocaban el **omoforion**, la vestimenta que es emblema de su ministerio episcopal como pastor principal de la iglesia local. Sin embargo, cuando el imperio cristiano fue capturado por los Turcos en el siglo 15, a los obispos cristianos del oriente les fue confiado el poder civil sobre todos los cristianos bajo dominio turco. Entonces, debido a que el imperio cristiano ya no existía, los obispos adoptaron el uso de la insignia imperial y comenzaron a vestirse de la misma manera que antes lo habían hecho los gobernadores civiles cristianos. Utilizaron, entonces, la túnica imperial, el **sakkos**, y la corona imperial, la **mitra**. También comenzaron a pararse sobre el **orlets** (el águila; una pequeña alfombra con la imagen de una águila en ella) durante los oficios divinos y a llevar el **báculo**, que simbolizaba más su poder civil y seglar, que su ministerio pastoral. Fue también en este periodo que comenzó a usarse la palabra **déspota** al dirigirse uno a los obispos, palabra que significa **soberano**, un título para el poder temporal y no espiritual. Y los clérigos comenzaron a llevar pelo largo, también signo de gobierno terrenal en tiempos antiguos. En el siglo 17, durante la reforma del Patriarca Nikon, estas mismas costumbres fueron adoptadas por la Iglesia Rusa para sus obispos.

A través de los años, algunos de estas nuevas insignias en la Iglesia fueron “espiritualizadas”, y se les otorgó un significado bíblico. Así, la mitra llegó a entenderse como señal de la victoria cristiana, pues los santos reciben sus coronas y reinan juntos a Cristo. (**Apocalipsis 4,4**) La águila comenzó a comprenderse como signo del vuelo hasta la Jerusalén celestial, ya que es el clásico símbolo bíblico de San Juan y el Cuarto Evangelio. (**Apocalipsis 4,7; Ezequiel 1,10**) El báculo llegó a representar la vara de Aarón (**Éxodo 4,2**), y así sucesivamente. Se debe entender, sin embargo, que estas particulares insignias del oficio episcopal son de un desarrollo más tardío y accidental en la historia de la Iglesia. A las vestimentas de los obispos y sacerdotes es necesario agregar el **epigonation**, pieza de tela en forma de rombo. Este es una distinción que simboliza la “espada de la fe” y el Verbo de Dios. Los sacerdotes reciben este símbolo cuando el obispo les confiere la bendición que los autoriza a realizar la Confesión Sacramental.

En relación a la participación del obispo en los oficios divinos, también se desarrolló el uso de dos candelabros especiales con que el obispo bendice a los fieles. Uno de estos candelabros tiene tres velas, y se llama el **trikiri**; la otra tiene dos velas, y se llama el **dikiri**. Estos candelabros representan los dos misterios fundamentales de la fe cristiana ortodoxa: que hay **Tres Personas Divinas en un solo Dios**; y que **Jesucristo, el Salvador, tiene dos naturalezas**, siendo **Dios perfecto y hombre perfecto**.

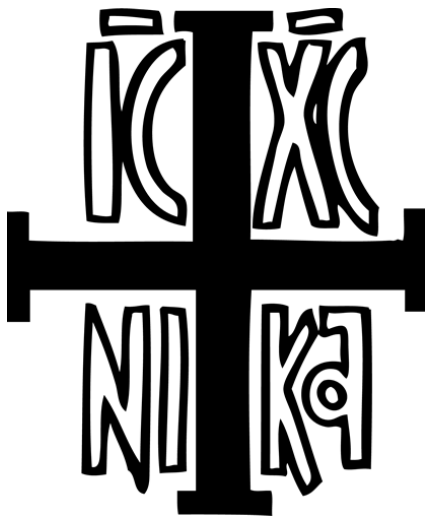
Existen también dos clases de gorros litúrgicos que tienen significado especial en la Iglesia Ortodoxa: uno en punta, y otro cilíndrico. Generalmente, todos los sacerdotes de las iglesias de tradición griega o árabe se usa el gorro de forma cilíndrico, pero en iglesias de otras tradiciones locales es usada sólo por algunos como una distinción especial. Los obispos y monjes la utilizan con un velo negro que cae por la espalda. El gorro en forma de punta es utilizado por los monjes y, según la tradición rusa, por algunos miembros del clero casado como signo de alguna distinción especial. También en la tradición rusa, ciertos miembros del clero casado reciben el honor de llevar

la mitra durante los oficios litúrgicos. En otras iglesias ortodoxas, sin embargo, la mitra es reservada únicamente para los obispos y abades de los monasterios, los archimandritas. El uso de estos gorros litúrgicos, como se puede ver, varía entre las distintas tradiciones locales de las iglesias, y no es universal. Hoy en día, su utilización en la Iglesia ortodoxa está en regresión.

Por último es necesario señalar que tanto los obispos como los sacerdotes se ponen una cruz pectoral. Además, el obispo lleva **un medallón o encolpion** con la imagen de Cristo, de la Theotokos con el Niño Jesús, llamada la **Panagía**, que quiere decir, la **Toda Santa**. Ciertos dignatarios tienen el derecho de llevar dos medallones, uno a cada lado de la cruz pectoral. En cuanto al uso de la cruz por los sacerdotes, de acuerdo a la tradición rusa todos los sacerdotes la llevan, mientras en otras tradiciones locales como la griega y la árabe, es utilizada litúrgicamente sólo por aquellos sacerdotes a quienes ha sido otorgada como una distinción especial.

La Iglesia Ortodoxa firmemente sostiene que el uso de vestimentas litúrgicas es esencial a la práctica litúrgica, experimentada como la realización de comunión con el glorioso Reino de Dios, un Reino que aun ha de venir, pero que a la vez ya está junto a nosotros en el misterio de la Iglesia de Cristo. Sin embargo, la tendencia actual es que las vestimentas sacerdotales tengan mas simplicidad, más próximas a la inspiración bíblica y sacramental de las primeras comunidades cristianas.

LOS SÍMBOLOS CRISTIANOS EN LA IGLESIA



El uso de símbolos abunda en la Iglesia Ortodoxa. Estos símbolos son aquellas realidades capaces de manifestar a Dios a los seres humanos, signos que nos llevan más allá de nosotros mismos y nos conducen, mas allá de ellas, hasta una genuina unión y conocimiento de las realidades eternas y divinas.

Entre los símbolos cristianos que ya hemos mencionados se encuentran los íconos, el signo **de la cruz**, y las **vestimentas** para la celebración litúrgica. Además, podemos hablar del uso de distintos **colores** específicos, cada uno con significado propio⁶, así como el uso de **luz**, principalmente la luz de velas, que nos lleva a **Cristo**, la **Luz del mundo y del Reino de Dios**. En términos generales, la luz es un símbolo universal de la presencia mística de Dios como lo Verdadero, lo Bello y lo Bueno. Casi todas las tradiciones religiosas, filosóficas y artísticas dan testimonio de esto mismo.

La Iglesia Ortodoxa sigue la tradición bíblica en su uso de **incienso**. (Ver por ejemplo, Éxodo 30,8; **Salmo 141,2**; **Lucas 1,9**; **Apocalipsis 8,3**) El incienso es el símbolo de la elevación de nuestra oración, de sacrificio espiritual y de la dulce fragancia del Reino de Dios.

La Iglesia también emplea pan, vino, trigo, aceite, agua, flores y frutas, como signos del amor, misericordia, bondad, vida y presencia de Dios, todos otorgados al ser humano en la creación. Por cierto, todos los elementos de la creación encuentran la “verdad” de su propia existencia, como expresiones y manifestaciones de Dios, “símbolos” de su presencia y acción en el mundo para con el ser humano. Es por esta razón que utilizamos estos elementos en la Liturgia.

⁶ Por ejemplo, el color **rojo** simboliza la **sangre de los mártires**; **verde**, el **Espíritu Santo**; **azul profundo**, lo **divino**, etc.

En la Iglesia también se utilizan varios símbolos gráficos. Entre los más importantes de estos tenemos **las iniciales del nombre de Cristo (IC XC)**; el **triángulo** de la Santísima Trinidad; el **círculo** de la eternidad; el **pez**, que representa a Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador Nuestro; el **ojo**, que simboliza la omnipresencia de Dios; la **llama** de la presencia de Dios que consume a todo; la **ancla** de la esperanza; la **vid** que simboliza a Cristo quien dijo: **“Yo soy la vid, vosotros los pámpanos.” (Juan 15,5)**; el **alfa** y la **omega (Apocalipsis 1,8)**; la **corona** y el **báculo** del reinado de Cristo; junto a muchos otros, todos los cuales indican algún aspecto de la presencia y acción salvadoras de Dios en el mundo.

El uso de los símbolos cristianos es un modo de revelación y comunión que va más allá de una simple comunicación verbal o intelectual. Los símbolos mueren cuando son artificialmente inventados, explicados en forma racional, o bien reducidos a meras ilustraciones cuyo significado no es comprendido de forma inmediata por el ser humano al nivel de su viva experiencia y visión espiritual.



II - LOS SACRAMENTOS

LOS SACRAMENTOS

En la Iglesia Ortodoxa, se refiere a los **sacramentos** como los “**santos misterios**”. Usualmente se cuentan siete sacramentos o misterios: **Bautismo, Crismación, Santa Eucaristía, Penitencia, Santo Matrimonio (Coronación), Orden Sagrado y Unción de los Enfermos.**

La práctica de contar un número específico de sacramentos en la Iglesia Ortodoxa fue heredada de la Iglesia Católica Romana. No es la antigua práctica de la Iglesia. Además, tiende a transmitir una impresión equivocada, ya que da a entender que solamente existen siete ritos específicos que son “sacramentos”, y que todos los otros aspectos de la vida de la Iglesia son esencialmente distintos a ellos. La práctica más antigua y más tradicional de la Iglesia Ortodoxa es, de considerar todo en la Iglesia como sacramental o místico.

La Iglesia puede definirse como la nueva vida en Cristo. Es la vida del ser humano animado por el Espíritu Santo en unión con Dios. Todos los aspectos de la nueva vida de la Iglesia participan del misterio de la salvación. En Cristo y en el Espíritu Santo, todo lo que es pecaminoso y mortal, es santificado por la gracia de Dios Padre. Por lo tanto, en Cristo y el Espíritu Santo, todo en la Iglesia se vuelve sacramento, un elemento del misterio del Reino de Dios como ya se experimenta en la vida de este mundo.

Considerando a la Iglesia como la nueva y eterna vida del Reino de Dios otorgada a los seres humanos por Dios mediante Jesucristo en el Espíritu Santo, comprendemos en primer lugar que, para que la vida pueda existir, debe haber un nacimiento. El nacimiento a la vida eterna de Dios es el sacramento del **Bautismo**. Mas nacer no es lo único que se necesita para vivir; debe haber, además, la posibilidad continua de vida: su poder, su energía, su fuerza. Estos dones son lo que procura el sacramento de la **Crismación**, el poder de vivir la vida de Cristo que nace en el ser humano por el Bautismo. Es el don del “**Santísimo, Bueno y Vivificador Espíritu**” al ser humano que se recibe con la unción crismal. El Apóstol Pedro resaltará el carácter santo que esta unción confiere al pueblo de Dios: “Vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa...” (1Pedro 2, 9). La Crismación es el sacramento del **Sacerdocio Real** de todos los bautizados.

La vida también ha de sostenerse. Normalmente se logra esto mediante la alimentación. La comida es el alimento que nos mantiene vivos. Es la comunión del ser humano con la creación que lo sostenga. Sin embargo, hablando en términos naturales, los actos normales de comer y beber no nos mantienen vivos para siempre. Nuestra comunión natural para con el mundo es una comunión hacia la muerte. Necesitamos comer y beber una comida especial que nos alimente para la vida eterna. Esta comida es la “**Mística Cena del Hijo de Dios**”, el Cuerpo y Sangre de Cristo, el sacramento de la **Santa Eucaristía**, que es la comunión con la Vida misma.

Para que la vida sea en verdad perfecta, santa y buena, es necesario también un sacramento especial para el **matrimonio** y la crianza de los hijos. En este mundo, todos los que nacen, nacen para morir. El sacramento del matrimonio cristiano transforma el amor humano, la crianza de hijos y la comunidad de la familia en realidades de proporciones y significado eternos. En el matrimonio, somos bendecidos por Dios para amistad y amor eternos. Los esposos son bendecidos y por ello, el fruto de su amor, la crianza de sus hijos y toda la vida de su familia, ya no estarán sometidos a la muerte, sino que serán para la vida eterna.

Hasta el establecimiento total del Reino de Dios, nuestra vida permanece bajo los ataques del Maligno: pecado, enfermedad, sufrimiento, tristeza y muerte. El sacramento de la **Penitencia** es el remedio para la enfermedad espiritual. Nos permite volver nuevamente a Dios, ser aceptados, perdonados, y recibidos una vez más en la vida de Dios de la cual nuestros pecados nos han alejado. Y el sacramento de la **Santa Unción**, o la **unción de los enfermos**, es el remedio para nuestra enfermedad física, consecuencia del poder del pecado sobre nuestros cuerpos, nuestra inevitable unión con el sufrimiento y la muerte. La **santa unción** nos permite ser sanados; de sufrir, no para la muerte, sino del sufrimiento que nos abre las puertas de la vida eterna. Es la incorporación de nuestras heridas en la vivificadora cruz de Cristo.

Finalmente, el sacramento que nos permite acceder al misterio de la Iglesia misma, a los *medios de gracia* para alcanzar la perfección de la vida divina en toda su plenitud y poder, es específicamente el sacramento del **Orden Sagrado**: el sacramento del sacerdocio ministerial, de enseñanza y labor pastoral. Gracias a este sacramento, los obispos, presbíteros o sacerdotes y diáconos, pueden hacer manifiesta la vida del Reino en el seno de la Iglesia, volviéndola accesible y en todo su poder a todos los que aún habitan en este mundo.

Así, desde el momento de nuestro nacimiento hasta el de nuestra muerte, en lo bueno y en lo malo, en cada aspecto de la existencia terrenal, en la Iglesia nos es dada la vida verdadera, la vida tal como Dios la creó, la salvó y la santificó para que así fuera. Este es el deseo y la intención de Cristo, y el mismo propósito de su venida a este mundo: **“Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.” (Juan 10,10)**

La Iglesia como don de la vida eterna es por su propia naturaleza, en toda su plenitud, una realidad mística y sacramental. Es la vida del Reino de Dios otorgada a los creyentes. Es así entonces, que dentro de la Iglesia, todo cuanto hacemos: nuestras oraciones, nuestras bendiciones, buenas obras, cada uno de nuestros pensamientos y acciones, absolutamente todo participa en la vida que no tiene fin. En este sentido, todo lo que está en la Iglesia y que le pertenece, es un sacramento, un santo misterio del Reino de Dios.

EL BAUTISMO

La práctica del bautismo como un símbolo religioso no comenzó con Jesús. **Bautismo**, que literalmente significa la **inmersión** en el agua, fue practicado por el pueblo de Dios del Antiguo Testamento así como por creyentes de las religiones paganas. El universal significado del bautismo es de “comenzar de nuevo”, de morir a una antigua forma de vida y nacer a una nueva vida. El bautismo entonces siempre fue relacionado con el arrepentimiento, lo que significa una conversión moral, un “cambio de actitud”, un cambio en la forma de vivir desde algo antiguo y malo, a algo nuevo y bueno.

En los Evangelios, encontramos a San Juan Bautista bautizando a las personas como signo de arrepentimiento en preparación por el Reino de Dios encarnado que venía a los seres humanos en la persona de Cristo. El propio Jesús fue bautizado por Juan, no porque había cometido pecados y necesitaba arrepentirse, sino porque al permitir ser bautizado, mostró que en verdad era el **“Hijo Bienamado”** de Dios, el Salvador y el Mesías, el **“Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.”** (Ver Mateo 3, Marcos 1, Lucas 3, Juan 1 al 3)

En la Iglesia Cristiana, la práctica del bautismo cobra un significado nuevo y muy particular. Ya no es simplemente un signo de cambio moral y renacimiento espiritual. Se vuelve, de manera muy

específica, el acto de la muerte y resurrección de la persona, en y con Jesús. El bautismo cristiano es la participación del ser humano en el acontecimiento de la Pascua. Es un nuevo nacimiento **“del agua y del Espíritu”** al Reino de Dios. (**Juan 3,5**)

En la celebración del Bautismo en la Iglesia, se comienza con el rechazo de Satanás y la voluntad de aceptar a Cristo. Antes de ser bautizada, la persona, o bien sus padrinos en su nombre, oficialmente proclaman el **Símbolo de la Fe**, el **Credo**. Los padrinos deben ser miembros de la Iglesia Ortodoxa, ya que hablan por el niño, apadrinan su entrada a la Iglesia, lo reciben de las aguas bautismales al entrar a la Iglesia y cuidan de su vida espiritual.

Después de la proclamación de la fe en el Credo, se reza sobre las aguas bautismales y se las bendice, como signo de la bondad de la creación divina. También se reza sobre la persona que va a ser bautizada, quien también es bendecida con aceite santificado en señal de que su creación por Dios es santa y buena. Luego, después de la solemne proclamación del **Aleluya** (que quiere decir “Alabado sea Dios”), tiene lugar la triple inmersión de la persona en el agua, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

A través de la inmersión, la persona que se bautiza muere a este mundo, y renace en la resurrección de Cristo y la vida eterna. A continuación se reviste de la “túnica de la salvación” simbolizada por la túnica bautismal de color blanco, que es la nueva humanidad de Jesús, quien es el nuevo y celestial Adán. (Ver los textos de Juan 3, Romanos 5, I Corintios 15) Entonces el recién-bautizado es llevado en procesión tres veces alrededor de la fuente bautismal, simbolizando su caminar al Reino de Dios y su entrada a la vida eterna, mientras se cantan las siguientes palabras de San Pablo: **“Vosotros que en Cristo os bautizasteis, de Cristo os revestisteis. Aleluya.”** (**Gálatas 3,27**)

En tiempos antiguos, esta procesión se hacía desde el baptisterio hasta el templo, donde el recién-bautizado recibía la Santa Comunión durante la celebración de la Divina Liturgia. Normalmente se practicaba el bautismo en conexión a la Fiesta de la Pascua de Resurrección, en la celebración de la Divina Liturgia de ese día. La procesión que hoy en día realizamos alrededor de la iglesia en la noche de la Pascua de Resurrección es nuestro recuerdo de que cada uno de nosotros es bautizados, que hemos dejado la vida de este mundo para entrar a la vida eterna del Cristo Resucitado en el Reino de Dios. Esta vida nueva nos es dada en la vida de la Iglesia, más específicamente en la Divina Liturgia.

Sin embargo, al celebrar el misterio del Bautismo, antes de que se complete la procesión bautismal, y la lectura de la Epístola y del Evangelio con la recepción de la Santa Comunión, el recién bautizado recibe el don del Espíritu Santo en el **Santo Sacramento de la Crismación**.

LA CRISMACIÓN

En el **Santo Sacramento de la Crismación**, recibimos **“el sello del don del Espíritu Santo.”** (**Ver Hechos 19,1-10; Romanos 8; I Corintios 6; II Corintios 1,21-22**) Si el Bautismo es nuestra participación personal en la Pascua - en la muerte y resurrección de Jesucristo - la Crismación es nuestra participación personal en Pentecostés – es decir, en la venida del Espíritu Santo.

En la Iglesia Ortodoxa, el sacramento de la **Crismación**⁷ siempre se realiza junto al Bautismo. Tal como la Pascua de Resurrección carece de significado pleno para el mundo sin Pentecostés,

⁷ En occidente, a veces se refiere a este sacramento como la “Confirmación”, aunque teológicamente el nombre de “Crismación” expresa en forma más clara su significado, de acuerdo a la Tradición y práctica de la Iglesia Ortodoxa.

así también el Bautismo carece de significado para el cristiano sin la Crismación. De acuerdo con esta comprensión y práctica, la Iglesia Ortodoxa se distingue de las Iglesias Católica Romana y Protestantes, donde los dos sacramentos frecuentemente se administran separados, dando lugar a otras interpretaciones que se alejan de la Fe y la práctica de la Iglesia desde sus orígenes.

En la Iglesia Ortodoxa, la **Crismación**, el Don del Espíritu Santo, se hace mediante la unción de todas las partes del cuerpo de la persona con un aceite especial llamado el **Santo Crisma**. Este aceite, también conocido como **Santo Myron**, es preparado por los Patriarcas de la Iglesia en el día de Jueves Santo. Su utilización en la Crismación resalta el hecho que el don del Espíritu en los orígenes era transmitido a los seres humanos mediante los apóstoles de Cristo, cuyos sucesores formales en el mundo son los obispos de la Iglesia (**ver Hechos 8, 14; 19,1-7**)

En la Crismación, la persona recibe “**el poder de lo alto**” (**Hechos 1-2**), el don del Espíritu de Dios, que le permitirá permanecer firme e inquebrantable en el Santo Bautismo. La persona es ungida, tal como Cristo el Mesías es el Ungido de Dios. Se vuelve, tal como los Padres de la Iglesia se atrevieron a decir, un “cristo”, en Cristo. Así, a través de la Crismación, nosotros llegamos a ser un “cristo”, un hijo de Dios, una persona en quien el Espíritu Santo mora y actúa todo el tiempo que queramos y cooperemos con su inspiración poderosa y santa.

La Crismación es el sacramento del **Sacerdocio Real**. Los fieles bautizados, todos los fieles, participan del sacerdocio de Jesús y concelebran con Él, “*el Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedech*”. Este misterio es el que hace que todos los fieles se reúnan como pueblo de Dios en Cristo, y que todo bautizado sea *laikós*, laico, miembro del pueblo de Dios y participante del Sacerdocio Real. Este sacramento coloca a todos en una equivalencia perfecta, bajo la misma gracia santificante de la santidad personal.

Algunos serán tomados del seno de ese pueblo sacerdotal y constituidos por la gracia divina en Obispos, Presbíteros y Diáconos. Pero es importante subrayar que la diferencia entre este *sacerdocio ministerial* y el *sacerdocio real* de todos los fieles, es solo funcional y no de carácter ontológico.

Así, es únicamente después de nuestra Crismación que se hace la procesión bautismal y que escuchamos la epístola y el evangelio de nuestra salvación e iluminación en Cristo.

Después de ser bautizado y crismado, el nuevo miembro de la familia de Dios es tonsurado. La tonsura, en que se corta un poco de pelo de la cabeza en forma de cruz, es el signo de que la persona se ofrece total e íntegramente a Dios. El pelo es el símbolo de la fuerza (**ver Jueces 16,17**). Así, hasta el siglo 15, los clérigos de la Iglesia Ortodoxa, los “cristianos mas comprometidos”, por así decirlo, llevaban la tonsura durante todas sus vidas para mostrar que toda su fuerza se encontraba en Dios.

LA RECEPCION DE LA MUJER JUNTO A SU HIJO EN LA IGLESIA DESPUÉS DE DAR A LUZ: LA PRESENTACIÓN EN EL TEMPLO

Uno de los primeros pasos del cristiano en la Iglesia, según la propia costumbre bíblica, es su presentación en el templo. En algunas tradiciones locales, este rito de presentación se hace cuando el infante es bautizado y crismado. De acuerdo con otras tradiciones, entre ellas la griega y antioqueña, la presentación en el templo puede llevarse a cabo antes de los misterios de iniciación. Normalmente esto puede ser a los cuarenta días después del nacimiento, y luego se celebran los misterios del Bautismo y Crismación en una fecha próxima.

Este rito de presentación sigue el modelo del ofrecimiento de los niños varones en el templo, según la ley del Antiguo Testamento. El principal ejemplo de esto se encuentra en el Evangelio según San Lucas, donde escuchamos de la presentación de Nuestro Señor Jesucristo en el Templo a los

cuarenta días después de nacer. (**Lucas 2,22**)⁸ En la Iglesia del Nuevo Testamento, así como hoy en día, todos los niños, tanto varones como mujeres, son presentados a Dios en la Iglesia.

En la misma ocasión, nuevamente imitando la práctica heredada del Antiguo Testamento, la madre del recién nacido también es “presentada”. Aquí tenemos el ejemplo específico de la purificación ritual de María, la Madre de Jesús. (**Lucas 2,22**) En la tradición Ortodoxa, la presentación de la madre es su reincorporación a la asamblea eucarística y a la comunión de los Santos Dones, después de haberse ausentado para poder cumplir el acto santo del nacimiento de su hijo y el tiempo siguiente al parto.

Es también la tradición ortodoxa que los sacramentos del Bautismo y Crismación, oficialmente llamados la “**santa iluminación**”, se completan enseguida por la recepción de los dones eucarísticos en la Santa Comunión, durante la Divina Liturgia de la Iglesia. Este es el caso tanto para bebés bautizados y crismados, como para adultos.

EPISTOLA DEL BAUTISMO Y CRISMACIÓN

Hermanos, Cuantos fuimos sumergidos por el bautismo en Cristo Jesús, fue en su muerte donde fuimos sumergidos. Pues por medio del bautismo fuimos juntamente con él sepultados en su muerte, para que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos para gloria del Padre, así también nosotros caminemos en una vida nueva. Pues si hemos llegado a ser una misma vida con él por una muerte semejante a la suya, también lo seremos por una resurrección parecida. Comprendamos bien esto: que nuestro hombre viejo fue crucificado junto con Cristo, a fin de que fuera destruido el cuerpo del pecado, para que no seamos esclavos del pecado nunca más. Pues el que una vez murió, ha quedado definitivamente liberado del pecado. Por lo tanto, si hemos muerto con Cristo, tenemos fe de que también viviremos con él, sabiendo que Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no muere más: la muerte ya no tiene dominio sobre él. Porque en cuanto a que murió de una vez para siempre; pero en cuanto a que vive, vive para Dios. Así también vosotros consideraos muertos para el pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús. (Romanos 6,3-11)

EVANGELIO DEL BAUTISMO Y CRISMACIÓN

En aquel tiempo, los once discípulos se fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado. Y cuando le vieron, le adoraron; pero algunos dudaban. Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amen.

8 La Fiesta de la Presentación de Cristo en el Templo es una de las 12 fiestas mayores del año litúrgico que celebramos en la Iglesia Ortodoxa. Se celebra esta festividad el día 2 de febrero. Ver explicación correspondiente en el capítulo 4 de este volumen.

LA SANTA EUCARISTIA

En la tradición ortodoxa, se considera a la **Santa Eucaristía** como el “**sacramento de los sacramentos.**” También se refiere a ella como el “**sacramento de la Iglesia.**” La Eucaristía es el corazón de la vida de la Iglesia. Todo lo que hay en la Iglesia lleva a ella, y de ella todo fluye. Es el cumplimiento de todos los misterios de la Iglesia – la fuente y la meta de todas las doctrinas e instituciones de la Iglesia.

Tal como en el caso del Bautismo, la cena eucarística no aparece con Cristo. Cenas rituales santas como tal existían en el Antiguo Testamento, y también en las religiones paganas. En términos generales, incluso hasta el día de hoy, la cena es uno de los principales acontecimientos rituales y simbólicos en la vida de todo ser humano.

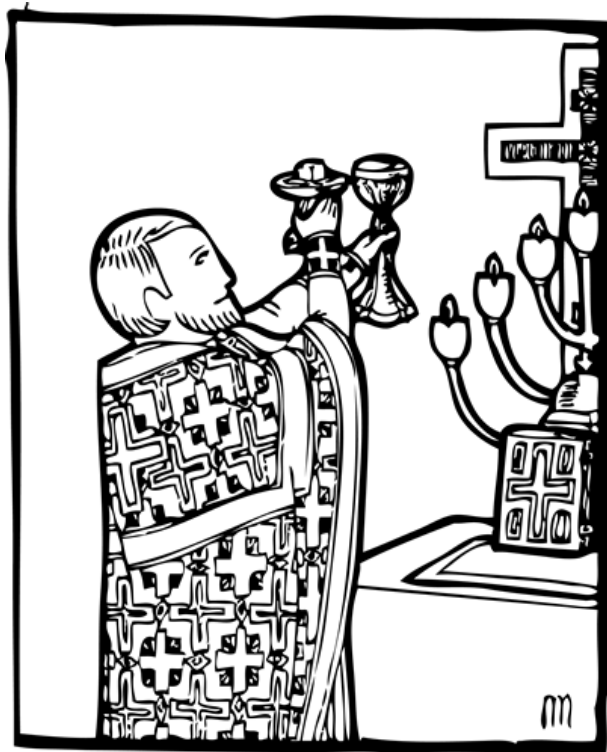
La Eucaristía cristiana es una comida, específicamente relacionada con la cena pascual del Antiguo Testamento. Al final de su vida, Cristo, el Mesías, compartió la cena pascual junto a sus discípulos. Originalmente una cena ritual conmemorando la liberación de los israelitas de su esclavitud en Egipto,...fue transformada por Cristo en un acto realizado en memoria suya: en recuerdo de su vida, muerte, resurrección como el nuevo y eterno Cordero Pascual quien libera a los seres humanos de la esclavitud del mal, de la ignorancia y de la muerte, y los transporta hasta la vida eterna del Reino de Dios.

En la cena, Cristo tomó el pan y el vino, y encomendó a sus discípulos a comer y beber de ellos como de su propio Cuerpo y Sangre. Esto entonces llegó a ser la acción central de la vida cristiana, la experiencia de la presencia misma del Cristo Resucitado en medio de su Pueblo. (Ver los textos bíblicos de Mateo 26; Marcos 14; Lucas 22; Juan 6 y 13; Hechos 2,41-47; y I Corintios 10-11)

La palabra *eucaristía* quiere decir agradecimiento, o acción de gracias. Este nombre hace referencia a la cena sagrada entera --- no solamente a los elementos del pan y vino, sino a todo el hecho de reunirse, rezar, leer las Sagradas Escrituras y proclamar la Palabra de Dios, conmemorar a Cristo, y comer y beber su Cuerpo y Sangre en comunión con El y con Dios Padre por el Espíritu Santo. Se utiliza la palabra *eucaristía* porque el sentido pleno del Banquete del Señor es el de agradecimiento a Dios en Cristo y el Espíritu Santo, por todo cuanto El ha hecho al crear, salvar y glorificar el mundo.

También se refiere al misterio de la Eucaristía como la “Santa Comunión”, pues es la comunión mística de los seres humanos con Dios, los unos con los otros, y con todos los seres humanos y todas las cosas en Él mediante Cristo y el Espíritu Santo. La liturgia eucarística es celebrada en la Iglesia todos los domingos, el Día del Señor, así como en días de fiestas especiales. No es común que se celebra a diario, excepto en los monasterios. A causa de su carácter de gozo y resurrección, en la Iglesia Ortodoxa se prohíbe la celebración de la liturgia eucarística en los días de semana durante la Gran Cuaresma (ver explicación más adelante), excepto por la Comunión de la Liturgia de los Dones Presantificados.

Se da la Eucaristía a todos los miembros de la Iglesia que estén bautizados y crismados, incluyendo a los bebés. Se recibe la comunión siempre con ambas especies: el pan y el vino. Es estrictamente entendido que es la presencia real de Cristo – Su verdadero Cuerpo y Sangre místicamente presentes en el pan y el vino ofrecidos al Padre en Su Nombre, y consagrados por el divino Espíritu de Dios.



En la historia del pensamiento cristiano, fueron desarrolladas distintas maneras de explicar cómo el pan y vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo en la liturgia eucarística. Lamentablemente, estas explicaciones a menudo se volvieron demasiadas racionalistas, y demasiadas conectadas con ciertas filosofías humanas.

Uno de los desarrollos más desafortunados sucedió cuando se comenzó a discutir sobre la realidad del Cuerpo y Sangre de Cristo en la Eucaristía. Mientras algunos decían que los dones eucarísticos eran el verdadero Cuerpo y Sangre de Cristo, otros insistían que el pan y el vino no eran verdaderos, sino simplemente la presencia mística o simbólica del Cuerpo y Sangre de Cristo. La tragedia de ambas maneras de pensar es que, desafortunadamente, se llegó a oponer la presencia real a la presencia simbólica o mística.

La Iglesia Ortodoxa niega la doctrina que dice que el Cuerpo y la Sangre de la Eucaristía son meros símbolos intelectuales o psicológicos del Cuerpo y Sangre de Cristo. Si esta doctrina fuera cierta, al celebrar la Divina Liturgia y dar la Comunión, las personas estarían llamadas simplemente a pensar en Jesús, y comulgar con El “en sus corazones.” De esta manera, la Eucaristía se reduciría a una simple cena memorial o conmemorativa de la Última Cena del Señor, y la unión con Dios al recibirla sería sólo al nivel intelectual o psicológico.

Por el otro lado, sin embargo, la tradición ortodoxa utiliza el término “**símbolos**” al referirse a los dones eucarísticos. Llama al oficio un “misterio”, y el sacrificio de la liturgia un “**sacrificio espiritual e incruento**”. Estos términos fueron empleados por los santos padres y también se encuentran en el texto de la Divina Liturgia.

La Iglesia Ortodoxa utiliza tales expresiones porque en la Ortodoxia, lo que es real, no se opone a lo simbólico o lo místico o lo espiritual. ¡Al contrario! De acuerdo con la visión ortodoxa, toda realidad – el mundo y el propio ser humano – es real en cuanto es simbólica y mística, en cuanto esa realidad ha de revelar y manifestar a Dios a nosotros. Así, en la Iglesia Ortodoxa se entiende que la Eucaristía es el auténtico Cuerpo y la auténtica Sangre de Cristo, precisamente porque pan y vino son los misteriosos símbolos de la presencia genuina y verdadera de Dios y su manifestación a nosotros en Cristo. Así, al comer y beber el pan y el vino místicamente consagrados por el Espíritu Santo, tenemos genuina comunión con Dios mediante Cristo quien es “**el pan de vida**” (Juan 6,34.41)

Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo. (Juan 6,51)

Así el pan de la Eucaristía es uno con el cuerpo de Cristo, y el cuerpo de Cristo es uno con el pan eucarístico. Los dos se unen en uno solo. La palabra “**simbólica**” en terminología ortodoxa significa precisamente es: “**juntar o unir en uno**”.⁹

⁹ La palabra *símbolo* proviene de dos términos del idioma griego: *sin*, una preposición que quiere decir *junto a*, o *con*, y el verbo *ballo*, que significar *tirar*. Entonces el significado de la palabra *símbolo*, algo que ha sido tirado junto, unido.

Las palabras del Apóstol San Pablo nos expresan lo siguiente:

Porque yo recibí del Señor lo que también os he enseñado: Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí. Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es del nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que le bebiereis, en memoria de mí. Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que el venga. De manera que cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor. (I Corintios 11,23-27)

El misterio de la Santa Eucaristía no puede ser analizado ni explicado en términos puramente racionales y lógicos. Pues la Eucaristía, y el propio Cristo, es por cierto un misterio del Reino de los Cielos que, tal como Jesús nos ha dicho, no es de este mundo. La Eucaristía, precisamente porque pertenece al Reino de Dios, en verdad está libre de la “lógica” terrenal de la humanidad caída.

Para una explicación mayor acerca de la Eucaristía, ver más adelante, en la sección sobre la Divina Liturgia.

LA PENITENCIA

El sacramento de la **penitencia** es nuestro acto formal de reconciliación con Dios en la Iglesia, cuando el pecado nos ha separado de la vida de la Iglesia. La penitencia es el camino que tenemos para volver a la comunión con Dios cuando esta ha sido rota por el pecado. Por lo tanto, frecuentemente se refiere a este misterio cristiano como la renovación del Bautismo, o bien, el restablecimiento de la condición de vida con Dios que fue otorgada a los seres humanos en los sacramentos de iniciación a la vida cristiana.

No todo pecado requiere penitencia formal mediante el rito sacramental. Si bien es cierto que nosotros jamás podemos estar completamente libres de pecado, ciertos pecados graves, o la prolongada separación de la Santa Comunión, sin embargo, requieren penitencia sacramental. Además, se espera que los cristianos que viven en comunión con Cristo participen de este misterio periódicamente con el fin de conscientemente hacerse humildes delante de Dios, y recibir guía espiritual de su pastor en la Iglesia. Es la enseñanza de la Iglesia Ortodoxa que la penitencia sacramental es necesaria para aquellos que van a recibir la Santa Comunión cuando han cometido algún pecado grave, o cuando se han ausentado de la cena eucarística por largo tiempo.

El misterio de la penitencia existe en la Iglesia para permitir el arrepentimiento y el retorno a Dios de aquellos cristianos que, de alguna manera, se han desviado de las exigencias de la vida de fe. El acto formal de la penitencia consta de tres elementos. El primero es una sincera tristeza por haber pecado y por haber roto nuestra comunión con Dios. El segundo es una abierta confesión, desde el fondo del corazón, de los pecados que hemos cometido. En tiempos antiguos se hacía esta confesión públicamente delante de todas las personas en la Iglesia. Hoy en día usualmente se hace en la presencia del pastor de la Iglesia (el obispo o el sacerdote) quien representa el conjunto de la comunidad de los cristianos. El tercer elemento fundamental es la oración de absolución por la cual se otorga sacramentalmente el perdón de Dios por Cristo, al pecador arrepentido.

El cumplimiento de la penitencia consiste en la recepción de la Santa Comunión, y la genuina reconciliación del penitente con Dios y con todos los seres humanos, según los mandamientos de Cristo. De allí necesariamente se entiende que el penitente ha de hacer un real esfuerzo de no volver a caer en pecado, y permanecer en fiel obediencia a Dios y en rectitud de vida delante de El y su prójimo.

El misterio de la penitencia, como todos los sacramentos, es una parte de la vida cristiana que presupone una firme creencia y convicción que el mismo Cristo está presente en la Iglesia mediante su Espíritu Santo. Alguien que no tenga la experiencia de Cristo en la Iglesia no entenderá el significado de la penitencia sacramental y la necesidad de una abierta y sincera confesión de los pecados. Cuando se experimenta la Iglesia como vida nueva en Cristo y como la comunión genuina con Dios en su Reino ya presente con los seres humanos en sacramento y misterio, entonces no sólo se entenderán la penitencia sacramental y confesión de los pecados, sino será muy querido y deseado como el gran misterio de Dios que es: la extraordinaria posibilidad de reencontrar la unión con Dios mediante el perdón de Cristo quien ha venido para salvar a los pecadores que confiesan sus pecados y que sinceramente desean cambiar sus vidas según el camino que El mismo les ha dado.

En resumen, la Iglesia Ortodoxa adhiere estrictamente a la enseñanza bíblica, que únicamente Dios puede perdonar pecados, y que esto lo hace mediante Cristo en la Iglesia; que las condiciones para hacerlo son el arrepentimiento genuino y el firme propósito de cambiar. Se da testimonio de todo esto por la confesión, que es el abierto reconocimiento del pecado, delante de Dios y delante de la humanidad entera.

LA UNCIÓN DE LOS ENFERMOS

Cristo vino al mundo para llevar sobre si mismo las enfermedades de los seres humanos. Uno de los signos de su divina mesianía era el de sanar a los enfermos. El poder de sanar permanece en la Iglesia, ya que es el propio Cristo quien permanece en Ella mediante el Espíritu Santo.

El sacramento de la **Unción de los Enfermos** es la oración específica de la Iglesia para sanar. Si la fe del creyente es suficientemente fuerte, y si así es la voluntad de Dios, es una certeza que el Señor puede sanar a los que están enfermos.

¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados. Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. (Santiago 5,14-16; ver también Marcos 6,13)

El sacramento de la unción es un sacramento conciliar (o de grupo), según la práctica tradicional ortodoxa. Esto quiere decir que se realiza con la presencia de un gran número de fieles que participan en las oraciones. Según las indicaciones del ritual, deben haber siete sacerdotes presentes. Se leen siete lecturas de las epístolas y siete de los evangelios; se rezan siete oraciones, y se unge al enfermo (o a los enfermos) siete veces con aceite especialmente bendecido para el oficio. Aunque no es siempre factible celebrar el oficio en esta forma, normalmente se reúne a todos los sacerdotes y fieles posibles para su celebración.

El objetivo específico del sacramento de la Santa Unción es de sanar y perdonar. Pero que haya una curación física, no es siempre la voluntad de Dios; por lo tanto, la oración de Cristo que siempre se haga la voluntad de Dios es el contexto propio del sacramento. Además, es la clara intención del sacramento que mediante la unción del cuerpo enfermo, se santifiquen los sufrimientos de la persona y se los une a los sufrimientos de Cristo. De esta manera, las heridas de la carne son consagradas, y se otorga fuerza al enfermo para que su sufrimiento no sea para la muerte de su alma, sino para la eterna salvación en la resurrección y la vida del Reino de Dios.

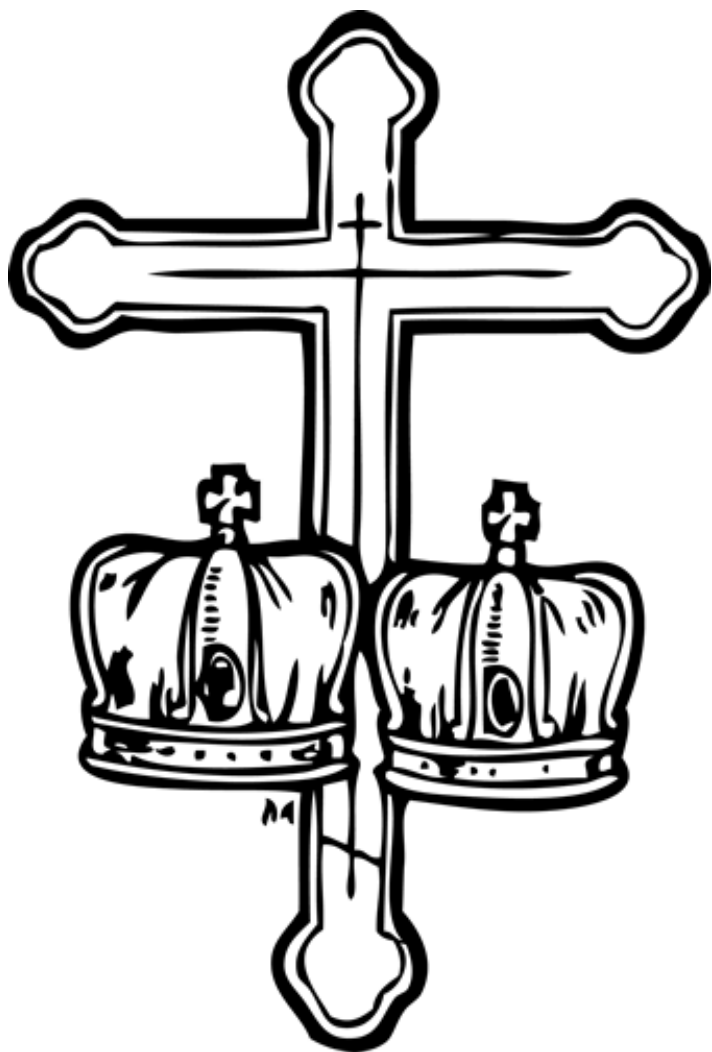
Por cierto, la muerte llega a todo ser humano. Todos debemos morir, incluso aquellos a quienes les es concedida una curación para que tengan mayor tiempo en esta tierra. Así el sanar a los enfermos no es un fin en sí, sino que es meramente un medio, en cuanto es otorgado por Dios como signo de su misericordia y como gracia para una oportunidad adicional para que el ser humano viva en la vida de este mundo, para Dios y para los demás.

En el caso de que una persona se encuentre en los últimos momentos de su vida terrenal, existen oraciones especiales para “la separación de alma y cuerpo”. Está claro entonces, que el sacramento de la unción es para todos los enfermos – los enfermos física, mental y espiritualmente – sea cual sea la naturaleza o la gravedad de su enfermedad, y no se reserva únicamente para el momento de la muerte. El sacramento de unción no es “la extrema unción”, como se piensa a veces.

Un elocuente testimonio de esta manera de ver el misterio de la Santa Unción, se encuentra en la práctica de las iglesias ortodoxas de tradición griega y árabe. En estas comunidades, se celebra el Sacramento de la Unción de los Enfermos para todos los miembros de la parroquia, el día Miércoles Santo en la noche. En este día, víspera del Gran Jueves Santo y fecha muy próxima a la Pascua de Resurrección, los fieles se encuentran preparándose con mucha devoción para participar en estas celebraciones litúrgicas, y recibir la Santa Comunión. Sabemos que cada uno de nosotros, en un grado u otro, está enfermo física, mental o espiritualmente. Especialmente se puede hablar de la enfermedad espiritual, que es el pecado, y la separación de Dios y del prójimo que trae consigo, ya que nadie es totalmente libre del pecado. Por lo tanto, es muy apto celebrar este misterio en este día para todos, rogando a Dios que nos sane de toda enfermedad, aflicción y tribulación, “hasta la vida eterna.”



MATRIMONIO



El matrimonio no fue ni inventado ni instituido por Jesucristo. Sin embargo, el Señor dio un significado específico y trascendente al matrimonio humano. Siguiendo la Ley del Antiguo Testamento, pero yendo mucho más allá que sus preceptos formales en su perfección mesiánica, Jesús enseñó el carácter único del matrimonio humano como la más perfecta expresión natural del amor de Dios para con los seres humanos, y de su amor por la Iglesia.

Según Cristo, para que el amor entre un hombre y una mujer sea en verdad como Dios lo ha creado, debe ser único, indestructible, eterno y divino. El Señor mismo no sólo ha entregado esta enseñanza, sino que, además, ha dado el poder para que sea cumplido en el sacramento del matrimonio en la Iglesia.

En el Sacramento del Matrimonio, se les da a un hombre y una mujer la posibilidad de volverse un solo espíritu y una sola carne, en una manera en que ningún amor humano puede por sí solo. En el matrimonio cristiano, se otorga el Espíritu Santo a la pareja, a fin de que lo que comienza en la tierra no sea únicamente hasta la partida en el momento de la muerte, sino que se cumple y sigue de forma aún más perfecta en el Reino de Dios.

Durante los primeros siglos, no existía ningún rito especial para el matrimonio en la Iglesia. Los dos cristianos expresaban su amor mutuo ante la comunidad eclesial y recibían la bendición de Dios por su unión, la cual se sellaba en la Santa Eucaristía. Mediante el reconocimiento formal de la Iglesia de la unión de la pareja, y su incorporación al Cuerpo Místico de Cristo, el matrimonio se hacía cristiano. Es decir, se hacía la imagen creada del amor divino de Dios que es eterno, único, indivisible y sin límite.

Cuando se desarrolló un rito especial en la Iglesia para el Sacramento de Matrimonio, fue según el modelo del Sacramento del Bautismo - Crismación. El celebrante se dirige a la pareja en una manera muy similar a la en que se dirige al candidato para el Bautismo. Ellos confiesan su fe y amor de Dios. Entran a la Iglesia, conducidos por el sacerdote, en procesión. El celebrante reza sobre ellos y les bendice. Escuchan la Palabra de Dios, y luego son coronados con las coronas de la gloria de Dios, para ser sus hijos y testigos (mártires) en este mundo, y herederos de la vida eterna de su Reino. Completan su matrimonio, tal como se completan todos los sacramentos de la Iglesia, en la recepción de la Santa Comunión.

No existe ningún “legalismo” en el sacramento ortodoxo del matrimonio. No se trata de un contrato jurídico. No contiene ni votos ni promesas. Es, en esencia, el “bautizar y crismar (“ungir”)” el amor humano de Dios por Cristo en el Espíritu Santo. Es la deificación del amor humano en la perfección y unión divina del eterno Reino de Dios tal como ha sido revelado y otorgado al ser humano en la Iglesia.

Obviamente, el sacramento del matrimonio cristiano es sólo para los miembros de la Iglesia; es decir, para los fieles bautizados que participan de la Santa Comunión en la Iglesia. Hasta el día de hoy, esto se ha conservado como la enseñanza y práctica de nuestra Iglesia. Sin embargo, debido a la tragedia de la desunión entre los cristianos, un cristiano ortodoxo puede casarse con un cristiano no - ortodoxo, en la condición que ambos trabajen y oren en forma seria y sincera, para alcanzar su plena unidad en Cristo, sin ninguna clase de presión de uno sobre el otro. Un Cristiano Ortodoxo que se casa con un cristiano no - ortodoxo debe participar en las oraciones y bendiciones de la Iglesia para que pueda permanecer como miembro de la Iglesia Ortodoxa y participar de la Santa Eucaristía.

Según la enseñanza Ortodoxa, solamente un único matrimonio puede tener el significado perfecto y la transcendencia que Cristo ha otorgado a esta realidad. Así, la tradición cristiana ortodoxa aconseja a los viudos y viudas a permanecer fieles a sus esposos que han fallecido a este mundo pero viven en Cristo. Sobre esta base, la Iglesia Ortodoxa no considera un bien deseable la ruptura de matrimonios en separación y divorcios, aunque como Madre que es lo acepta en condescendencia a la debilidad humana. Por ello es que la Iglesia concede segundas nupcias para aquellos que no han podido cumplir las condiciones ideales del matrimonio como fueron enseñadas por Cristo, después de un tiempo de penitencia, una sincera confesión de pecados y una expresa voluntad de llevar una vida juntos y conforme a la voluntad de Cristo y cumpliendo todas las demás condiciones para la participación en la vida de la Iglesia. Asimismo, es la práctica de la Iglesia no excluir de la Santa Comunión a esas personas que han entrado en un segundo matrimonio.

La tradición Ortodoxa también, según el mismo principio, considera que situaciones como el concubinato o de convivencia temporal, relaciones sexuales casuales con muchas personas diferentes, o entre personas del mismo sexo, son todas contrarias a la perfección humana revelada por Dios en Jesucristo.

El ser humano necesita de Cristo en cada aspecto de su vida. Es también la firme convicción cristiana que no se debe hacer nada sin Cristo en la vida de uno, y que, de hecho, nada puede ser realizado en forma perfecta sin Cristo y sin Su presencia y poder en la Iglesia por el Espíritu Santo. Por lo tanto, para que dos cristianos puedan comenzar a vivir juntos, y compartir sus vidas en total unión – espiritual, física, intelectual, social y económicamente – deben primero afianzar esa unión en la eternidad del Reino de Dios mediante el Sacramento del Matrimonio en la Iglesia.

Según la enseñanza ortodoxa que se expresa en el rito sacramental del matrimonio, la procreación de hijos, el cuidado y el amor de ellos dentro del contexto de la familia, es el cumplimiento normal del amor de un hombre y una mujer en Cristo. De esta manera, el matrimonio es la expresión humana del amor creativo de Dios, el perfecto Amor de las Tres Personas de la Santísima Trinidad que se rebalsa en la creación y el cuidado del mundo.

Esta convicción que el amor humano, que imita al amor divino, debe resultar en la creación y cuidado de otros, no quiere decir que la procreación de niños es en sí, el único propósito del matrimonio, y la justificación y legitimación únicas y exclusivas de su existencia. Tampoco quiere decir que una pareja sin hijos no puede vivir una vida verdaderamente cristiana juntos. Lo que quiere decir, sin embargo, es que la elección consciente por una pareja casada de no tener hijos por razones de comodidad personal, deseo de libertad y lujo, el miedo a la responsabilidad, el no querer compartir los bienes personales, el odio de niños, etc., no es cristiana, y que de ninguna manera puede ser considerada en acuerdo con la experiencia y enseñanzas bíblicas, morales y sacramentales

de la Iglesia Ortodoxa acerca de la vida, el amor y el matrimonio.

A la luz de lo que se ha dicho aquí, el control de la natalidad en el matrimonio es un asunto muy delicado, que sólo ha de considerarse con un cuidadoso examen de conciencia, oración y consejo pastoral del guía espiritual de la pareja.

En cuanto al aborto de un niño ya concebido es estrictamente prohibido en la Iglesia Ortodoxa, y no puede ser justificado de ninguna manera, excepto en casos de extrema gravedad como daño irreparable a la madre o peligro de muerte en el parto. Estos temas éticos deben ser conversados por la pareja y su párroco u otro sacerdote que sea su guía espiritual.

ORDEN SAGRADO



Según la Fe Ortodoxa, Cristo es el único sacerdote, pastor y maestro de la Iglesia Cristiana. Sólo El guía y gobierna a Su Pueblo. Sólo El perdona los pecados. Sólo Él realiza nuestra comunión con Dios, Su Padre.

También de acuerdo a la Fe Ortodoxa, Cristo no abandona jamás a su pueblo; permanece con Su Iglesia como su cabeza única y viva. Cristo está presente y activo en la Iglesia mediante su Espíritu Santo.

El Sacramento del Orden Sagrado en la Iglesia Cristiana es la garantía objetiva de la presencia permanente de Cristo con Su Pueblo. Los obispos, sacerdotes y diáconos de la Iglesia no tienen ninguna otra función o servicio excepto de manifestar la presencia y acción de Cristo a su pueblo. En este sentido, el clero no actúa en nombre de Cristo o en vez de Cristo como si estuviera ausente. No son los vicarios de Cristo, ni sustitutos de Cristo, ni representantes de Cristo.

Cristo está presente ahora, siempre y por siempre en su Iglesia. El ministerio sacramental de la Iglesia – los obispos, sacerdotes y diáconos – reciben el don del Espíritu Santo para manifestar a Cristo en el Espíritu a los seres humanos. Así, a través de sus ministros elegidos, Cristo ejerce y realiza su función exclusiva y única como **sacerdote**, ofreciéndose a sí mismo perpetuamente como el sacrificio perfecto al Padre, por todos sus hermanos y hermanas. Mediante sus ministros en la Iglesia, Cristo también actúa como **Maestro**, proclamando la Palabra de Dios Padre a los seres humanos. Actúa como el pastor, el único **Buen Pastor** que guía a su rebaño. El **perdona** y **sana**, remitiendo los pecados y curando las enfermedades de los seres humanos – físicas, mentales y espirituales. Actúa como **obispo**, administrando y cuidando de la comunidad que ha reunido para sí. (I Pedro 2,25) Actúa como **diácono** (que quiere decir servidor o ministro) pues sólo El es el servidor sufriente del Padre que “**no vino para ser servido, sino para servir; y para dar su vida en rescate por muchos.**” (Mateo 20,28)

El sacramento del **Orden Sagrado** recibe su nombre del hecho de que los obispos, sacerdotes y diáconos dan **orden** a la Iglesia. Garantizan la continuidad y la unidad de la Iglesia de una época a otra y de un lugar a otro, desde el tiempo de Cristo y los apóstoles hasta el establecimiento del Reino eterno de Dios.

Tal como los apóstoles recibieron el don especial de Dios de “ir y hacer discípulos a todas las naciones” (Mateo 28:19) y manifestar a Cristo a los seres humanos en todos los aspectos de su persona y obra, así también el clero de la Iglesia recibe el don del Espíritu de Dios para mantener y manifestar la presencia y acción de Cristo en la Iglesia.

Es doctrina de la Iglesia que el clero debe esforzarse por honrar la gracia que les fue otorgada con el don de la “imposición de las manos” de la manera más perfecta posible. Pero también es la doctrina de la Iglesia que la realidad y efectividad de los sacramentos de la Iglesia administrados por el clero no depende de la virtud personal de los ministros, sino por la presencia de Cristo quien actúa en su Iglesia por el poder del Espíritu Santo.

LOS OBISPOS

Los obispos son los primeros miembros del clero, en cuanto a que ellos tienen la responsabilidad y el servicio de mantener la unidad de la Iglesia en todo el mundo. Esto hacen asegurando la verdad de la fe y la unidad de la práctica religiosa al interior de sus respectivas iglesias y en acuerdo con todas las demás. Los obispos representan a sus iglesias o diócesis frente a las demás iglesias o diócesis, así como representan la Iglesia Universal a sus propios sacerdotes, diáconos y miembros laicos.

El oficio del obispo es el principal ministerio en la Iglesia Ortodoxa. La palabra obispo (en griego, **episkopos**) quiere decir *administrador*. Cada obispo es responsable por llevar a cabo exactamente la misma función. Ningún obispo está “sobre” los otros obispos en la Iglesia y, por cierto, el propio obispo no está “sobre” su iglesia, sino que está dentro de ella y es uno de sus miembros. Es él el responsable delante de Dios y de los seres humanos por la vida de su comunidad eclesial en particular.

Cada obispo de la Iglesia Ortodoxa es obispo de un territorio geográfico bien determinado llamado **diócesis**. Generalmente reciben su título de la ciudad principal de ese territorio. El obispo de una ciudad capital dentro de una región en que hay otros obispos con sus propias diócesis se denomina “**metropolitano**” o “**arzobispo**”. La palabra “**metropolitano**” simplemente quiere decir “obispo de la metrópolis”, es decir, la ciudad principal. El título de arzobispo significa “obispo principal”; sin embargo, a veces se da este título a algunos obispos por razones personales u honoríficas. El título de patriarca pertenece al obispo de la ciudad capital de una región en que hay varias otras metrópolis y diócesis. Hoy en día esto usualmente corresponde a una Iglesia nacional.

Cuando los obispos de alguna área se reúnen en concilio, como deben hacer de acuerdo a los cánones de la iglesia, el metropolitano es el que preside; y en el caso de una iglesia nacional o de un territorio grande, es el patriarca el que ejerce este rol. No obstante, nuevamente se debe entender claramente que todos los obispos son sacramentalmente iguales. Sacramentalmente, ningún obispo está por encima de otro. En la práctica y por razones de índole administrativo, los metropolitanos y patriarcas presiden y supervisan sobre áreas mayor que sus diócesis en particular, pero no son superiores ni tienen mas poder en cuanto a su oficio episcopal. En la Iglesia Ortodoxa no se considera infalible a ningún obispo, ni tiene poder sobre otros obispos, ni su autoridad es ejercida independientemente de sus sacerdotes, diáconos o su comunidad en la Iglesia. Todos son servidores de Cristo y de Su Iglesia.

Desde el siglo sexto ha sido costumbre en la Iglesia Ortodoxa, que los obispos sean elegidos entre los sacerdotes célibes o viudos, y por lo general lo son del orden monástico.

LOS SACERDOTES

Los sacerdotes de la Iglesia, también llamados **presbíteros**, son quienes asisten a los obispos en su tarea. En el día de hoy los sacerdotes normalmente llevan a cabo la función de pastores de iglesias locales o parroquias, función que era propia del obispo en la iglesia primitiva. Los sacerdotes párrocos son la cabeza de sus comunidades parroquiales. Presiden la celebración de la Liturgia. Enseñan, predicán, aconsejan y administran los sacramentos del Bautismo y Crismación, de la Confesión y Unción de los Enfermos, y del Matrimonio.

Los sacerdotes en la Iglesia son designados por el obispo y pertenecen específicamente a las comunidades parroquiales a las cuales fueron asignados para servir. Nadie recibe el don del sacerdocio a título individual o personal. El sacerdote no puede ejercer sino bajo la jurisdicción de su obispo y en su propia comunidad. Sin el Antimension, el sacerdote no puede celebrar legítimamente, ni su comunidad puede ser considerada auténticamente “Iglesia”.

Por supuesto que el sacerdote puede celebrar y predicar en otras parroquias y en otras jurisdicciones, si es que está invitado en ellas y si ha obtenido previamente la autorización de su propio obispo.

En la Iglesia Ortodoxa, un varón casado puede ser ordenado al sacerdocio. Debe ser el primer matrimonio tanto para él como para su esposa. La práctica de la Iglesia... por lo general, no contempla permitir a un sacerdote ordenado casarse y seguir en sus funciones ministeriales, ni a un viudo volverse a casar.

LOS DIACONOS

Originalmente, los diáconos de la Iglesia asistían al obispo en el servicio a la comunidad y obras de caridad. En siglos recientes, el diaconado se ha vuelto una función casi exclusivamente litúrgica en que el diácono ayuda en la celebración de la Divina Liturgia y otros oficios de la Iglesia. En el día de hoy, el diaconado ha sido extendido a muchos como una posición permanente de servicio de tiempo completo o medio tiempo para el trabajo de la Iglesia. Actualmente, entonces, diáconos no solamente asisten al obispo y sacerdote en los oficios litúrgicos, sino que, además, ayudan en o dirigen programas de educación, programas para la juventud, visitas a los enfermos en los hospitales, trabajo misionero y otras tareas de bienestar social. Los candidatos al diaconado permanente, que ayudan en los diversos proyectos de la diócesis, no son tomados necesariamente de los institutos de teología, sino que pueden ser elegidos directamente de la comunidad parroquial local. La práctica de la Iglesia respecto al matrimonio para los diáconos es igual como para los sacerdotes.

Además de los ministerios ordenados de los obispos, sacerdotes y diáconos, la tradición ortodoxa también prevé otros ministerios, como sub - diácono (o hipodiácono) y lectores. En la iglesia primitiva también existían otros ministerios de la Iglesia como exorcistas, porteros, diaconisas, y predicadores laicos. Este oficio de predicador, bendecido por la Iglesia, aún se practica hoy en algunos lugares. También hoy en día, en la mayoría de las iglesias hay ceremonias especiales para bendecir e incorporar a laicos en trabajos especiales de la Iglesia como miembros del Consejo Parroquial, Catequistas, miembros del Coro parroquial, y líderes de diversas organizaciones y proyectos.

EL FUNERAL

El oficio del funeral en la Iglesia Ortodoxa, aunque no se considera específicamente como uno de los “sacramentos” de la Iglesia, es uno de los ritos litúrgicos especiales del Pueblo de Dios.

Cuando uno de sus miembros fallece, la Iglesia oficia una vigilia de oración sobre el cuerpo yacente, llamado **Responso**.¹⁰

La vigilia del funeral tiene básicamente la estructura del oficio de matutinos. Comienza con las oraciones del Trisagion y el recitado del Salmo 91, seguidos por la gran letanía para los difuntos. Tal como se hace durante la Gran Cuaresma, se canta el **Aleluya** en lugar de “**Dios es el Señor**”. Luego se cantan los troparios del funeral.

El tropario y el kontakion de los difuntos, tal como todos los himnos del oficio del funeral, son meditaciones sobre la muerte y la misericordia de Dios, acompañadas de súplicas para que la persona que se ha dormido en el Señor reciba la vida eterna:

Haz descansar, oh Salvador, a tu siervo que yace aquí, con los justos, y hazlo habitar en tu morada, según está escrito, olvidando, como Bueno que eres, todos sus pecados voluntarios e involuntarios, los cometidos con conocimiento o por ignorancia. (Tropario)

Con los Santos, haz descansar, oh Cristo, el alma de tu siervo difunto, donde no hay dolor ni tristeza, ni angustia, sino vida eterna. (Kontakion)

El Salmo 119,.. ícono verbal del hombre justo que tiene cabal confianza en Dios y total devoción y amor por su Ley Divina, el ícono verbal de Jesucristo, se canta frente al cuerpo del difunto, con sus alabanzas y súplicas por la vida en Dios.¹¹ Es el Salmo que canta de la victoria de la justicia y de la vida sobre la maldad y la muerte.

Los versos de este salmo,¹² junto a los himnos y oraciones que lo acompañan, los himnos del canon del oficio, y los himnos fúnebres especiales de San Juan Damasceno, forman todos una meditación sobre la vida y la muerte. Son, dentro del contexto de la vida nueva del Cristo Resucitado quien reina en la Iglesia, una lección de enseñanza seria para aquellos que ya han sido liberados de la tragedia total del pecado y su “paga” que es la muerte.

A veces se critica el oficio del funeral por su supuesto desolado carácter de tristeza; dicen que deben haber más palabras referentes a la vida y la resurrección. Sin embargo, esta vigilia del funeral no representa la “última palabra” de la Iglesia respecto a la muerte. Es simplemente la solemne contemplación sobre el trágico carácter de la muerte, de su realidad terrible y su poder de alejarnos de Dios. El reconocimiento de estos hechos, tan ausente en nuestros tiempos modernos, es la condición absoluta para poder apreciar totalmente y celebrar la victoriosa resurrección de Cristo y

10 En árabe, **yinnás**; en griego, **parastasis**; en ruso, **panajida**.

11 Este mismo salmo se canta en el Oficio de la Sepultura de Jesucristo el Viernes Santo por la noche, en las iglesias que siguen la tradición rusa. En las de tradición griega o antioqueña, se canta los lamentos frente al sepulcro. (Ver más adelante, en el capítulo sobre la Semana Santa.)

12 Este salmo normalmente se canta en el oficio del funeral sólo en las iglesias de tradición rusa.

su don de la vida eterna a la humanidad. Esta meditación preparatoria sobre la muerte es necesaria para que el Evangelio Cristiano de la Vida sea en verdad comprendido.

No hay nada irónico en el hecho de que el mismo San Juan de Damasco, autor del alegre canon que la Iglesia canta en la noche de la Pascua de Resurrección, también escribió los cánticos de la Iglesia acerca de la muerte, graves, fuertes en su mensaje, y realistas, acerca del inevitable destino de la existencia humana caída.

¿Qué goce terrenal está libre de tristeza? ¿Qué gloria es constante sobre la tierra? Todo es más tenue que la sombra y más ficticio que el sueño. En un momento todo desaparece con la muerte. Por eso, a la luz de tu rostro, oh Cristo, y en el goce de tu hermosura, concede el descanso a tus siervos difuntos, pues sólo Tú eres inmortal.

Lloro y sollozo cuando medito en la muerte y veo yacer en las tumbas a nuestra belleza, creada a imagen de Dios, deforme, sin gloria y carente de vista. Oh milagro, ¡qué misterio es ese ! ¿Cómo fuimos entregados a la corrupción ? ¿Cómo nos enlazamos en la muerte ? Es según está escrito por orden de Dios, que concede descanso al difunto. (Himnos del Oficio del Funeral)

En la celebración del funeral hoy en día, se cantan las Bienaventuranzas¹³ después del canon y los himnos de San Juan Damasceno, con algunas otras oraciones insertadas al final, suplicando por el difunto. La lectura de la epístola es tomada de la *Primera Carta* de **San Pablo a los Tesalonicenses (4,13-17)**, y la del Evangelio de **San Juan (5, 24-30)**. Luego sigue una Homilía del celebrante. Y finalmente los asistentes se despiden del difunto con su “último beso” mientras se canta solemnemente el “Que su Memoria sea Eterna”, y se retiran de la iglesia para ir a la inhumación del difunto en el cementerio.

Al contrario a como se entiende por lo general, este himno “Que su Memoria sea Eterna” es una súplica que Dios recuerde al siervo difunto, pues de acuerdo a la tradición bíblica, es la “memoria eterna” de Dios la que mantiene vivo al ser humano. **Seol** o el **Hades**, el **Abismo**, la región bíblica de los muertos que también se llama **Abaddon**, es la condición de abandono, olvidado por Dios. Es la ausencia de la vida, ya que en esta condición nadie puede alabar al Señor; y la alabanza del Señor es el único contenido y objetivo de la vida del ser humano; es la propia razón de su existencia. Así, este himno, el más famoso y el último de los himnos fúnebres de la Iglesia Ortodoxa, suplica que el difunto esté eternamente vivo en el “descanso eterno” de la “memoria eterna” de Dios – lo que es posible única y exclusivamente por la resurrección de Jesucristo, que es la destrucción del Abismo de la Muerte por el Resplandor de la Justicia y Vida Divina. (**Ver Salmo 88 ; Oseas 13,14 ; I Corintios 15 ; Efesios 4,9 ; Filipenses 2,5-11 ; I Pedro 3**)

La vigilia del funeral normalmente debería concluir con la celebración de la Divina Liturgia Eucarística, en que los fieles se encuentran con el Señor Resucitado, y con todos aquellos que están juntos a El, en la gloria de su Reino de la Vida. Sin embargo, en años recientes, el oficio del funeral ha perdido su carácter preparatorio, transformándose en un oficio en sí, separado de la liturgia eucarística. Esto es un hecho triste, ya que no permite una verdadera apreciación de la propia vigilia, ni tampoco la visión cristiana completa del significado de la vida, la muerte y la resurrección en Cristo, la Iglesia y el Reino de Dios.

13 Tomadas del Evangelio según san Mateo, capítulo 5.

A veces hoy en día se celebra la Divina Liturgia antes de la vigilia del funeral y se convierte en algo casi morboso, una “misa réquiem” en memoria del difunto. No obstante, esta práctica también distorsiona la verdadera comprensión y experiencia cristianas de morir en Cristo. Para recobrar el pleno entendimiento de esta experiencia según la tradición ortodoxa, la vigilia debería volver a su lugar de celebración antes de la Divina Liturgia, siendo una meditación sobre la muerte y la victoria de la vida, seguida por la participación en la celebración de la Liturgia Pascual, nuestra experiencia propia de la Resurrección de Jesucristo.

EL MONAQUISMO



El monaquismo no se considera como uno de los sacramentos de la Iglesia, ya que no es absolutamente esencial para la vida cristiana como tal, ni es un elemento necesario para la existencia del Pueblo de Dios. No obstante, el monaquismo ha tenido un papel importante en la historia del cristianismo y es altamente valorado por la tradición ortodoxa. Así un tratado aun breve de la vida sacramental de la Iglesia Ortodoxa sería incompleto si no se considerara al monaquismo entre los temas.

Según la Tradición Ortodoxa, se considera que el llamado a la vida monástica es un don personal de Dios al alma de la persona, para su salvación y servicio al Cuerpo de Cristo. La vocación monástica es el llamado al arrepentimiento personal en una vida consagrada exclusivamente a Dios. El monje o la monja busca en primer lugar, alcanzar la principal virtud cristiana, el amor, mediante la oración y el ayuno, y mediante el ejercicio de las virtudes cristianas de pobreza, castidad, humildad y obediencia.

El cristiano que se compromete con la vida monástica normalmente no ejerce ningún

ministerio especial dentro de la Iglesia, como el de sacerdote, pastor, maestro, enfermera o asistente social. El monje o la monja normalmente es laico, y no-clérigo. Cada monasterio tiene suficientes clérigos para preocuparse de las necesidades litúrgicas y sacramentales de la comunidad monástica misma.

En la historia cristiana ortodoxa numerosos misioneros, maestros y obispos han provenido de hombres que han tenido la vocación monástica. Durante siglos, los obispos han sido elegidos de entre los monjes. Sin embargo, se consideran estas otras llamadas adicionales como acontecimientos de la voluntad de Dios expresados en su Pueblo, y no constituyen el propósito o la intención de la vocación monástica como tal. Por cierto, uno debe entrar a la vida monástica con el único propósito de arrepentirse de sus pecados, de servir a Dios y de salvar a su alma, según los ideales del ascetismo

monástico. La ceremonia de la profesión monástica indica esto en forma muy clara. Así, por ejemplo, San Germán de Alaska primero se dedicó a la vida monástica, y fue sólo después, en obediencia a su padre espiritual, que dejó su vida solitaria para llegar a ser luego un gran misionero.

LAS DIFERENTES ETAPAS DE LA VIDA MONASTICA

La tradición monástica ortodoxa distingue cuatro diferentes etapas o grados clásicos que se aplican tanto a los varones como a las mujeres. El primer paso es el de novicio(a), que en la terminología de la Iglesia es el de la obediencia. En esta primera etapa, el candidato a la vida monástica simplemente vive en el monasterio bajo la dirección de un padre o madre espiritual.

La segunda etapa comienza una vez que la persona haya sido aceptada en la comunidad, y que tiene el derecho a vestirse con la túnica monástica: el rason. En esta segunda etapa el candidato aun no está plenamente comprometido en la vida monástica.

La tercera etapa es la de la primera profesión monástica. Al entrar a esta etapa, la persona recibe un nuevo nombre y se viste del hábito monástico completo. El o ella promete permanecer en la comunidad monástica en perpetua obediencia al padre o madre espiritual y a quién está a cargo del monasterio, llamado el Abad o la Abadesa. El oficio de profesión monástica, además de varios himnos y oraciones, incluye también una larga serie de preguntas referidas a la autenticidad de la vocación del candidato/a, seguido de la tonsura (el corte del pelo en forma de cruz, al igual a que se hace en el bautismo), y el revestimiento del hábito monástico completo.

La cuarta y última etapa de la vida monástica, de acuerdo a la tradición ortodoxa, es la de la gran ..profesión, reservada para sólo algunos pocos. Es la expresión de la observancia más estricta de los ideales monásticos, normalmente exigiendo un estado de vida en total reclusión y recogimiento, en constante oración y contemplación. Con esta última profesión, el monje recibe un nuevo nombre, y un distintivo especial en su vestimenta.

En la tradición ortodoxa, no existe ningún tiempo específico prescrito para la duración de cada una de estas etapas. Esto se debe al carácter estrictamente personal de la vocación. Así una persona puede progresar rápidamente hasta hacer los votos, mientras otra se puede demorar años antes de hacerlos. También pueden haber otras personas que vivan en la comunidad monástica, aunque jamás vayan a hacer los votos. La decisión en estos asuntos es tomada individualmente en cada caso, por el padre espiritual y el jefe de la comunidad.



TIPOS DE MONAQUISMO

Aunque no existen distintas órdenes religiosas en la Iglesia Ortodoxa, como hay en la Iglesia Católica Romana, sí existen en la tradición ortodoxa diferentes tipos de vida monástica, se trate de vida individual como comunitaria. En términos generales, algunos monasterios podrán tener una orientación más litúrgica, mientras que otros tendrán una disciplina mas ascética; otros también pueden tener una práctica mas mística, y otros estarán más inclinados hacia la guía espiritual y apertura al mundo para ofrecer ayuda y consejo a otros. Estos varios estilos de monaquismo, que toman una forma tanto personal como comunitaria, no corresponden a esquemas predeterminados ni oficialmente legislados. Son el resultado del desarrollo orgánico bajo la gracia viviente de Dios.

Además de estos varios estilos de orientaciones de vida monástica, se puede hablar de tres formas precisas de organización. La primera es el monaquismo cenobítico. En esta clase, todos los miembros de la comunidad hacen todas las actividades en común. La segunda clase se llama monaquismo idiorítmico, en el que los monjes (o monjas) rezan en común litúrgicamente, pero trabajan y comen en forma individual o en pequeños grupos. En esta clase de monaquismo, las personas incluso pueden rezar el oficio divino diario a solas, y reunirse solamente para la celebración de la liturgia eucarística; y esto, incluso, puede ser sólo en ocasiones especiales. Finalmente, la tercera clase de monaquismo, el eremítico, en el que los monjes o monjas son ermitaños, anacoretas o reclusos. Viven en absoluta reclusión individual, y no se unen nunca en la oración litúrgica de la comunidad, excepto en ocasiones excepcionales. En los casos más extremos, incluso puede suceder que se lleve la comunión al monje o monja quien permanece siempre aislado y solo.

En la Iglesia Ortodoxa, hoy en día en occidente, sólo existen unas pocas comunidades que tienen una genuina vida monástica. En los países de tradición ortodoxa, el monaquismo aun es floreciente, aunque su número se vio reducido debido a las condiciones políticas y espirituales. Sin embargo, en años más recientes, ha habido una mayor muestra de interés en la vida monástica, especialmente entre los miembros más cultos de la Iglesia.

III - EL CICLO DIARIO DE ORACIÓN

LA ORACION

THREE HIERARCHS



La oración es esencial a la vida cristiana. Jesucristo oraba y enseñó a las personas a imitarlo. Nadie puede ser seguidor de Jesucristo a menos que ore a Dios.

En la Iglesia Ortodoxa, toda oración es trinitaria. Rezamos a Dios en el Espíritu Santo, mediante Jesús el Hijo de Dios y, en Su Nombre. Podemos llamar a Dios “nuestro Padre” porque Jesús nos lo permitió al darnos el Espíritu Santo que nos hace “hijos de Dios”. (Ver Romanos 8)

En la Iglesia también nos dirigimos en oración a Cristo y al Espíritu Santo, las Personas Divinas que son uno con Dios Padre y que existen eternamente en perfecta unión con Él, compartiendo Su Ser y Voluntad Divinos.

Rezamos también a los santos en la Iglesia, no en la misma manera en que oramos a las Personas de la Santísima Trinidad, sino como nuestros auxiliares, intercesores, y hermanos miembros de la Iglesia quienes

ya fueron glorificados en Dios. Primera entre los santos y primera entre todos los seres humanos que han sido glorificados en el Reino de Dios está María, la **Theotokos** y Reina de los Cielos, primera entre nuestros santos intercesores ante Dios. También, podemos dirigirnos a los santos ángeles para que intercedan ante Dios por nuestra causa.

De acuerdo con el catecismo tradicional de la Iglesia, existen tres clases de oración: la **petición**, el **agradecimiento** y la **alabanza**. Y nosotros agregaríamos otra clase, que sería la **lamentación ante Dios**, pidiéndole que nos aclare acerca de las condiciones de la vida humana y el significado de nuestra existencia, especialmente en momentos de confusión y tragedia... Estas cuatro clases de oración se encuentran frecuentemente en la Biblia.

A veces se define la oración como un **diálogo** con Dios. Esta definición es cierta, siempre y cuando se recuerde que es un diálogo de silencio, realizado en lo más profundo de nuestro corazón. En la Iglesia Ortodoxa, una definición muy antigua y muy tradicional se refiere a la oración como la **elevación de la mente y del corazón a Dios**, el ponerse en Su Presencia, el constante recuerdo y conciencia de Su Nombre, de Su Existencia, de Su Poder y de Su Amor. Esto también se llama **“caminar en la presencia de Dios.”**

El propósito de la oración es el de permitirnos entrar en comunión con Dios y de llegar a ser capaz de cumplir su voluntad. Los cristianos oran para poder conocer a Dios y cumplir Sus mandamientos. A menos que una persona esté dispuesta a cambiar, y de conformarse a Cristo en el cumplimiento de Sus mandamientos, no tiene razón de orar. Según los santos, es incluso espiritualmente peligroso orar a Dios si uno no posee la firme intención de responderle e ir por el camino en que la oración nos lleve.

Orar no es simplemente recitar palabras. Decir oraciones no significa orar. Se debe orar en secreto, en forma breve, regularmente, sin muchas palabras, pero con plena confianza en que Dios escucha, y con la absoluta voluntad de hacer lo que Dios nos muestra que debemos hacer. (Ver Mateo 6,5-15; Lucas 11 y 18; Juan 14 al 17.) Para estas oraciones que ofrecemos cuando estamos a solas, se puede usar las oraciones que se encuentran en los devocionarios, los salmos, parte de los oficios divinos como las vísperas o matutinos, o bien simplemente rezar con nuestras propias palabras. A menudo lo más aconsejable es una combinación de alguna oración escrita del devocionario, proveniente de la tradición de la Iglesia, junto a las palabras que nosotros mismos dirigimos a Dios desde el fondo de nuestro corazón.

La Iglesia Ortodoxa sigue la práctica del Antiguo Testamento de tener cierta cantidad de oraciones fijas durante el transcurso del día. Se invita a los cristianos a orar en la mañana, en la noche y en el momento de las comidas, además de tener alguna oración breve que se puede repetir en cualquier momento durante el día. Muchas personas emplean la **Oración de Jesús** para este propósito: **“Señor, Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí que soy pecador.”** Por supuesto, la forma de la oración es secundaria, y puede variar de persona a persona. Lo esencial es el poder de la oración de acercarnos a Dios y de fortalecernos en el cumplimiento de Su voluntad.

Las oraciones que uno eleva a Dios en la casa son diferentes a las que tienen lugar en la iglesia, ya que la oración personal no es igual a la oración comunitaria de la Iglesia. Estas dos clases de oración son diferentes, y no deben confundirse.

Cuando vamos a la iglesia para rezar, no lo hacemos para rezar por nuestras intenciones particulares. Es en casa que debemos rezar nuestras oraciones personales., en nuestra habitación, en secreto, y no en la iglesia. Esto no quiere decir que a la iglesia no llevemos nuestras preocupaciones, deseos, angustias, dudas, preguntas y alegrías... Por cierto que podemos hacer esto. Y más todavía, lo debemos hacer en la medida en que las unamos a la oración de la Iglesia entera, a la eterna oración de Cristo, de la Madre de Dios, de los santos, y de los hermanos y hermanas de nuestra propia comunidad eclesial.

En la iglesia oramos junto a los demás, y debemos por lo tanto disciplinarnos a rezar todos juntos como un sólo cuerpo en la unidad de una sola mente, un solo corazón y una sola alma. Nuevamente esto no quiere decir que nuestras oraciones han de dejar de ser personales y únicas. Necesariamente ponemos de nosotros mismos en nuestra oración en la iglesia. Sin embargo, en la Iglesia cada uno debe poner su propia persona, con todo lo suyo, en la oración común de Cristo con su Cuerpo Místico. Esto es lo que enriquece la oración de la Iglesia y lo que la hace significativa y la embellece. Incluso, podemos decir que la hace “fácil” de hacer. Lo difícil de muchos oficios de la iglesia es que son las oraciones aisladas de individuos separados, quienes están juntos física, pero no espiritualmente.

Los oficios en la Iglesia Ortodoxa normalmente son bastante largos. Esto es así porque no vamos a la Iglesia solamente a rezar. Vamos a la iglesia para reunirnos en comunidad, cantar juntos, meditar sobre el significado de la fe juntos, y para tener unión y comunión juntos con Dios. Esto es verdad especialmente en cuanto a la Divina Liturgia. (Ver Capítulo 5 de este libro.) Si una persona desea orar sólo en el silencio de su corazón, no necesita ir a la Iglesia; y más aún, no debe ir a la iglesia durante los oficios con el fin de orar a solas. Los oficios de la Iglesia no son diseñados para la oración silenciosa del corazón. Existen para la unión en oración de todo el pueblo de Dios, unos con otros, con Cristo y con Dios Padre, por el Espíritu Santo.

VISPERAS

En la Iglesia Ortodoxa, el día litúrgico comienza en la tarde, con el ocaso del sol. Esta práctica es conforme al relato bíblico de la creación: **“Y hubo la tarde, y hubo la mañana, día primero.” (Génesis 1,5)**

El oficio de vísperas en la iglesia comienza siempre con el recitado del Salmo 104, el salmo vespertino, **“... el sol conoce su ocaso, Tú haces la oscuridad y queda hecha la noche...” (Salmo 104,19-20)** Este salmo, que glorifica la creación de Dios, es el primer acto de adoración del ser humano a Dios, pues el ser humano encuentra a Dios primero como Creador.

Bendice alma mía, al Señor Dios mío, Te has engrandecido poderosamente...

Oh Señor, cuán grandiosas son tus obras! Todas las has hecho con sabiduría. La tierra está llena de tus criaturas. (Salmo 104,24)

Después de este salmo, se entona la Gran Letanía, la Letanía de la Paz, la petición de apertura de todos los oficios litúrgicos de la Iglesia. En ella suplicamos al Señor por todas las personas y todas las cosas.

Enseguida se canta una serie de salmos, un grupo distinto cada día. En las parroquias normalmente se omiten estos salmos, aunque en los monasterios siempre se cantan. En el día sábado a la tarde, la víspera del domingo, sin embargo, secciones del primer salmo y los demás salmos usualmente se cantan incluso en las parroquias.

El Salmo 141 siempre se canta en las Vísperas. Durante la entonación de este salmo, se ofrece el incienso.

Señor, he clamado a Ti, escúchame. Atiende la voz de mi oración.

Que ascienda mi oración como incienso ante Ti.

Y sea la elevación de mis manos como sacrificio vespertino.

Escúchame, Señor. (Salmo 141,1-2)

Esta parte del oficio se llama **lucernario**. Está constituido de cuatro salmos fijos (Salmos 141, 142, 130 y 117). Los dos primeros versículos del salmo 141 son cantados según el tono de la semana (existen ocho tonos o modos musicales, de los cuales uno constituye el tono principal de cada semana litúrgica) o, en un día de fiesta, según el tono de la primera **estijira** (tropario ubicado entre dos versículos sálmicos) o versículo especial de la fiesta. Durante este tiempo, el diácono (o sacerdote) incienso toda la iglesia. Los últimos versículos del salmo 141 y los primeros del 142 son leídos antifonalmente, o frecuentemente omitidos. Entre los versículos de los salmos se intercalan las estijiras del día. Esas estijiras son cantadas en honor de la fiesta del día. En los días sábado por la tarde, víspera del Día del Señor, estos himnos siempre alaban la resurrección de Jesucristo de entre los muertos.

Si hay diez estijiras, se intercala la primera después del versículo “saca mi alma de la cárcel...” (Salmo 142:8); y si hubiera ocho, después del versículo “Desde lo más profundo...” (Salmo 130:1).

Después de la última estijira, seguida del “Gloria al Padre... ahora y...”¹⁴, el coro canta el **theotokion dogmático** (dogmatikon), un himno especial cantado a la Madre de Dios. Después de esto, viene la **Entrada** y el Himno Vespertino. Si es una fiesta o la víspera del domingo, el celebrante precedido del **ceroferario** (el que lleva la vela encendida), sale por la puerta norte del Iconostasio llevando el incensario, y se para frente a las puertas reales, y exclama: “Sofía, Orthi” (¡He aquí la Sabiduría, estemos de pié!). Luego entra al santuario mientras el coro canta el Himno Vespertino, que es común a todos los oficios de Vísperas.

**Radiante Luz de la Santa Gloria, del Padre Inmortal y Celestial,
Santo, bendito Jesucristo. Habiendo legado al ocaso del sol, y
habiendo visto la luz vespertina. Alabamos al Padre, al Hijo y al
Espíritu Santo, un solo Dios. Digno es en todo tiempo alabarte
con voces santas, oh Hijo de Dios y Dador de Vida. Por eso el
mundo te glorifica.**

Cristo es alabado como la Luz que ilumina las tinieblas del ser humano, la Luz del mundo y del Reino de Dios que no tiene ocaso. (**Isaías 60,20; Apocalipsis 21,25**)

A continuación se entona el **prokimenon**, un verso de los salmos, que es distinto para cada día de la semana, anunciando el tema espiritual del día. Si es un día de fiesta, se leen, además, tres lecturas del Antiguo Testamento (En ciertas fiestas, como por ejemplo la de San Pedro y San Pablo, el 29 de Junio, las lecturas son tomadas del Nuevo Testamento). Luego se cantan más letanías y peticiones junto a algunos himnos específicos del día, las **apostijas** (serie de estijiras que se cantan al final de Vísperas y de Matutinos durante la semana), lo que se concluye con la entonación del **Himno de San Simeón**:

**Ahora, Señor, despidas a tu siervo en paz, conforme a tu palabra;
porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en
presencia de todos los pueblos; Luz para revelación de los gentiles,
y gloria de Tu Pueblo Israel. (Lucas 2,29-32)**

Después de proclamar nuestra visión de Cristo, la Luz y la Salvación del Mundo, rezamos las oraciones del **Trisagion** (Santo Dios) hasta el **Padre Nuestro**. Cantamos el himno principal del día, llamado el **Troparion**, y el celebrante nos despide con la bendición como de costumbre.

El servicio de Vísperas nos lleva por los temas de la creación, la caída, el pecado, y la salvación en Cristo. Nos lleva hasta la meditación de la palabra de Dios y la glorificación de su amor para con la humanidad entera. Nos instruye y nos permite alabar a Dios por los eventos o personas conmemorados en ese día, cuya memoria se celebra y se nos hace presente en la Iglesia. Nos prepara para el sueño de la noche, y el amanecer del día que ha de venir. Y cuando al día siguiente se celebre la Divina Liturgia, este oficio también nos prepara para la comunión de los Santos Misterios.

14 Los sábados a la tarde, y en ciertas fiestas, existe una estijira llamada **doxastikon** (del griego doxa: gloria) que se lo canta después del “Gloria al Padre...”. Después sigue el “ahora y ...” y continúa el **theotokion dogmatico**. Por otra parte, durante la semana, la cantidad de estijiras cantadas en el **lucernario** es generalmente de seis)

MATUTINOS

El servicio de oración de la mañana se llama **Matutinos**. Comienza con la lectura de los seis salmos matinales (Es decir los Salmos 3,38,63,88,103 y 143)y la Gran Letanía de la Paz. Luego, se canta los versos del Salmo 118:

Dios el Señor se ha manifestado a nosotros. Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.

Luego se canta el **Tropario del día** y, si el oficio se está celebrando en un monasterio, también se leen **catismas** tomados de salmos que varían de día a día. Seguidamente se cantan algunos himnos alusivos al tema litúrgico del día. En la celebración de Matutinos los días domingo, se cantan alabanzas y salmos especiales que hacen referencia a la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, mientras para las fiestas grandes de la Iglesia, se cantan otros. También se lee el **Evangelio Matutino** los días domingo y en fiestas mayores.

Después del Evangelio, el sacerdote reza una larga oración de intercesión, seguida por un conjunto de himnos y lecturas que se llama el **Canon**. Estos son basados en cánticos del Antiguo Testamento, y se concluyen con el cántico de María, la Madre de Dios, que se conoce como el **Magnificat**. (**Lucas 1,46-55**) Luego se cantan las **Alabanzas**, y por último se canta la **Gran Doxología**, seguida por las letanías matinales. Luego se repite el Troparion nuevamente. Así se concluye el oficio de Matutinos, y la congregación se retira para dar comienzo a sus actividades diarias.

El oficio de Matutinos en la iglesia reúne los elementos de oración y salmos matinales con meditaciones sobre los cánticos bíblicos, la lectura del Evangelio, y el tema litúrgico especial del día expresado en versos e himnos específicos. Además, los temas de la revelación de Dios y Su Luz Divina también son siempre centrales al oficio matinal de la Iglesia.

A veces, particularmente en iglesias de la tradición rusa, los oficios de Matutinos y de Vísperas son unidos para formar un solo y largo oficio de Vigilia, el cual se celebra después del atardecer. En otras iglesias locales, en especial las que siguen la tradición antioqueña o la griega, se celebra Vísperas en la tarde, y Matutinos en la mañana, directamente antes de la Divina Liturgia. En las grandes fiestas de la Iglesia, se incluye en el oficio de Vísperas, el oficio de **Artoclasia** (Bendición de cinco panes, y de trigo, vino y aceite.) Los fieles participan de esta comida bendecida y son ungidos con el aceite, como signo de la gracia y misericordia de Dios.

OFICIO DE LAS HORAS, COMPLETAS Y DE MEDIANOCHES

Además de los oficios litúrgicos de Vísperas y Matutinos, existen los de las **Horas, Completas** y de **Medianoche**. Se celebran estos oficios en los monasterios, pero rara vez en las parroquias, excepto tal vez durante la Gran Cuaresma y la Semana Santa, y en ciertas fiestas.

Son cuatro los oficios de las Horas: la **Primera Hora**, la **Tercera**, la **Sexta** y la **Novena Hora** (Nombres tomados de las divisiones del día romano). Estas “Horas” corresponden generalmente a las seis y las nueve de la mañana, el mediodía, y las tres de la tarde, respectivamente. Consisten principalmente en salmos, cuyo desarrollo se relaciona con los acontecimientos en la Pasión de Cristo que tuvieron lugar en esas horas del día. La Tercera Hora también hace referencia a la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles en el Día de Pentecostés.

En las Horas, también se reza el tropario del día o de la fiesta que se celebra. Durante los primeros días de la Semana Santa, así como en algunas fiestas muy importantes, también se lee el Evangelio. En días en que no se celebra la Divina Liturgia, se lee una serie de salmos que se llama los Salmos Típicos..., después de la Novena Hora. Estos salmos incluyen ciertos elementos de la Divina Liturgia, como los salmos litúrgicos, las **Bienaventuranzas (Mateo 5)** y el **Credo**.

La Iglesia celebra el oficio de **Completas** después del de Vísperas y de la cena. Su nombre, tanto en griego como en eslavo, indica esto mismo. Este oficio comprende principalmente salmos y oraciones. En los días en que el oficio de Vísperas es ligado a la celebración de la Divina Liturgia, tal como la Víspera de la Navidad y de la Epifanía, se celebran juntos los oficios de Completas Mayores y Matutinos en forma de Vigilia. Durante la primera semana de la Gran Cuaresma, se reza el Canon Penitencial de San Andrés de Creta durante la celebración de Completas.

El oficio de **Medianoche** o **Nocturno**, como su nombre lo indica, se lee en mitad de la noche en la Iglesia Ortodoxa. En los monasterios este oficio usualmente da comienzo a la vigilia de toda la noche de los monjes. Consiste en varios salmos junto a las otras oraciones que normalmente se encuentran en los otros servicios, como el llamado a la oración (**Venid, adoremos...**), el Trisagion (**Santo Dios**), el **Padre Nuestro**, el Tropario, etc. El tema de este oficio, tal como su nombre claramente indica, es la noche y la necesidad de vigilar y velar hora de la venida de Cristo y del Juicio: “He aquí que viene el Esposo a medianoche...” (Del oficio del Esposo en Semana Santa). En las parroquias, prácticamente la única vez que se celebra Nocturno es en el Gran Sábado Santo en la noche, justo antes de Matutinos de la Pascua de Resurrección.



IV - EL AÑO LITÚRGICO

EL AÑO LITURGICO, AÑO DE LA IGLESIA

Se considera el día 1 de septiembre como el inicio del año litúrgico. Sin embargo, el verdadero centro litúrgico del ciclo anual de la Iglesia es la fiesta de la Resurrección de Cristo. Todos los elementos de la vida litúrgica ortodoxa tienen su centro en la Resurrección, la celebración de la **Nueva Pascua Cristiana**. Inclusive las “fiestas fijas”¹⁵ de la Iglesia como la Navidad y la Epifanía que se celebran en una fecha específica del calendario, reciben su forma litúrgica e inspiración de la fiesta pascual.

El ciclo de la Pascua de Resurrección se inicia con la **Gran Cuaresma**, la cual es precedida por varios domingos de preparación pre-cuaresmal. Toda la oración de la Gran Cuaresma llega a su punto culmine en la Semana Santa y en la **Fiesta de las Fiestas, la Resurrección de Jesucristo**. Luego, después de la Pascua de Resurrección, hay 50 días de celebración pascual que sigue hasta la fiesta de **Pentecostés**. Luego cada semana del año litúrgico es contada como un “domingo después de Pentecostés.” Se cuentan las semanas de la siguiente manera: El Primer Domingo después de Pentecostés, el Segundo Domingo después de Pentecostés, etc.), hasta que se da comienzo nuevamente al tiempo de preparación para la Gran Cuaresma en que las semanas reciben sus nombres y contenido principal en vista de la celebración pascual que se aproxima.

Existen dos libros especiales de los servicios litúrgicos para las oraciones especiales para este ciclo pascual de celebración: el **Triodion de Cuaresma**¹⁶ y el **Triodion de la Pascua**¹⁷ (literalmente el **Triodion de las Flores**), el cual también se llama el **Pentecostarion**. Estos libros se llaman Triodions debido a las “tres odas” (3 himnos especiales) que frecuentemente se cantan durante los oficios de la iglesia durante estos periodos.

Los domingos y semanas posteriores a la fiesta de Pentecostés también tienen su propio libro especial que se llama el **Octóecos**, que literalmente quiere decir “**los Ocho Tonos**”. El Octóecos contiene las oraciones especiales para cada día de la semana. El día domingo es siempre dedicado a la Resurrección de Cristo. Los días miércoles y viernes son dedicados a la pasión y crucifixión de Cristo. El tema de los días lunes es el de los “poderes incorpóreos”, los santos ángeles. Se dedican los días martes a la memoria de San Juan Bautista, los jueves a los Santos Apóstoles y San Nicolás, y los sábados a la Theotokos y la memoria de los difuntos.

Cada día de la semana, comenzando con la víspera del Domingo (el Día del Señor), se cantan los oficios en el mismo “tono” o melodía y escala musical. Existen ocho diferentes conjuntos de oraciones, cada uno en un diferente “tono” (por lo tanto, el nombre “Octóecos”), que se cantan en forma rotativa durante todo el año. Por ejemplo, en el segundo Domingo después de Pentecostés (desde la víspera hasta el sábado siguiente) se usa el Tono 1 (con sus respectivos textos y melodía); el tercer Domingo después de Pentecostés, Tono 2; el cuarto Domingo después de Pentecostés, Tono

15 Fiestas que se celebran en la misma fecha todos los años, tal como la Natividad de Cristo (25 de diciembre) y la Transfiguración de Cristo (6 de agosto), distinto a las que son del ciclo movable de la Pascua de Resurrección, cuya fecha de celebración varía de año a año.

16 El Triodion de cuaresma contiene todo los himnos y oraciones especiales que se rezan durante las semanas de preparación a la Gran Cuaresma (el tiempo pre-cuaresmal) y la Gran Cuaresma.

17 El Triodion de la Pascua contiene los himnos y oraciones especiales para el periodo desde la Pascua de Resurrección hasta la fiesta de Pentecostés.

3, y así sucesivamente, hasta el noveno Domingo después de Pentecostés cuando corresponde el Tono 8, y luego el décimo Domingo después de Pentecostés nuevamente corresponde al Tono 1. Este ciclo de “tonos” existe para cada semana del año, a pesar de que al acercarse el tiempo de Cuaresma nuevamente se enfatiza la preparación para la celebración de la Pascua de Resurrección.

Además de este ciclo pascual de oración que se organiza contándose las semanas después de Pentecostés, junto a este ciclo coexiste el ciclo de oración para cada día del año, cada uno de los cuales es dedicado a un santo (o santos) o a algún acontecimiento especial. Las oraciones para este ciclo (de acuerdo a las fechas fijas del calendario) se encuentran en una serie de doce tomos, uno para cada mes del año, que se llama el **Mineon**. El tomo del **Mineon** para el mes de septiembre, por ejemplo, incluye todas las oraciones especiales para cada día de ese mes, incluyendo las oraciones para el comienzo del año litúrgico (septiembre 1) y la Natividad de la Virgen María (septiembre 8), etc. La solemnidad del día es proporcionada a la importancia y popularidad del santo(s) o acontecimiento que se conmemoran.

Existen doce fiestas mayores o principales universalmente celebradas en la Iglesia Ortodoxa. Estas son: la Natividad de Cristo (25 de diciembre), la Epifanía (6 de enero), la Presentación de Cristo en el Templo (2 de febrero), y la Transfiguración de Cristo (6 de agosto); la Natividad de María (8 de septiembre), la Presentación de María en el Templo (21 de noviembre), la Anunciación (25 de marzo) y la Dormición de María (15 de Agosto); la Exaltación de la Santa Cruz (14 de septiembre); y, del ciclo pascual, la Entrada de Cristo a Jerusalén (Domingo de Ramos), la Ascensión del Señor, y la fiesta de Pentecostés. La Pascua de Resurrección no se incluye entre estas doce fiestas mayores de la Iglesia ya que es la “Fiesta de las Fiestas”.

Las Iglesias Ortodoxas de distintas tradiciones étnicas enfatizan los otros días del año según su particular importancia y significado. Es así entonces, que el día de San Sergio se celebra en gran manera en Rusia, San Spiridon en Grecia, San Jorge en los países árabes, y San Germán en América del Norte. Algunas fiestas, como la de San Pedro y San Pablo, San Nicolás y San Miguel, poseen una popularidad universal en toda la iglesia. La fiesta de San Pedro y San Pablo, además, tiene una importancia especial para la Iglesia del Patriarcado de Antioquía, ya que ellos son los santos patronos del patriarcado.

La fiesta de la Natividad de Cristo tiene su propio ciclo de oración modelado según el de la Pascua de Resurrección. Se prepara para esta fiesta mediante un ayuno de 40 días (similar a la que precede la Pascua de Resurrección), y se celebra también un periodo de oración después de ella. Las fiestas de la Dormición de María y de San Pedro y San Pablo también tienen periodos de ayuno, aunque de menor duración, en preparación a ellas. La mayoría de las fiestas mayores tienen una preparación de oración litúrgica antes, además de un tiempo de glorificación después. Esto significa que la fiesta es recordada y glorificada en los oficios litúrgicos de la Iglesia en anticipación a su llegada y también es celebrada en cánticos, oraciones e himnos por algunos días después.

LAS FIESTAS MAYORES DE LA IGLESIA¹⁸

8 de Septiembre	La Natividad de María la Theotokos
14 de Septiembre	La Exaltación de la Santa Cruz
21 de Noviembre	La Presentación de la Theotokos en el Templo
25 de Diciembre	La Navidad de Nuestro Señor Jesucristo
6 de Enero	La Epifanía: El Bautizo de Jesucristo
2 de Febrero	La Presentación de Cristo en el Templo
25 de Marzo	La Anunciación
6 de Agosto	La Transfiguración del Señor
15 de Agosto	La Dormición de la Theotokos ¹⁹

Fiestas cuyas fechas de celebración se calculan año a año de acuerdo a la primera luna llena de primavera (de otoño, en el hemisferio sur) y la pascua judía:

Domingo de Ramos (La Entrada a Jerusalén)

LA PASCUA: LA SANTA RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO

La Ascensión de Cristo (40 días después de la Resurrección)

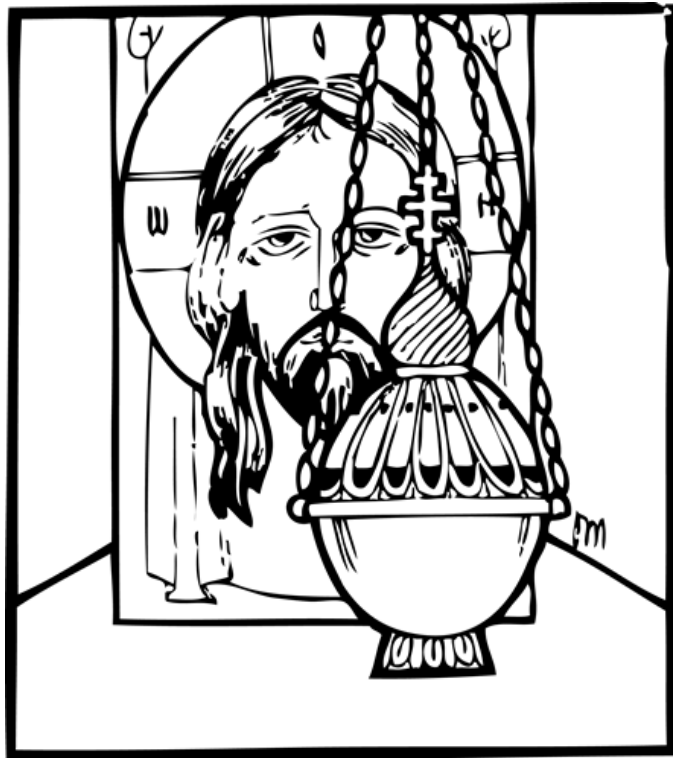
Pentecostés: El Descendimiento del Espíritu Santo (50 días después de la Resurrección)



18 La Iglesia cuenta 12 Fiestas Mayores en su año litúrgico. La Pascua de Resurrección, sin embargo, es una fiesta de tanta importancia, que no se cuenta entre estas 12. Se denomina en cambio, la Fiesta de las Fiestas.

19 De esta manera se puede observar que el Año Litúrgico, a partir de 1 de septiembre, comienza con una fiesta principal de la Virgen María (su nacimiento, que se celebra el 8 de septiembre), y se concluye con otra (su Dormición). Esto nos indica la gran importancia que la Iglesia Ortodoxa presta a la Theotokos, Siempre Virgen y Purísima Madre de Nuestro Dios.

EL TIEMPO PRE-CUARESMA



La Gran Cuaresma es el tiempo en el año litúrgico que precede al periodo pascual de la Iglesia. La Gran Cuaresma, además, tiene su propio periodo de preparación litúrgica. La primera señal del acercamiento de la Gran Cuaresma viene cuatro domingos anteriores a su comienzo, el del **Publicano y Fariseo**. El enfoque en este domingo está en dos varones quienes fueron al templo a rezar. Uno era un fariseo, un varón muy decente y religioso; y el otro un publicano, un recaudador de impuestos quien en verdad era pecador y engañaba a la gente. El primero, a pesar de que era justo, fue condenado, según Cristo, por su orgullosa actitud frente a Dios. El segundo, aunque en verdad un pecador, se arrepintió y rogó a Dios por misericordia; la recibió, y fue justificado delante de Dios. (**Lucas 18,9**) La reflexión que debemos hacer aquí es, que no poseemos ni la piedad religiosa del fariseo ni el arrepentimiento

del público mediante el cual podemos ser salvados. Estamos llamados a vernos como en verdad somos a la luz de la enseñanza de Cristo, y rogarle a Dios por su misericordia y compasión divinas.

El segundo domingo en este proceso de preparación a la Gran Cuaresma es el **Domingo del Hijo Pródigo**. Al escuchar la parábola de Cristo acerca del perdón y amor de Dios, estamos llamados a darnos cuenta de nuestra verdadera situación, tal como hizo el hijo pródigo “volviendo en sí” (**Lucas 15,17**), y vernos “en un país lejano”, lejos de la casa del Padre, y hacer el movimiento de retorno a Dios. Tenemos la seguridad que nos da el Maestro que el Padre nos recibirá con regocijo y alegría. Lo único que debemos hacer es “levantarnos e ir”, confesando la separación que nosotros mismos nos hemos impuesto de la “casa” a la cual en verdad pertenecemos. (**Lucas 15,11-24**)

El domingo siguiente es el que se llama la “**Fiesta de la Carne**”, pues es oficialmente el último domingo antes de la Pascua de Resurrección en que se puede comer carne. Conmemora la parábola de Cristo del Juicio Final. (**Mateo 25,31-46**) Nos recuerda en este día que no es suficiente sólo ver a Jesús, ni ver a nosotros como realmente somos, y volver a la casa del Padre como sus hijos pródigos. Debemos también ser hijos suyos siguiendo a Cristo, su Divino Hijo Unigénito, ver a Cristo en cada ser humano y servir a Cristo mediante ellos. Nuestra salvación y nuestro juicio final dependerán de nuestras obras, no solamente de nuestras intenciones ni tampoco en forma exclusiva de las misericordias de Dios, sin además de nuestra cooperación y obediencia.

Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí; ... De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis. (Mateo 25)

Somos salvados no solamente por oración y ayuno, no por “ejercicios religiosos” únicamente. Somos salvados sirviendo a Cristo a través de Su pueblo, la meta a que toda oración y virtud se dirigen.

Finalmente, en la víspera de la Gran Cuaresma, el día llamado “**La Fiesta del Queso**” o el “**Domingo del Perdón**”, cantamos himnos que hablan del exilio de Adán del Paraíso. Nos identificamos con Adán, lamentando nuestra pérdida de la belleza, dignidad y gozo de nuestra creación original, y entramos así al tiempo de ayuno perdonándonos unos a otros, de modo que Dios también perdone a nosotros.

Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas. (Mateo 6,14-15)

LA GRAN CUARESMA

La Gran Cuaresma es el tiempo en que nos preparamos para la fiesta de la Resurrección de Cristo. Es el símbolo viviente de la vida del ser humano la cual se completa en su resurrección de los muertos junto a Cristo. Es un tiempo de renovada devoción: de oración, ayuno y ayuda a los necesitados. Es un tiempo de arrepentimiento, una verdadera renovación de nuestras almas, corazones y obras, en conformidad a Cristo a sus enseñanzas. Es el tiempo, sobre todo, de nuestro retorno a los grandes mandamientos de amar a Dios y al prójimo.

En la Iglesia Ortodoxa, la Gran Cuaresma no es un periodo de morbosidad y tinieblas. Al contrario, es un tiempo de alegría y purificación. Estamos llamados a “ungir nuestros rostros” y a “purificar nuestros cuerpos tal como purificamos nuestras almas.” Los primeros himnos del primer oficio que se celebra en la Gran Cuaresma nos muestran el carácter propio de este tiempo:

Comencemos la Cuaresma con regocijo... ayunemos de las pasiones y también de la comida, regocijándonos en las palabras buenas del Espíritu, a fin de que veamos la santa pasión de Cristo Nuestro Dios y su Santa Pascua, alegrándonos espiritualmente.

Tu gracia ha venido sobre nosotros, oh Señor; la iluminación de nuestras almas ha venido; he aquí, ahora es el tiempo aceptable; he aquí, ha llegado el tiempo de arrepentimiento. (Himnos del Oficio de Vísperas)

Lo que Dios en verdad desea es nuestro arrepentimiento, no nuestro remordimiento. Lamentamos nuestros pecados, mas lo hacemos en la alegría de la misericordia de Dios. Mortificamos nuestra carne, pero esto hacemos en el regocijo de nuestra resurrección a la vida eterna. Nos preparamos para la resurrección durante la Gran Cuaresma, tanto la Resurrección de Cristo como nuestra propia resurrección.

EL AYUNO DE LA GRAN CUARESMA

Debemos agregar unas palabras especiales acerca del ayuno que hacemos durante la Gran Cuaresma. En términos generales, se puede decir que el ayuno representa un elemento esencial de la Vida Cristiana. Cristo mismo ayunó, y enseñó a los seres humanos a ayunar también. El ayuno verdaderamente bendito es el que se hace en secreto, sin mostrarse a los demás y sin acusar a los demás. (**Mateo 6,16; Romanos 14**) Su meta es la purificación de nuestras vidas, la liberación de nuestros cuerpos y almas del pecado, el fortalecimiento de nuestros poderes humanos de amar a Dios y al prójimo, y la iluminación de todo nuestro ser para comunión con la Santísima Trinidad.

Las reglas ortodoxas para el ayuno de la Cuaresma son las reglas monásticas. No se permite el consumo de carne después del Domingo de la Fiesta de la Carne, y no se permite el consumo ni de huevos ni de productos lácteos después del Domingo de la Fiesta de Queso. Estas reglas existen no como una “carga que no se puede llevar” (**Lucas 11,46**), sino más bien como un ideal que debemos tratar de alcanzar; no como un fin en sí, sino como un medio que nos lleva hacia una perfección espiritual coronada en amor. Los propios oficios de la cuaresma nos recuerdan de esto:

Ayunemos con un ayuno agradable al Señor. Esto es el ayuno verdadero: abandonar al mal; cuidar la lengua; cortar la ira; cesar las pasiones, el mal habla, las mentiras y las maldiciones. Dejar todo esto es el ayuno verdadero y aceptable. (Vísperas del Lunes de la Primera Semana)

Los oficios de la Gran Cuaresma también claramente nos enseñan a no ser orgullosos de nuestro ayuno externo, ya que el diablo tampoco come.

El ayuno asceta de la Gran Cuaresma continúa desde el Domingo de la Fiesta de la Carne hasta el Domingo de la Resurrección, y es interrumpido solamente después de la Divina Liturgia Pascual. Reconociendo que están llamados a realizar un gran esfuerzo, los Cristianos han de hacer todo lo posible para ayunar en la mejor forma que pueden, en secreto, de modo que Dios los vea y les bendiga abiertamente con una vida santa. Cada persona debe hacer lo mejor que pueda a la luz de esta ideal.

Además del ayuno asceta de este periodo de Cuaresma, los Ortodoxos son los únicos cristianos que practican lo que se llama el **ayuno eucarístico** o **ayuno litúrgico**. Esta abstinencia no se refiere al ayuno que se hace en preparación a recibir los dones eucarísticos; significa que uno abstiene de recibir la Santa Eucaristía.

En los días de semana durante la Gran Cuaresma, no se celebra la Divina Liturgia Eucarística de costumbre en la Iglesia Ortodoxa, ya que la Divina Liturgia es siempre una celebración pascual de comunión con el Señor Resucitado. Ya que el tiempo de Cuaresma es de preparación para la Resurrección del Señor mediante nuestro recuerdo del pecado y separación de Dios, el orden litúrgico de la Iglesia no permite la celebración eucarística en los días de semana durante la Gran Cuaresma. En lugar de la Divina Liturgia, los oficios no-eucarísticos se extienden con lecturas adicionales de las Sagradas Escrituras e himnos de un carácter cuaresmal. A fin de que los fieles no sean totalmente desprovistos de la Santa Comunión en los días de semana, sin embargo, se celebra la **Divina Liturgia de los Dones Presantificados** los días miércoles y viernes. (Ver texto más adelante)

A pesar de este ayuno eucarístico, de todas maneras se celebra la Divina Liturgia Eucarística los días Sábado y Domingo (el Día del Señor). Los sábados, se celebra la **Divina Liturgia de San Juan Crisóstomo**, generalmente acompañada de oraciones especiales para los fieles difuntos. Los domingos, sin embargo, se celebra la **Divina Liturgia de San Basilio el Grande**.

A menudo se hace referencia a la enseñanza que los días sábado y domingo no son días de ayuno en la Iglesia Ortodoxa. Esto es cierto, pero se refiere solamente al ayuno eucarístico-litúrgico. Durante toda la Gran Cuaresma, aunque se rompe el ayuno eucarístico los sábados y domingos, se guarda el ayuno asceta todos los días, desde el Domingo de la Carne hasta la Pascua de Resurrección.

LOS OFICIOS DE LA GRAN CUARESMA

Se caracterizan los oficios de la Gran Cuaresma en los días de semana por melodías especiales que expresan su carácter penitencial.²⁰ Las vestimentas utilizadas en la iglesia son de color sobrio. Los troparios diarios también son de carácter de intercesión, rogando a Dios mediante Sus Santos que tenga misericordia de nosotros pecadores.

En el oficio de Matutinos, no se canta el Salmo “**Dios el Señor ...**” como de costumbre, sino en su lugar, el **Aleluya** largo. Hay una mayor cantidad de lectura de salmos, y los himnos hacen referencia al esfuerzo hacia la perfección que hacemos durante la Cuaresma. Tres libros del Antiguo Testamento tiene especial importancia durante la Gran Cuaresma. Estos son el libro de **Génesis**, el de **Proverbios**, y el del **Profeta Isaías**. De hecho, se leen cada uno de estos libros en forma casi completa durante este tiempo. Lecturas tomadas de Génesis y Proverbios son agregadas al oficio de Vísperas, y del Profeta Isaías a la Sexta Hora. Ya que no se celebra la Divina Liturgia, no hay lecturas de la Epístola ni del Evangelio.

Una oración especialmente conocida en la tradición ortodoxa es rezada en todos los oficios de la Gran Cuaresma. Esta es la Oración de San Efraín de Siria. Es una súplica a Dios, rogándole que nos dé aquellas virtudes necesarias para la vida cristiana.

**Oh Señor y Soberano de mi vida: líbrame del espíritu de indolencia,
de aliento, vanagloria y palabra inútil.**

**Y concédeme a mí tu siervo pecador, el espíritu de castidad,
humildad, paciencia y amor.**

**Oh Señor y Rey, concédeme de conocer mis faltas y no juzgar a
mi hermano, porque Tú eres bendito por los siglos de los siglos.**

Amen.²¹

El Domingo de la Fiesta de Queso en la tarde, se acostumbra a celebrar un oficio especial de Vísperas llamado las **Vísperas del Perdón**. Es el primer oficio de la Gran Cuaresma. Este domingo es dedicado especialmente al perdón. Estamos prontos a entrar en el tiempo litúrgico en que nos esforzamos en forma especial para reconciliarnos con Dios. Es costumbre, entonces, en la
20 Incluso, en algunas parroquias, las puertas reales del iconostasio permanecen cerradas, simbolizando la separación del hombre del Reino de Dios debido al pecado.

21 Ver el artículo en la página web de la parroquia www.iglesiaortodoxa.cl, preparado por R.P. Francisco Salvador.

Iglesia Ortodoxa, durante las Vísperas del Perdón, que cada uno de los fieles que participen en este oficio se acerque a todos los presentes individualmente, para pedirles su perdón y también ofrecerles perdón por cualquiera falta que pueda haber cometido.

Durante la primera semana de la Gran Cuaresma, se reza el **Gran Canon de San Andrés de Creta**. Consiste en una larga serie de versículos de carácter penitencial, basados en temas bíblicos, a cada uno de los cuales los fieles responden: **Ten piedad de mí, oh Dios, ten piedad de mí**. Se repite este Canon también el día jueves de la quinta semana de la Gran Cuaresma.

Los días viernes de la Cuaresma se reza un oficio denominado el **Acathiston** a la Virgen María, Theotokos. Es una oración de alabanza a la Madre de Dios, cuya autoría se atribuye a San Romanos el Melodista. Durante los primeros cuatro viernes, se canta la cuarta parte del oficio, hasta completarlo. Luego, el quinto viernes, se reza el oficio entero.

El primer sábado de la Gran Cuaresma es dedicado a la memoria de San Teodoro de Tiro. Los sábados siguientes (segundo, tercero y cuarto) son dedicados a la memoria de los fieles difuntos. Los himnos litúrgicos que se cantan en estos días ruegan por todos los fieles difuntos. Además, se reza el Responso por los Difuntos, nombrándolos individualmente. Se agregan otras oraciones y letanías a la Divina Liturgia las cuales, tal como las lecturas de las Sagradas Escrituras, hacen referencia a los difuntos y su salvación en Cristo.

En general el día sábado, incluso fuera de la Gran Cuaresma, es el día en que la Iglesia recuerda a los difuntos. Esto es porque el sábado es el día que Dios bendijo para la vida en este mundo. Debido al pecado, sin embargo, este día ahora simboliza a toda la vida terrenal que se cumple en la muerte. Incluso Cristo el Señor yacía muerto el día sábado, “descansando de todas sus obras,” y “pisoteando la muerte con la muerte.” Es así entonces, que en la Iglesia de Cristo del Nuevo Testamento, el sábado se vuelve un día especial para recordar a los difuntos y ofrecer súplicas a Dios por su salvación.



LA LITURGIA DE LOS DONES PRESANTIFICADOS

Como ya hemos visto, no se celebra la Divina Liturgia eucarística en la Iglesia Ortodoxa los días de semana durante la Gran Cuaresma. Para ayudar a los fieles a sostener su esfuerzo espiritual durante la Cuaresma, se oficia la **Liturgia de los Dones Presantificados**. Este oficio es muy antiguo. Se sabe de él en forma oficial en los cánones eclesiásticos del siglo séptimo, lo que obviamente indica que su desarrollo fue mucho más temprano.

En todos los días del ayuno santo de la Cuaresma, excepto en los días sábado, los días domingo, y en la fiesta de la Anunciación, se debe celebrar la Liturgia de los Dones Presantificados. (Canon 52, Concilio Quinisexto, 692)

La Liturgia de los Dones Presantificados es un oficio vespertino. Es la celebración de las Vísperas Solemnes de la Gran Cuaresma, con una serie de oraciones al final durante las cuales se da la Santa Comunión a los fieles. En esta liturgia, no se consagran los dones eucarísticos. La Santa Comunión que se da en la Liturgia de los Dones Presantificados ha sido consagrada el domingo anterior durante la Divina Liturgia; de ahí que este oficio recibe el nombre la Liturgia de los Dones Presantificados.²²

Se celebra la Liturgia de los Dones Presantificados los días miércoles y viernes en la tarde, aunque en algunas parroquias es posible que se celebra sólo en uno de estos días. El día en que se celebra este oficio es dedicado a la preparación espiritual y abstinencia total. Sin embargo, los fieles que desean participar de los dones eucarísticos en esta liturgia, y no pueden hacer la abstinencia total por razones de salud o de trabajo, normalmente se sirven una comida liviana, de acuerdo a lo que se prescribe comer durante la Cuaresma, temprano en el día.

Durante los salmos de las Vísperas, se preparan los dones presantificados para la comunión. Son llevados desde la mesa del santo altar donde han sido guardados desde la Divina Liturgia, hasta la mesa de la proskomidia. Después del himno vespertino²³, se leen las lecturas de Génesis y de Proverbios. Entre estas dos lecturas, el sacerdote bendice a la congregación arrodillada con una vela encendida, diciendo, “La Luz de Cristo ilumina a todos.” Esto expresan nuestra convicción que toda sabiduría es otorgada por Cristo en la Iglesia mediante las Sagradas Escrituras y los Sacramentos. Originalmente, esta bendición fue dirigida principalmente a los catecúmenos, aquellos que se preparaban a ser bautizados en el día de la Pascua de Resurrección, quienes asistían al oficio solamente hasta el momento de la comunión de los fieles.

22 Si la fiesta de la Anunciación cae entre el domingo y la celebración de la Liturgia de los Dones Presantificados, se reserva la comunión en la Divina Liturgia celebrada para la fiesta. Asimismo, si la Anunciación cae en un día en que normalmente se celebraría la Liturgia Presantificada, en su lugar se ofrece la Divina Liturgia eucarística (según San Juan Crisóstomo), de acuerdo al canon del siglo séptimo ya citado.

23 Luz Radiante de la Santa Gloria, del Padre Inmortal y Celestial. Santo Bendito Jesucristo. Habiendo llegado al ocaso del sol y habiendo visto la luz vespertina, adoramos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, un solo Dios. Digno es en todo tiempo celebrarte con voces santas, oh Hijo de Dios, Dador de Vida. Por eso el mundo te glorifica.

Después de las mencionadas lecturas, se canta solemnemente el Salmo 140(141), con el ofrecimiento de incienso. Luego, después de las letanías de intercesión y otras en que antiguamente se despedía a los catecúmenos, los dones eucarísticos presantificados son llevados nuevamente al altar en una procesión solemne, en completo silencio. El himno de entrada llama a los fieles a recibir la Santa Comunión :

Hoy las fuerzas celestiales invisiblemente celebran junto con nosotros. Pues ahora viene el Rey de la Gloria. Ahora se escolta el sacrificio místico ya ofrecido.

**Con fe y amor, acerquémonos para ser partícipes de la vida eterna.
Aleluya, aleluya, aleluya.**

Después de la letanía y más oraciones, se reza el **Padre Nuestro**. Luego los fieles reciben la Santa Comunión mientras se canta el verso del Salmo 34, **Gustad y ved cuan bueno es el Señor, Aleluya**. Luego se cantan los himnos después de la comunión, y los fieles son despedidos con una oración a Dios quien “nos ha traído hasta estos santos días para la purificación de las pasiones carnales,” a fin de que nos bendiga a “luchar la buena lucha, completar el tiempo de ayuno, hasta llegar a y adorar la santa resurrección de Cristo.”

Tradicionalmente, se atribuye la Divina Liturgia de los Dones Presantificados al Papa Gregorio de Roma, del siglo sexto. El oficio actual, sin embargo, es obviamente la inspirada creación litúrgica del Bizancio Cristiano.

LOS DOMINGOS DE LA GRAN CUARESMA



Cada uno de los domingos de la Gran Cuaresma tiene su propio tema especial. El primer domingo se llama el **Domingo del Triunfo de la Ortodoxia**. Es la fiesta histórica que conmemora el triunfo sobre la herejía del iconoclasmo, en el año 843, en que los íconos volvieron a su lugar en la Iglesia. El tema espiritual del día es, primeramente, la victoria de la Fe Verdadera. **“Y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe.” (I Juan 5,4)** Además, los íconos de los santos dan testimonio de que el ser humano, **“creado a la imagen y semejanza de Dios”, (Génesis 1,26)** se vuelve santo y semejante a Dios mediante su purificación como imagen viva de Dios.

En el **Segundo Domingo de la Gran Cuaresma** conmemoramos a **San Gregorio Palamás**. Fue San Gregorio (+ 1359) quien dio testimonio de que los seres humanos pueden llegar a ser divinos mediante la gracia de Dios en el Espíritu Santo; y que incluso en esta vida, mediante oración y ayuno, los seres humanos se hacen partícipes de la luz increada de la divina gloria de Dios.

El **Tercer Domingo de la Gran Cuaresma** es el de la **Veneración de la Santa Cruz**. Se coloca la cruz en medio de la iglesia, justo llegando a la mitad de la Gran Cuaresma, no solamente para recordar a los fieles de la redención que ofrece Cristo y ayudarles a tener presente su meta, sino también para que sea venerada como aquella realidad según la cual el ser humano deben vivir para que sea salvado. **“El que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí.”** (Mateo 10,38) Pues en la Cruz de Cristo Crucificado están **“el poder de Dios y la sabiduría de Dios”** para los que se salvan. **(I Corintios 1,24)**

En la Divina Liturgia de este día, en lugar del Trisagion se canta el siguiente himno:

Ante Tu Cruz nos postramos, oh Señor, y Tu Santa Resurrección glorificamos.

Este texto expresa algo fundamental de la espiritualidad ortodoxa: La Iglesia venera la Cruz de Cristo y recuerda siempre la muerte salvadora de Cristo por la humanidad y la creación entera; no obstante, al contemplar la Cruz, se recuerda que es una cruz de victoria, y jamás olvida la Resurrección de Cristo. El regocijo de la Resurrección de Cristo está siempre presente.

Después de la Divina Liturgia, el sacerdote procede a la nave llevando la Cruz en una solemne procesión. Coloca la Cruz, adornada con flores, en medio del templo, donde celebra un oficio de veneración ante ella. Se canta el himno “Ante Tu Cruz” nuevamente, además del Tropario de la Santa Cruz:

Salva, Señor, a tu pueblo, y bendice a tu heredad. Concede a Tu Iglesia la victoria sobre sus enemigos. Y protege al mundo por Tu Santa Cruz.

Después de esta celebración, los fieles se acercan a la Cruz para venerarla.

Se dedica el Cuarto Domingo de la Gran Cuaresma a **San Juan Clímaco** (de la Escala), quien escribió la obra **“La Escala del Ascenso Divino”**. Fue abad del Monasterio de Santa Catalina en el Monte de Sinaí (siglo VI), y testigo del esfuerzo violento que se requiere para entrar al Reino de Dios. **(Mateo 10,12)** La lucha espiritual de la vida cristiana es una verdadera lucha, **“no...contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.”** (Efesios 6,12) San Juan Clímaco inspira a los fieles en sus esfuerzos, pues, según el Señor, solamente **“el que persevere hasta el fin, éste será salvo.”** **(Mateo 24,13)**

El **Quinto Domingo** recuerda la memoria de **Santa María de Egipto**, la mujer pecadora arrepentida. Esta gran santa nos recuerda, en primer lugar, que no hay ningún pecado o maldad, no importa lo grande que sea, que pueda separar a una persona de Dios si en verdad se arrepienta. Cristo mismo vino para **“llamar a los pecadores al arrepentimiento”** y a salvarlos de sus pecados. **(Lucas 5,32)** Además, la historia de Santa María de Egipto nos dice que jamás es demasiado tarde en la vida, ni demasiado tarde en la Cuaresma, para arrepentirse. Cristo recibirá gozosamente a todos que se acercan a Él, incluso en la undécima hora de su vida. Sin embargo, este acercamiento ha de ser en arrepentimiento sincero y serio.

EL SÁBADO DE LÁZARO Y DOMINGO DE RAMOS



La semana después del Domingo de María de Egipto se llama la **Semana de los Ramos, o de las Palmas**. En los oficios del día martes de esta semana, la Iglesia recuerda que Lázaro, el amigo de Jesús, ha muerto y que el Señor lo resucitará de entre los muertos. (**Juan 11**) A medida que los días progresan hasta llegar al sábado, la Iglesia, en sus diversos himnos y oraciones, sigue a Cristo en su camino hacia Betania, al sepulcro de Lázaro. El día viernes en la tarde, en la víspera de la celebración de la Resurrección de Lázaro, los “cuarenta grandes días salvadoras” de la Gran Cuaresma formalmente llegan a su conclusión:

Habiendo logrado los cuarenta días por el beneficio de nuestras almas, Te rogamos, Tú que amas a la Humanidad, que seamos dignos de ver la santa semana de Tu Pasión, glorificando en ella Tus grandezas y Tu plan inefable de salvación para nosotros, cantando con una sola voz: Señor, gloria a Ti. (Himno de las Vísperas)

El **Sábado de Lázaro** es una celebración pascual. En este día, la Iglesia glorifica a Cristo como “**la Resurrección y la Vida**” quien, resucitando a Lázaro, ha confirmado la resurrección universal de toda la humanidad aun antes de Su propia Pasión, Muerte y Resurrección.

Oh Cristo Dios, cuando resucitaste a Lázaro de entre los muertos, aseguraste la resurrección universal. Por lo tanto, nosotros, como los niños, llevamos los símbolos de la victoria, y clamamos a Ti, Hosanna en las Alturas, Bendito sea el que viene en el Nombre del Señor. (Tropario)

Cristo, la alegría, la verdad y la luz de todos, la vida del mundo y su resurrección, ha aparecido en su bondad a los que están en la tierra. El se ha hecho la Imagen de nuestra Resurrección, otorgando el perdón divino a todos. (Kontakion)

Durante la Divina Liturgia en el **Sábado de Lázaro**, en lugar del Trisagion (Santo Dios), se canta el versículo bautismal de la carta a los Gálatas : **Vosotros que en Cristo os bautizasteis, de Cristo os revestisteis. Aleluya. (Gálatas 3,27)** Este himno expresa el carácter de resurrección que tiene esta celebración. Además, recuerda que el **Sábado de Lázaro** antiguamente era uno de los

grandes días del calendario litúrgico en que se celebraban bautismos en la Iglesia Ortodoxa.

Debido a la resurrección de Lázaro, Cristo fue saludado por las multitudes como el Mesías-Rey de Israel que tanto habían esperado. Entonces, en cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento, Jesús entró a Jerusalén, la Ciudad del Rey, montado en un pollino de asno. (**Zacarías 9,9; Juan 12,12**) Las multitudes lo recibieron con ramos en sus manos y exclamaron a Él con gritos de alabanza: **¡Hosanna! ¡Bendito es Él que viene en el Nombre del Señor! ¡El Hijo de David! ¡El Rey de Israel!** Debido a esta glorificación por el pueblo, los sacerdotes y escribas finalmente se veían obligados a **“destruirle, a condenarlo a la muerte.”** (**Lucas 19,47; Juan 11,53; 12,10**)

La fiesta de la **Entrada Triunfal de Jesucristo a Jerusalén, el Domingo de Ramos**, es una de las doce fiestas mayores de la Iglesia. Los oficios de este día siguen directamente a los del Sábado de Lázaro. El templo está revestido del esplendor de la resurrección, y los himnos continuamente repiten el **Hosanna** ofrecido a Cristo como el Rey-Mesías que viene en el Nombre de Dios Padre para la salvación del mundo.

El tropario principal de esta fiesta es el mismo que se canta para el Sábado de Lázaro. Se canta en todos los oficios de este día, y en la Divina Liturgia se canta también como la Tercera Antífona. El segundo tropario de este día, así como el kontakion y otros himnos, glorifican la manifestación triunfal de Cristo “seis días antes de la Pascua” cuando se entregará en la Cena y en la Cruz por la vida de este mundo.

Hoy la gracia del Espíritu Santo nos ha reunido. Elevando Tu Cruz, digamos: Bendito sea el que viene en el Nombre del Señor. ¡Hosanna en las Alturas! (1º verso de las Vísperas)

Cuando fuimos sepultados contigo en el bautismo, oh Cristo Dios, nos hiciste dignos de la vida eterna por Tu Resurrección. Ahora Te alabamos cantando: ¡Hosanna en las Alturas! Bendito sea El que viene en el Nombre del Señor. (Segundo Tropario del Domingo de Ramos)

Sentado en Tu trono en los cielos, y llevado en una asna en la tierra, oh Cristo Dios, aceptando la alabanza de los ángeles y el canto de los niños quienes proclaman: Bendito eres Tú que vienes a restaurar a Adán nuevamente. (Kontakion del Domingo de Ramos)

En la vigilia de la fiesta de Domingo de Ramos, se leen las profecías del Antiguo Testamento acerca del Mesías-Rey, junto al relato del Evangelio que cuenta acerca de la entrada triunfal de Cristo a Jerusalén. En el oficio de Matutinos, se bendice ramos que los fieles llevan durante la celebración litúrgica como signo de su propia glorificación a Jesucristo como Salvador y Rey. Estos ramos generalmente son palmas, u otra clase de ramo disponible según la costumbre local.

Mientras los fieles llevan sus ramos y cantan sus himnos al Señor en el Domingo de Ramos, son juzgados junto a la multitud de Jerusalén. Fueron las mismas voces que exclamaron **¡Hosanna!** a Cristo que, pocos días después, gritaron **¡Crucifícale!** Así en la liturgia de la Iglesia, la vida de los seres humanos es juzgada mientras claman a Cristo con “símbolos de la victoria” y entran, junto a Él, a los días de Su pasión voluntaria.

LA SEMANA SANTA

En la Iglesia Ortodoxa, la última semana de la vida terrenal de Cristo se llama la **Semana de la Pasión** o, en términos populares, la **Semana Santa**. En los libros litúrgicos, se refiere a los días de esta semana como “**Grande**” y “**Santo**” (por ejemplo, el Gran Lunes Santo, el Gran Martes Santo, etc.) Se celebran oficios especiales cada día de esta semana, mañana y tarde. Los fieles suspenden su vida cotidiana mientras “suben a Jerusalén junto al Señor.” (Matutinos del Gran Lunes Santo)

Cada día de esta semana tiene su tema propio. El tema del día lunes es el de la higuera estéril que no da fruto y que es condenado. El acento del martes cae en la vigilia de las vírgenes sabias quienes, al contrario a sus hermanas necias, se encontraban preparadas llegó cuando el Señor. El enfoque del miércoles está en la mujer caída que se arrepiente. Se hace un gran énfasis en los oficios litúrgicos para comparar a esta mujer, una pecadora que se salva, con Judas, el apóstol elegido que se pierde. Ella da todos sus bienes a Cristo y le besa sus pies; él traiciona a Cristo por dinero con un beso.

En cada uno de estos tres días, se lee el Evangelio en el oficio de las Horas, así como en las Vísperas cuando se celebra la Liturgia de los Dones Presantificados. Las lecturas del Antiguo Testamento son tomadas de los libros de Éxodo, de Job y de los Profetas. También se lee el evangelio en Matutinos, oficio que en estos días tradicionalmente se conoce como el Oficio del Novio, pues el tema general de cada uno de esos días es el fin del mundo y el juicio de Cristo. Es costumbre celebrar el Oficio del Novio en la noche.

He aquí que viene el Esposo a medianoche; bienaventurado el siervo que encuentre velando; mas el que está inadvertido, indigno. Cuida alma mía, de no caer en profundo sueño y ser arrojada fuera del Reino y entregada a la muerte. Mas velad clamando: Santo, Santo, Santo eres Tú, oh Dios; por las intercesiones de la Madre de Dios, ten piedad de nosotros. (Tropario de los primeros tres días de la Semana Santa)

Durante los primeros tres días de la Semana Santa, la Iglesia prescribe la lectura de los cuatro evangelios, durante los oficios de Las Horas, desde su comienzo, hasta que empiece el relato de la Pasión de Cristo. Aunque esto normalmente no es posible en las parroquias, por lo general se hace el intento de leer el texto de al menos un evangelio completo, privadamente o en comunidad, antes del Gran Jueves Santo.

JUEVES SANTO



La vigilia del Gran Jueves Santo es exclusivamente dedicada a la Cena Pascual que Cristo compartió con sus doce apóstoles. El tema principal de este día es la Cena misma, en que Cristo exhortó que se comiera la Pascua de la Nueva Alianza en memoria de Él, de Su Cuerpo partido y de Su Sangre derramada para la remisión de los pecados. La traición de Judas y el lavado de los pies de los discípulos por Jesucristo también son centrales a la conmemoración litúrgica de este día.²⁴

Durante la vigilia del Gran Jueves Santo, se lee el relato tomado del Evangelio de **San Lucas** acerca de la Última Cena. En la Divina Liturgia, la lectura del Evangelio está compuesta por partes de los relatos de los cuatro evangelistas. Los otros himnos y lecturas del día también hacen referencia al mismo misterio central.

Cuando los gloriosos apóstoles eran iluminados mientras Jesús lavaba sus pies, el impío Judas fue oscurecido por el amor al dinero. Y a jueces inicuos Te entregó a Ti, oh Justo Juez. Mirad, oh Tú, amante del dinero, aquel que se ahorcó con una cuerda. Huye del alma insaciable que se atrevió a tal extremo contra el Maestro. Oh Señor, que trata a todos con justicia, gloria a Ti. (Troparion del Jueves Santo)

Vamos todos los creyentes, a participar en la invitación Real del Maestro, en la Mesa de la Inmortalidad, en el lugar alto, con las mentes elevadas, oh fieles, y comamos con regocijo, aprendiendo palabras sublimes del Verbo, a Quien le agradecemos. (Novena Oda del Canon de Matutinos)

Se celebra la Divina Liturgia de San Basilio el Magno junto a vísperas. El largo evangelio de la Última Cena es leído después de las lecturas de Éxodo, Job, Isaías, y el capítulo once de la Primera Carta de San Pablo a los Corintios. En lugar del Himno de los Querubines en el ofertorio de la Divina Liturgia (la Gran Entrada), se canta el siguiente himno, el cual también se canta durante y después de la Comunión.

Acéptame hoy, oh Hijo de Dios, como partícipe de Tu Mística Cena. Pues no revelaré yo tu misterio a tus enemigos, ni te daré un beso traidor, como Judas. Sino como el Buen Ladrón te digo, Acuérdate de mí, Señor, en Tu Reino.

²⁴ En algunas iglesias locales, es costumbre que el Obispo realice este mismo lavado (lavando los pies de algunos sacerdotes, diáconos, acólitos u otros miembros de la comunidad, después de la Divina Liturgia.

La celebración litúrgica de la Cena del Señor en el Jueves Santo no es un mero recordatorio anual de la “institución” del sacramento de la Santa Comunión. De hecho, el propio acontecimiento de la Cena Pascual misma no era un acto de última hora por parte de Jesús para “instituir” el sacramento central de la Fe Cristiana antes de Su pasión y muerte. Al contrario; toda la misión de Cristo, y por cierto el propio origen de la creación del mundo, es a fin de que la criatura amada de Dios, hecha a su divina imagen y semejanza, pudiera estar en la más íntima comunión con Él por toda la eternidad, sentada a la mesa con Él, comiendo y bebiendo en el Reino Eterno.

Así, Cristo el Hijo de Dios, habla a Sus Apóstoles en la cena, y a todos los seres humanos que escuchan sus palabras, y creen en Él y en el Padre quien lo envió.

No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino. (Lucas 12,32)

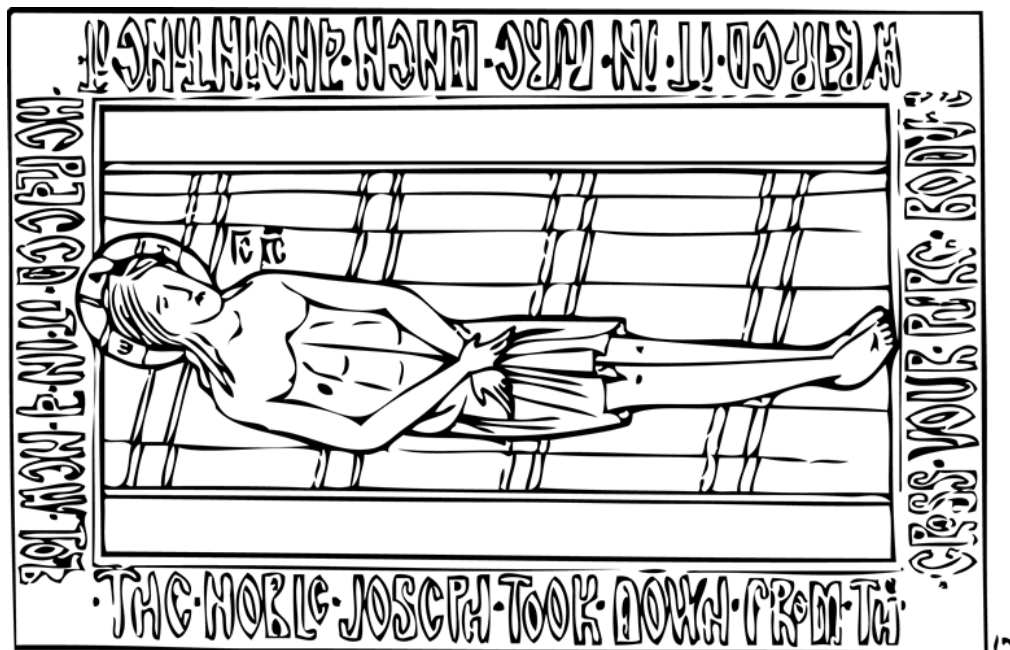
Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas. Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino...” (Lucas 2,28-30)

Por lo tanto podemos decir en verdad, que el cuerpo partido y la sangre derramada de que Cristo habló en Su Última Cena con los discípulos no fue meramente una anticipación de lo que venía. Sino, que todo cuanto había de venir – la cruz, la tumba, la resurrección al tercer día, la ascensión a los cielos – sucedió precisamente para que el ser humano pudiera ser bendecido por Dios para estar en **santa comunión** con Él por siempre, comiendo y bebiendo en la Mística Mesa de Su Reino Eterno.

Así la “**Mística Cena del Hijo de Dios**” que se celebra continuamente en la Divina Liturgia de la Iglesia Cristiana, es la esencia misma de lo que será la vida en el Reino de Dios por toda la eternidad.

“Bienaventurado el que coma pan en el Reino de Dios.” (Lucas 14,15)

“Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero.” (Apocalipsis 19,9)



VIERNES SANTO

Generalmente se celebra el oficio de Matutinos del Viernes Santo el día Jueves Santo en la noche. La principal característica de este oficio es **la lectura de 12 selecciones de los Santos Evangelios**, todas las cuales son relatos de la pasión de Cristo. La primera de estas doce lecturas es **Juan 13,31 al 18,1**. Es el largo discurso de Jesucristo con sus discípulos finalizándose con su llamado oración **sumosacerdotal**. La última lectura de las doce relata cómo sellaron la tumba de Cristo y colocaron una guardia. (**Mateo 27, 62-66**)

Se leen estas doce lecturas de los Evangelios acerca de la pasión de Cristo durante el oficio de Matutinos, con la entonación de distintos himnos y salmos entremedio. Toda la himnología está relacionada con el sufrimiento de Cristo y basada en gran parte en textos de los evangelios y en las escrituras y salmos proféticos. Después de la lectura del quinto evangelio, el sacerdote lleva la Cruz²⁵ en una solemne procesión alrededor del templo, mientras canta el himno:

**“Hoy fue elevado sobre un madero Aquel que levantó la tierra
sobre las aguas...”**

Esta cruz es entonces colocada en medio del templo, adornada con una corona de flores y velas, para que los fieles la veneran. Es un momento de especial solemnidad, y la cruz permanece allí hasta la celebración de Vísperas el Viernes Santo en la mañana.

Después de la lectura del sexto evangelio, se canta las Bienaventuranzas (tomados de **Mateo 5**), en que se da especial énfasis a la salvación otorgada al buen ladrón quien fue reconocido en el Reino de Cristo.

El día Viernes Santo en la mañana, se celebra las Horas Reales (Primera, Tercera, Sexta y Novena), en que se vuelven a leer los relatos de los Evangelios acerca de la pasión de Cristo, además de lecturas de profecías del Antiguo Testamento acerca de la redención del ser humano, y de las cartas de San Pablo acerca de salvación del ser humano por los sufrimientos de Cristo. Los salmos que se leen en esta oportunidad también son de carácter profético (por ejemplo, los Salmos 2, 5, 22, 109, 139, etc.)

No se celebra la Divina Liturgia en el Viernes Santo por la misma razón que se prohíbe la celebración eucarística en los días de ayuno de la Gran Cuaresma. (ver explicación anterior)

25 Lleva la cruz grande que normalmente se encuentra detrás de la Santa Mesa en el altar.

SÁBADO SANTO

El día **Sábado Santo** en la iglesia recibe el nombre del Sábado Bendito, y el primer oficio de este día, que se celebra después de la lectura de las Horas o bien el Viernes Santo en la tarde, es el oficio de las **Vísperas del Viernes Santo**. Conmemora la sepultura de Cristo.

Antes del comienzo al oficio, se coloca un ícono pintado en tela sobre la mesa del altar, el cual demuestra el Cristo yacente después de ser bajado de la cruz. Este ícono se llama, en griego, el **epitafio**.

Se inician las Vísperas con himnos acerca del sufrimiento y muerte de Cristo. Después de la **Entrada con el Libro de los Evangelios** y el himno **Luz Radiante**, se leen unas lecturas del libro de **Éxodo**, de **Job** y de **Isaías 52**. Luego se lee la Epístola tomada de la Primera Carta de San Pablo a los Corintios. (**I Corintios 1,18-31**) El prokimenon y los versos de la Aleluya son de carácter profético:

Repartieron mis vestiduras entre ellos, y sobre mi túnica echaron suertes. (Salmo 22,18)

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Salmo 22,1)

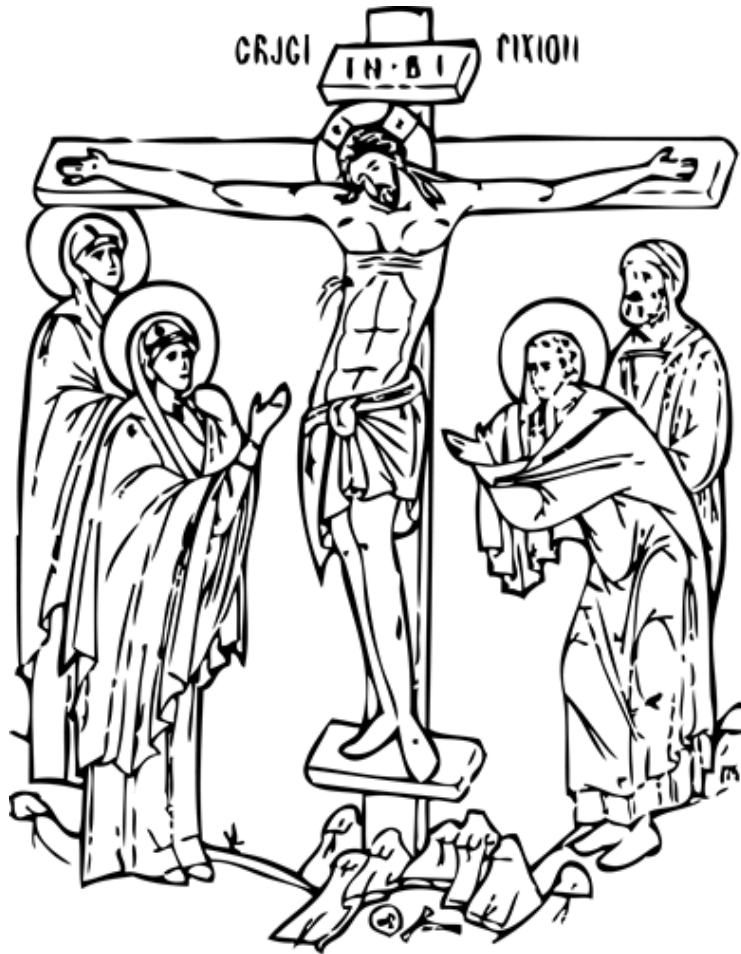
Luego se da lectura al Evangelio, con selecciones de cada uno de los cuatro relatos de la crucifixión y sepultura de Cristo. Durante la lectura del Evangelio, la cruz, que ha estado en medio del templo desde la noche anterior, es envuelta en una sábana blanca y retirada, siendo llevada hasta el santuario, detrás del altar, lugar en que permanece (cubierta siempre por la sábana blanca) hasta la fiesta de la Ascensión del Señor.

Después de más himnos que glorifican la muerte de Cristo, mientras el coro canta el himno de San Simeón, el sacerdote, revestido de ornamentos de color oscuro, incienso el ícono del Cristo yacente, el epitafio, que todavía se encuentra sobre la mesa del altar. Luego, después del **Padre Nuestro**, mientras se canta el tropario del día, el sacerdote camina alrededor del altar llevando el epitafio sobre su cabeza, sale del santuario en procesión solemne y lo coloca en una mesa que ha sido colocada en la nave del templo y decorada con flores, simbolizando el sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo. El epitafio es reverentemente puesto allí para la veneración de los fieles.

El Noble José, habiendo bajado Tu Cuerpo purísimo desde el Madero, lo ungió con aromas, y lo envolvió en un lino fino, y lo depositó en sepulcro nuevo. (Tropario de Jueves Santo)

El oficio de Matutinos de Sábado Santo normalmente se celebra el día Viernes Santo en la Noche. Al comienzo del oficio, cuando llegan los fieles a la iglesia, se encuentra el epitafio aún en medio de la nave, en la simbólica tumba. Cada uno se acerca al ícono para venerarlo, expresando su amor por Cristo y su salvadora pasión y santa resurrección al tercer día, que concede la vida al mundo.

Se da comienzo al oficio de Matutinos en la forma habitual, con la entonación de **Dios el Señor**, el tropario **El Noble José**, además de los dos siguientes troparios :



Quando descendiste a la Muerte, oh Vida Inmortal, aniquilaste el Infierno con el relámpago de Tu Divinidad. Y cuando levantaste a los muertos que estaban bajo la tierra, clamaron a Ti todos los poderes celestiales, oh Dador de Vida. Gloria a Tu Resurrección, oh Cristo. Gloria a Tu Dominio. Gloria a Tu Plan de Salvación, oh Unico Amante de la Humanidad.

El ángel que estaba junto al sepulcro dijo a las miróforas, la mirra es apto para los muertos, pero Cristo se ha mostrado libre de corrupción.

Cerca del final del oficio, en lugar de la habitual lectura del salmo, se cantan tres conjuntos de versículos que alaban el Señor Crucificado. Estos versos se conocen como **Las Lamentaciones**, y son una sublime muestra de la poesía y teología bizantina. Algunos de sus textos, que se cantan reverentemente frente al sepulcro de Cristo, incluyen los siguientes :

Oh Cristo Vida, fuiste colocado en un sepulcro, y los ejércitos angelicales se maravillaron glorificando Tu condescendencia.

Bajaste a la tierra para salvar a Adán, y no encontrándolo allí, oh Soberano, descendiste al Infierno a buscarlo.

Los Serafines temblaron, oh Salvador al verte en la Alturas, inseparablemente uno con el Padre, y abajo en la tierra yaciendo muerto.

Todas la generaciones ofrecen alabanzas a tu sepultura, oh Cristo. No te lamente, Madre, porque ahora sufro, es para salvar a Adán y a Eva.

Todos estos versos, aunque cantan de la temible pasión de Cristo, al mismo tiempo reflejan siempre la certeza y alegría de la Resurrección. Los textos glorifican a Dios como “Vida y Resurrección”, y se maravillan ante su humilde condescendencia hasta la muerte.

En la persona de Jesucristo, se encuentra la perfecta unificación del amor perfecto del ser humano hacia Dios, y el amor perfecto de Dios hacia el ser humano. Es este amor divino-humano que se contempla y se alaba frente la tumba del Salvador.

El templo está iluminado con la luz de las velas sostenidas en manos de los fieles, y el primer anuncio de las mujeres que llegaron a la tumba buscando el cuerpo de Cristo resuena en la congregación. **“Al alba las miróforas llegaron al sepulcro a perfumar Tu cuerpo.”** El sacerdote rocía a la congregación y el templo entero con agua de rosas, mientras se proclama este primer anuncio de la Buena Nueva de la salvación en la Resurrección de Cristo.

Los himnos del Canon de Matutinos siguen alabando la victoria de Cristo sobre la muerte mediante la suya propia, y utilizan a cada uno de los cánticos del Antiguo Testamento como una imagen prefigurativa de la salvación del ser humano mediante Cristo. Aquí, se expresa por primera vez que este sábado --- en particular, este sábado en el cual Cristo yacía muerto e exánime --- es el más bendito séptimo día que jamás haya existido. Este es el día en que Cristo descansa de toda su obra de la recreación del mundo. Este es el día en que el Verbo de Dios **“por quién todo fue hecho” (Juan 1,3)** descansa como un hombre muerto en la tumba, salvando al mundo, su propia creación, y abriendo las tumbas.

Este es el sábado bendito en que Cristo duerme, mas se levantará de nuevo al tercer día. (Kontakion y Oikos del Sábado Santo)

Nuevamente, el Canon se concluye proclamando la victoria de Cristo :

No llores por mi, oh Madre, viéndome en al tumba, el Hijo a quien diste a luz sin corrupción, pues me levantaré y seré glorificado, y exaltaré con gloria, sin cesar, como Dios, a todos los que con fe y amor te glorifican. (Novena Oda del Canon.)

Después de la entonación de más himnos, el sacerdote nuevamente inciensa la tumba de Cristo, mientras se canta la Doxología. Luego, mientras todos cantan el Trisagion (Santo Dios), velas encendidas en mano, todos los presentes forman una procesión. Cuatro miembros de la congregación llevan el epitafio sobre la cabeza del sacerdote, quien lleva el libro de los Santos Evangelios en sus manos. La procesión va hasta las afueras del templo. Esta procesión da testimonio a la victoria total de Cristo sobre los poderes de la oscuridad y de la muerte. El universo entero es purificado, redimido y restaurado mediante la entrada de la Vida del Mundo a la muerte.

Mientras la procesión vuelve al templo, nuevamente se cantan los troparios, y se lee con gran solemnidad la profecía de Ezequiel acerca de los **“huesos secos”** de Israel:

Y vosotros sabréis que Yo soy el Señor, cuando abra tus tumbas, oh pueblo mío. Yo pondré mi espíritu entre vosotros, y viviréis...” (Ezequiel 37,1-14)

Luego se cantan los versos del salmo que llaman a Dios a levantarse, y entonces se lee la epístola de San Pablo a los Corintios: **“Cristo nuestro cordero pascual ha sido sacrificado.” (I Corintios 5,6-8)** Una vez más se lee el Evangelio que relata cómo la tumba de Cristo fue sellada, y el oficio, el último celebrado el Viernes Santo en la noche, se concluye con oraciones de intercesión y la bendición final.

Estos oficios de Vísperas y Matutinos del Sábado Bendito, junto a la Divina Liturgia que se celebra a continuación (el Sábado Santo por la mañana), son en verdad una obra maestra de la tradición litúrgica ortodoxa. No son, de ninguna manera, en re-actuación dramática de la muerte y sepultura históricas de Cristo. Tampoco son una especie de reproducciones rituales de algunas escenas de los evangelios. Son, mas bien, la más profunda penetración espiritual y litúrgica al significado eterno de los acontecimientos salvíficos de Cristo, vistos y alabados desde ya con total conocimiento de su significado y poder divinos.

La Iglesia no hace como si desconociera qué va a suceder con el Jesús crucificado. No se lamenta por el Señor como si ella no fuera la misma creación que brota de su costado herido y de las profundidades de su tumba. A través de todos los oficios, se contempla y se proclama la victoria de Cristo y su Gloriosa Resurrección. Pues es únicamente a la luz de la victoriosa resurrección que el más profundo significado divino y eterno de los acontecimientos de la pasión y muerte de Cristo pueden ser verdaderamente comprendidos, adecuadamente apreciados, y correctamente glorificados y alabados.

En la mañana del Gran Sábado Santo, se celebra la Divina Liturgia de San Basilio el Mago²⁶, con Vísperas. Este oficio ya pertenece al domingo pascual. Comienza como de costumbre con el salmo vespertino, la letanía, los himnos que siguen al Salmo 140(141), y la entrada con la entonación del himno vespertino Radiante Luz.

Después de la entrada con el libro de los Santos Evangelios, se leen quince lecturas del Antiguo Testamento²⁷, todas relacionadas con la obra creativa y salvífica que ha sido resumida y cumplida en la venida del Mesías. Además de las lecturas de **Génesis** acerca de la creación, y las de **Éxodo** acerca de la pascua - éxodo de los israelitas, se leen selecciones de **Isaías, Ezequiel, Jeremías, Daniel, Zefanías, y Jonás**, además de **Josué y Reyes**. También se cantan el **Cántico de Moisés** y el de los **Tres Jóvenes** que se encuentran en el libro de **Daniel**.

Después de estas lecturas del Antiguo Testamento, el sacerdote entona la habitual exclamación litúrgica para el Trisagion (Santo Dios), pero en su lugar se can el verso bautismal de la Carta a los Gálatas: **Vosotros que en Cristo os bautizasteis, de Cristo os revestisteis. Aleluya. (Gálatas 3,27)**

Como siempre en la Divina Liturgia, sigue en este momento la lectura de la epístola. Se lee la epístola que normalmente se lee durante el oficio del bautismo en la Iglesia Ortodoxa. **(Romanos 6,3-11) “Porque si fuimos sepultados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección.” (Romanos 6,5)**

26 La Liturgia de San Basilio el Grande se celebra 10 veces durante el año litúrgico : en cada uno de los cinco domingos de la Gran Cuaresma; el Jueves Santo por la mañana; el Sábado Santo por la mañana; la víspera de la Navidad de Cristo por la mañana; la víspera de la Epifanía por la mañana, y el 1º de enero, día en que se conmemora a San Basilio.

27 En las parroquias, generalmente se leen sólo 3 o 4 de estas lecturas, según la costumbre local.

Después de la lectura de esta epístola, el sacerdote abre las Puertas Reales (que permanecían cerradas durante la lectura) y canta, junto a la congregación, los versos del Salmo 82: **“Levántate oh Dios, y juzga la tierra. Porque Tú heredas todas las naciones.”** Durante la repetida entonación de este versículo y otros versos que lo acompañan, el sacerdote pasa por todo el templo, esparciendo hojas de laurel (o bien pétalos de flores), tanto en el santuario como la nave, e incluso hasta las afueras del templo. Esta acción es también simbólica de la gozosa victoria eterna de Cristo Nuestro Dios y Salvador sobre la muerte.

Después de este alegre anuncio, el sacerdote lee el Evangelio prescrito por el día, tomado de **San Mateo (28,1-20)**, anunciando la victoria triunfal de Cristo sobre la muerte y sus palabras de envío a los apóstoles: **“Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado...”** Este mismo texto es el que se lee en la ceremonia del sacramento del bautismo.

Prosigue el resto de la Divina Liturgia, resplandeciente con el tema del triunfo de Cristo. El siguiente himno reemplaza el Himno de los Querubines en el Ofertorio:

“Que toda carne guarde silencio en temor y temblor, que aleje de sí todo pensamiento terrestre, pues el Rey de Reyes, y el Señor de Señores avanza para ser inmolado y darse en alimento a los fieles. Los coros angélicos lo preceden con todos los principados, las virtudes, los querubines de innumerables ojos, y los serafines de seis alas, que se cubren el rostro y cantan, Aleluya, aleluya, aleluya!

En lugar del himno a la Theotokos después de la consagración de los dones eucarísticos (**Verdaderamente es digno bendecirte, oh Progenitora de Dios**), se canta la **Megalinaria** de la Liturgia de San Basilio (**Toda la creación se regocija en Ti, oh Llena de Gracia**), o bien, la novena oda del canon de Matutinos, **“No lamentes por mí, oh Madre mía, pues yo me levantaré...”** El himno de la comunión es tomado del salmo 78: **“El Señor se levantó como el que duerme y resucitó para salvarnos. ¡Aleluya!”**

Se cumple la Divina Liturgia con la comunión con Aquel que yace muerto en cuerpo humano pero que es eternamente entronizado con Dios Padre; Aquel que, como Creador y Vida del Mundo, destruye la muerte con Su Muerte Vivificadora. Su tumba es, en verdad, **fuentes de nuestra resurrección.**

Originalmente, esta Liturgia era la liturgia bautismal pascual de los cristianos. Hasta el día de hoy lo tenemos en herencia como la experiencia anual de cada cristiano de su propia muerte y resurrección junto al Señor.

“Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con Él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte ya no enseñorea más de él.” (Romanos 6,8-9)

Aunque Cristo yace muerto, Él en verdad está vivo. Está en la tumba, pero ya está “pisoteando la muerte con la muerte, y otorgando la vida a los que yacían en los sepulcros.” No queda nada más por hacer, excepto vivir la espera hasta el atardecer del Sábado Bendito en que Cristo duerme, esperando la medianoche cuando el Día de Nuestro Señor comenzará a brillar sobre nosotros, y la noche llena de luz vendrá cuando proclamamos junto al ángel, **“Ha resucitado; no está aquí; mirad el lugar en donde le pusieron.” (Marcos 16,6)**

DOMINGO DE RESURRECCIÓN: LA PASCUA SANTA Y GLORIOSA

Un poco antes de la medianoche en el Gran Sábado Bendito, se celebra el oficio de Nocturno. El celebrante se acerca a la tumba²⁸, y toma de allí el icono del Cristo yacente para llevarlo hasta la mesa del altar donde permanecerá durante 40 días, hasta la fiesta de la Ascensión de Cristo a los cielos.

Llegada la medianoche, se da comienzo a la procesión pascual. El templo se encuentra oscuro, sin la luz de ni siquiera una vela. El Obispo, o bien el celebrante principal, quien ahora sostiene una vela encendida en sus manos, llama a los fieles desde las Puertas Reales del Iconostasio cantando:

“Adelante, tomad la luz de la Luz Eterna. Venid, y glorificad a Cristo resucitando de entre los muertos.”

Mientras los fieles repiten el himno, todos se acercan a esta primera luz a encender también sus velas. Entonces todos salen del templo en procesión, cantando el siguiente himno:

**Tu Resurrección, oh Cristo Salvador, los ángeles en el cielo alaban.
Haznos dignos a nosotros de glorificarte con corazones puros.**

La procesión procede alrededor de la iglesia, hasta que todos lleguen a las puertas principales del templo, que se encuentran cerradas. Esta procesión de los cristianos en la noche de Pascua de Resurrección recuerda la procesión bautismal original, desde la oscuridad y muerte de este mundo hasta la luz y vida del Reino de Dios. Es la procesión de la **pascua santa**, el pasar desde la muerte a la vida, de la tierra al cielo, desde este siglo al siglo venidero que es eterno.

Delante de las puertas cerradas del templo, se anuncia la resurrección de Cristo. Se lee el Evangelio que habla de la tumba vacía. El celebrante entona la bendición a la **“Trinidad santa, consustancial, vivificadora e indivisible.”** Y por primera vez, se canta el tropario de la Pascua de Resurrección, junto a los versos del Salmo 68, que dará comienzo a todos los oficios de la iglesia durante el tiempo pascual.

Levántese Dios, sean dispersados sus enemigos; que los que le odian huyen de él

**Cristo resucitó de entre los muertos, pisoteando la muerte con la muerte, y otorgando la vida a los que yacían en los sepulcros.
(Troparion)**

Este es el día que hizo el Señor; Regocijémonos y alegrémonos en él.

28 De acuerdo a la tradición local en algunas partes, el sacerdote realiza esta acción el Viernes Santo en la noche o bien temprano en la mañana del Sábado Santo, antes de la Divina Liturgia de la mañana.



Luego los fieles vuelven al templo, y prosigue el resto del oficio de **Matutinos Pascuales**, el cual es completamente cantado. El **Canon de la resurrección de Cristo**, himno atribuido a San Juan de Damasco, es entonado, con el tropario de la fiesta cantado repetidamente como coro. El templo está decorado de flores y luz, y los ornamentos son del color claro y brillante de la Resurrección. El **ícono de la Resurrección de Cristo** está en medio del templo, mostrando a Cristo que destruye las puertas del infierno y rescata a Adán y Eva del cautiverio de la muerte.²⁹ Es la imagen del Vencedor “pisoteando la muerte con la muerte.” Los cánticos son continuos, y el celebrante incienso a los fieles y a los íconos una y otra vez, siempre proclamando: ¡Cristo resucitó! Y los fieles responden con regocijo, ¡En verdad resucitó!

Hoy es el día de la Resurrección! ¡Resplandezcamos con alegría, oh naciones! Porque la Pascua es la Pascua del Señor. Porque Cristo Nuestro Dios nos hecho pasar de la muerte a la vida, y de la tierra al cielo. Nosotros que le cantamos el cántico de victoria y de triunfo: Cristo ha resucitado de entre los muertos! (1° Oda del Canon de Matutinos)

Después del canon, se cantan los versos de la pascua, y al final de Matutinos, también se celebran las **Horas de la Pascua**. En general, en los oficios de la Pascua de Resurrección, no se lee ninguna parte del oficio; todo es cantado a las melodías jubilosas de la fiesta.

La Divina Liturgia Pascual procede de inmediato, comenzando primero con el cántico del tropario de la Fiesta y los versos del Salmo 68. Versos especiales tomados de los salmos también componen las antífonas de la Liturgia, mediante los cuales los fieles glorifican y alaban la salvación de Dios.

²⁹ Este ícono es conocido como “El Descenso al Hades”.

Se canta una y otra vez el Tropario de la Resurrección: **¡Cristo resucitó de entre los muertos!** El verso bautismal de la carta de San Pablo a los Gálatas nuevamente reemplaza el Trisagion. La lectura de la Epístola es tomado de los **Libro de los Hechos de los Apóstoles (1,1-9)**. La lectura del Evangelio es el **Evangelio de San Juan, 1,1-17**. La proclamación del Verbo de Dios lleva a los fieles hasta el principio, anunciando la creación y la re-creación del mundo mediante el Verbo Vivo de Dios, Su Hijo Jesucristo.

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. ...Todas las cosas por él fueron hechas ... En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros, lleno de gracia y de verdad. ... Y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre. ...

De su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia. (Juan 1,1-17)

La Divina Liturgia continúa, coronada en santa comunión con el Cordero Pascual, en Su Mesa de banquete en el Reino de Dios. Repetidamente se entona el tropario de la fiesta de la Resurrección mientras los fieles participan de Aquel **“que estuvo y vivió.” (Apocalipsis 2,8)**

En la Iglesia Ortodoxa, se refiere a la Resurrección como la **Pascua**, lo que quiere decir el **Pasar**. Es la nueva Pascua de la Alianza Nueva y Eterna predicha por los profetas de antaño. Es la Eterna Pascua desde la muerte a la vida, de la tierra al cielo. Es el **Día del Señor**, proclamado por los santos profetas de Dios, **“el día que hizo el Señor,”** para su juicio sobre la creación entera, el día de su victoria final y eterna. Es el Día del Reino de Dios, el día en que **“no habrá allí más noche”** pues **“el Cordero es su lumbrera.” (Apocalipsis 21,22-25)**

La celebración de la Pascua en la Iglesia Ortodoxa, por lo tanto, no es un simple recordatorio histórico del acontecimiento de la Resurrección de Cristo como es narrado en los evangelios. No es una representación dramática de la primera mañana pascual. El oficio no se celebra al amanecer, ya que los Matutinos Pascuales junto a la Divina Liturgia son celebrados en las primeras oscuras horas del primer día de la semana con el propósito de dar a los seres humanos la experiencia de la **“nueva creación”** del mundo, y permitirles entrar místicamente a la Nueva Jerusalén que resplandece eternamente con la gloriosa luz de Cristo, venciendo la noche perpetua del mal y destruyendo la oscuridad de este mundo mortal y lleno de pecado:

Resplandece, resplandece, Nueva Jerusalén. Pues la gloria del Señor ha brillado sobre ti. Alborórate ahora y alégrate Sión. Oh Purísima Madre de Dios, regocíjate por la Resurrección de Tu Hijo.

Este es uno de los principales himnos de la Pascua de Resurrección en la Iglesia Ortodoxa. Se inspira en el libro del **Profeta Isaías** y en los últimos capítulos del **Apocalipsis**, pues es justamente la **Nueva Creación**, la **Nueva Jerusalén**, la **Ciudad Celestial**, el **Reino de Dios**, el **Día del Señor**, las **Bodas del Cordero con su Esposa** que se celebra, se realiza y se experimenta, en el Espíritu Santo de Dios, en la Santa Noche de la Pascua de Resurrección en la Iglesia Ortodoxa.

El Domingo de la Pascua de Resurrección en la tarde, se celebra el oficio de vísperas. Es una celebración especial, a que se da comienzo en las afueras del templo. Los celebrantes junto a los

fieles, caminan en procesión hasta el templo, llevando el icono de la Resurrección. En este oficio se lee el Evangelio de San Juan (20,19-24), que relata la primera aparición de Jesucristo resucitado a sus discípulos aquel mismo día de Pascua. Según la tradición antioqueña, este Evangelio se lee en todos los idiomas posibles, de modo que se anuncie la Buena Nueva de la Resurrección del Señor a todos los pueblo.³⁰

RESUMEN DE LOS OFICIOS DE SEMANA SANTA:

	<u>MAÑANA</u>	<u>NOCHE</u>
Sábado de Lázaro	Divina Liturgia	
Domingo de Ramos	Divina Liturgia	Matutinos de Lunes Sto.
Lunes Santo	Lit. Presantificados	Matutinos de Martes Sto.
Martes Santo	Lit. Presantificados	Matutinos de Miércoles Sto.
Miércoles Santo	Lit. Presantificados	Unción de los Enfermos
Jueves Santo	Vísperas y Lit. S. Basilio	Matutinos de Viernes Sto.
Viernes Santo	Horas Reales - Vísperas	Matutinos de Sábado Sto.
Sábado Santo	Vísperas y Lit. Sn. Basilio	Nocturna, Matutinos y Divina Liturgia de la Resurrección

LOS DOMINGOS DESPUÉS DE LA PASCUA DE RESURRECCIÓN

EL DOMINGO DE SANTO TOMAS: ANTIPASCUA

Todos los días durante la semana después de la Pascua, que la Iglesia llama la **Semana de Lucas**, se celebran los oficios pascuales en todo su esplendor. Diariamente se repite la procesión bautismal. Las Puertas Reales del santuario permanecen abiertas. Abunda el regocijo de la Resurrección y el don del Reino de la Vida Eterna. Luego, al final de la semana, en la tarde del sábado, se comienza la celebración del Segundo Domingo de la Pascua de Resurrección en memoria de la aparición de Cristo al Apóstol Tomás “**después de ocho días**”. (Juan 20,26)

Es importante recordar que el número ocho tiene un significado simbólico tanto en la tradición espiritual judía como en la cristiana. Significa más que cumplimiento y plenitud: significa el Reino de Dios y la vida del mundo venidero, ya que **siete** es el número del tiempo terrenal. **El sábado, el séptimo día**, es el bendito día de descanso en este mundo, el último día de la semana. El “**primer día de la semana**”, el día “después del sábado”, que en todos los Evangelios es recalado como el día de la Resurrección de Cristo (**Marcos 16,1; Mateo 28,1; Lucas 24,1; Juan 20,1.19**), es por lo tanto también el “**octavo día**”, el día más allá que los confines de la tierra, el día que simboliza la vida del mundo venidero, el día del eterno descanso del Reino de Dios. (Ver Hebreos 4.)

El Domingo después de la Pascua de Resurrección, llamado el Segundo Domingo, es entonces el octavo día de la celebración pascual, el último día de la **Semana de Lucas**. Por lo

³⁰ Según la tradición rusa, el Evangelio de la Liturgia de la Resurrección es el que se lee en distintos idiomas.

tanto recibe el nombre de la **Anti-Pascua**, y era solamente en este día en la Iglesia primitiva que los cristianos recién bautizados quitaron sus túnicas bautismales y volvieron a entrar nuevamente a la vida de este mundo.

En los oficios de la Iglesia, se da énfasis a la visión del Apóstol Tomás de Cristo, y en el significado del día llega a nosotros mediante las palabras del Evangelio:

“Luego dijo a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente. Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío y Dios mío! Jesús le dijo, Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron.” (Juan 20,27-29)

No hemos visto a Cristo con nuestros ojos físicos ni tampoco hemos tocado su cuerpo resucitado con nuestras manos, mas en el Espíritu Santo hemos visto y tocado y gustado de la Palabra de la Vida (**I Juan 1,1-4**), y así es que creemos.

En cada uno de los oficios de oración diarios hasta la Fiesta de la Ascensión, cantamos el Tropario de la Resurrección. En cada uno de los oficios dominicales a partir del domingo de Santo Tomás, cantamos el Canon de la Resurrección y sus himnos, y repetimos la celebración del “primer día de la semana” en que Cristo resucitó de entre los muertos. En cada Divina Liturgia, la lectura de la epístola es tomada del **Libro de los Hechos de los Apóstoles**, contándonos acerca de los primeros cristianos quienes vivían en comunión con el Señor Resucitado. Todas las lecturas del Evangelio son tomadas del **Evangelio según San Juan**, considerado por muchos como un evangelio escrito especialmente para los nuevos bautizados en la vida nueva del Reino de Dios, mediante la muerte y la nueva vida en Cristo, en nombre de la Santísima Trinidad. Se piensa esto porque todos los “**signos**”, como se refieren a los milagros en el Evangelio de San Juan, tratan de temas sacramentales que involucran agua, vino y pan. Así, cada uno de los domingos después del Domingo de Santo Tomás, con la excepción del Tercero, es dedicado a la memoria de uno de estos “**signos**”.



LAS MUJERES MIRÓFORAS

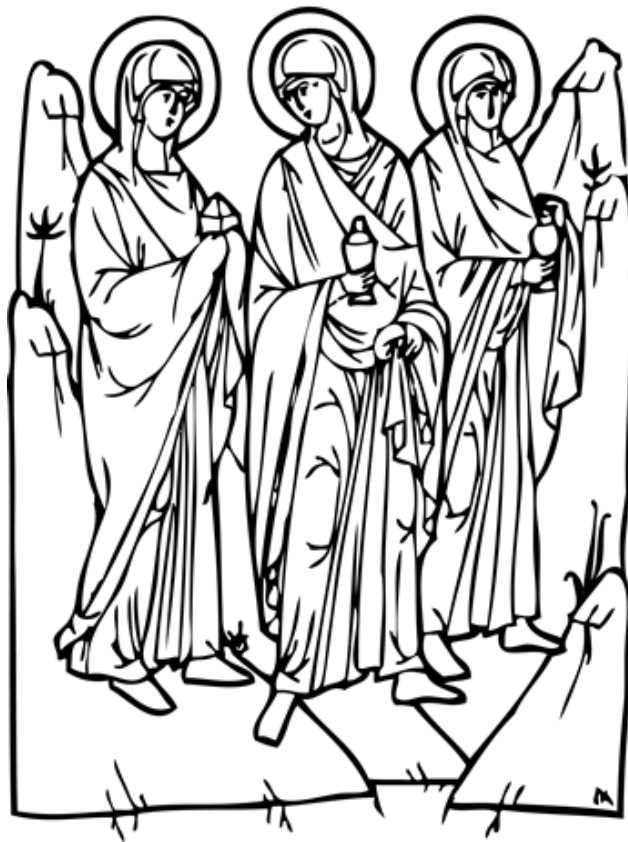
Se dedica el tercer domingo después de la Pascua a las **mujeres miróforas** quienes cuidaron del cuerpo de Cristo en su muerte y quienes fueron los primeros testigos de Su Resurrección. Nuevamente se cantan los tres troparios del día Viernes Santo, los cuales expresan el tema del día:

El Noble José habiendo bajado Tu Cuerpo Purísima desde el madero, lo ungió con aromas, lo envolvió en un fino lino, y lo depositó en un sepulcro nuevo.

Cuando descendiste a la muerte, oh Vida Inmortal, aniquilaste el Infierno con el relámpago de Tu Divinidad. Y cuando levantaste a los muertos que estaban bajo la tierra clamaron a Ti todos los poderes celestiales. Oh Cristo Dios, Dador de Vida, Gloria a Ti, oh Nuestro Dios.

El ángel que estaba junto al sepulcro dijo a las miróforas : La mirra es apta para los muertos, pero Cristo se ha mostrado libre de corrupción.

∴THE MYRRHBEARERS∴



EL PARALÍTICO

Se dedica el cuarto domingo a la curación por Cristo del hombre **paralítico** (**Juan 5**). El hombre es sanado por Cristo mientras espera ser bajado a la piscina de agua. Mediante el bautismo, nosotros también, en la Iglesia, somos sanados y salvados por Cristo para la vida eterna. En la Iglesia se nos dice, junto al paralítico, **“No peques más, para que no te venga alguna cosa peor.”** (**Juan 5,14**)

LA FIESTA A LA MITAD DEL CAMINO HASTA PENTECOSTÉS

A la mitad de esta semana, se celebra solemnemente el día justo al medio del tiempo entre la Resurrección y la Fiesta de Pentecostés. Se llama la fiesta en que Cristo, justo a la mitad de la fiesta, enseña a los seres humanos acerca de su misión salvadora y ofrece a todos **“las aguas de la inmortalidad”**. (**Juan 7,14**) Nuevamente nos recuerda la presencia del Maestro y de su promesa salvadora: **“Si alguno tiene sed, venga a mí y beba.”** (**Juan 7,37**) Pensamos una vez más en nuestra muerte y resurrección junto a Cristo por nuestro bautismo, y nuestra recepción del Espíritu Santo en la Crismación. Como dice uno de los himnos de la fiesta, “miramos hacia atrás a una, y anticipamos la otra.” Sabemos que pertenecemos a aquel Reino del Cristo Resucitado donde **“el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, toma del agua de la vida gratuitamente.”** (Apocalipsis 22,17; Isaías 55,1)

En medio de la fiesta, oh Salvador, llena mi alma sedienta con las aguas de lo divino, tal como clamaste a todos “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba.” Oh Cristo Dios, fuente de vida, gloria a Ti. (Tropario)

Cristo Dios, el Creador y Soberano de todo, exclamó a todos en medio de la fiesta de la ley : Ven y beba el agua de la inmortalidad. Por eso, nos postramos ante Ti y fielmente clamamos: Concédenos tus bondades, pues Tú Eres la Fuente de Nuestra Vida! (Kontakion)

LA MUJER SAMARITANA

El quinto domingo después de la Pascua es dedicado a la mujer de **Samaria** con quien habló Cristo en el pozo de Jacob. (**Juan 4**) El tema de este día es, nuevamente, el agua viva, y el reconocimiento de Cristo como el Mesías de Dios. (**Juan 4,10-11; 25-26**) Nos recuerda de nuestra vida nueva en El, de nuestro propio “beber del agua viva, de nuestra adoración de Dios en la era mesiánica cristiana **“en Espíritu y en Verdad”** (**Juan 4,23-24**). También vemos que la salvación es ofrecida a todos, judíos y gentiles, varones y mujeres, santos y pecadores.

EL HOMBRE CIEGO

En el sexto domingo se conmemora la curación del **hombre ciego desde su nacimiento**. (**Juan 9**) Nos identificamos con el varón que llegó a ver y creer en Jesús como el Hijo de Dios. El Señor ha ungido nuestros ojos con sus propias manos divinas y los ha lavado con las aguas de nuestro bautismo. (**Juan 9,6-11**)

Jesús usó lodo hecho con su saliva, y le dijo al hombre que se lavara en las aguas de Siloé. Jesús así lo hizo porque era el sábado, el Día de Reposo, en que era estrictamente prohibido hacer lodo, escupir, y lavarse. Al romper estas leyes rituales de los judíos, Jesús demostró que en verdad El es el Señor del Sábado, y como tal, él es igual a Dios Padre, el Único que trabaja en el Día del Sábado ya que Él dirige el mundo de Su creación.

Un escándalo trasciende sobre el hecho de haber sanado al ciego en el Día de Reposo. Él es expulsado de la sinagoga debido a su fe en Cristo. La Iglesia entera sigue a este hombre en su destino, sabiendo que los verdaderos ciegos son aquellos que no reconocieron a Jesús como el Señor y que ellos aun permanecen en sus pecados. **(Juan 9,41)** Los demás tienen la luz de la vida y pueden ver y conocer al Hijo de Dios, pues **“le has visto, y el que habla contigo, él es.” (Juan 9,37)**

Me acerco a Ti, oh Cristo, ciego desde nacimiento en mis ojos espirituales, y clamo a Ti arrepentido: Tú eres la luz radiante de aquellos que están en las tinieblas. (Kontakion)

LA FIESTA DE LA ASCENSIÓN DE CRISTO

Jesús no vivió junto a sus discípulos después de Su Resurrección como lo hizo antes de su muerte. Lleno de la gloria de su divinidad, apareció a los suyos en distintos lugares y en distintos momentos, asegurándoles que en verdad era Él, vivo en su cuerpo resucitado y glorificado.

Después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablandoles acerca del Reino de Dios. (Hechos 1,3)

Se utiliza el periodo de tiempo de cuarenta días en la Biblia a menudo. Significa un periodo de cumplimiento y plenitud. **(Génesis 7,17; Éxodo 16,35; 24,18; Jueces 3,11; I Samuel 17,16; I Reyes 19,8; Jonás 3,4; Mateo 4,2).**

Cuarenta días después de su pascua, **Jesús ascendió a los cielos** para ser glorificado a la diestra del Padre. **(Hechos 1,9-11; Marcos 16,19; Lucas 24,51)** La Ascensión de Cristo es su partida física final de este mundo después de Su Resurrección. Es el cumplimiento formal de su misión en este mundo como el Salvador Mesiánico. Es su glorioso retorno al Padre quien lo había enviado al mundo para llevar a cabo la obra que le había designado. **(Juan 17,4-5)**

Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo. Ellos, después de haberle adorado, volvieron a Jerusalén con gran gozo. (Lucas 24,51-52)

La celebración que la Iglesia hace en esta fiesta, tal como en todas las demás fiestas de este tipo, no es un simple recordatorio de algún acontecimiento en la vida de Jesús. Por cierto, la propia Ascensión no ha de entenderse como un evento sobrenatural de un hombre flotando hacia arriba al cielo. Las Sagradas Escrituras enfatizan la partida física de Cristo y su glorificación con Dios Padre, junto al gran regocijo que experimentaron los discípulos al recibir la promesa del Espíritu

Santo quien vendría para asegurarles la presencia del Señor con ellos, capacitándoles para ser sus testigos hasta los confines de la tierra. (Lucas 24,48-53; Hechos 1,8-11; Mateo 28,16-20; Marcos 16,16-19)

En la Iglesia, los creyentes celebran estas mismas realidades con la convicción de que la partida de Cristo desde este mundo ha sucedido para ellos y para la humanidad entera. El Señor se va para que sea glorificado junto a Dios Padre y para glorificarnos a nosotros juntamente con Él. Él se va para que pueda preparar un lugar para nosotros, y para llevarnos todos a la dicha y bienaventuranza de la presencia de Dios. Nos abre el camino para que todos podamos entrar **“el santuario celestial... el Lugar santo no hecho por manos humanas.”** (Ver Hebreos 8 al 10) Se va para poder enviar el Espíritu Santo, quien procede del Padre, y dará testimonio acerca de Él y Su Evangelio en el mundo, haciéndolo poderosamente presente en las vidas de sus discípulos.

Los himnos litúrgicos de la fiesta de la Ascensión hablan de todo esto. Los versos para las antífonas de la Divina Liturgia son tomados de los salmos 47, 48 y 49. El tropario de la fiesta que se canta en la Pequeña Entrada es cantada también después de la comunión, en lugar del himno “Hemos Visto la Luz Verdadera.”

Ascendiste con gloria, oh Cristo Dios Nuestro, y regocijaste a tus discípulos con la promesa del Espíritu Santo. Porque creyeron en la bendición de que Tú eres verdaderamente el Hijo de Dios, el Salvador del mundo. (Tropario)

Cuando cumpliste la dispensación por nosotros, y uniendo los terrenales con los celestiales, ascendiste con gloria, oh Cristo Dios Nuestro, no dejando a los que Te aman, sino permaneciendo junto a ellos y exclamando, Estoy con vosotros y nadie podrá contra vosotros! (Kontakion)



PENTECOSTES : EL DESCENDIMIENTO DEL ESPIRITU SANTO

En el Antiguo Testamento, **Pentecostés** era la fiesta que acontecía a los cincuenta días después de la Pascua de los judíos. En cuanto la pascua celebraba el éxodo de los israelitas de la esclavitud de Egipto, así Pentecostés celebraba el don de Dios de los Diez Mandamientos a Moisés en el Monte de Sinaí.

En la Nueva Alianza del Mesías, el acontecimiento de la Pascua cobra su nuevo significado como la celebración de la muerte y resurrección de Cristo, el “éxodo” de los seres humanos desde este mundo de pecado, al Reino de Dios. Así también en el Nuevo Testamento, la fiesta de Pentecostés es cumplida y renovada por la venida de la “nueva ley”, el **descendimiento del Espíritu Santo sobre los discípulos**.

Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como un viento recio que soplabá, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo. (Hechos 2,1-4)

El Espíritu Santo que Cristo había prometido a sus discípulos llegó en el día de Pentecostés. (**Juan 14,26; 15,26; Lucas 24,49; Hechos 1,5**) Los apóstoles recibieron el “**poder de lo alto**”, y comenzaron a predicar y atestiguar a Jesús como el Cristo Resucitado, el Rey y el Señor. Tradicionalmente se refiere a este momento como el “cumpleaños” de la Iglesia.

En los oficios litúrgicos de la fiesta de Pentecostés, se celebra la venida del Espíritu Santo junto a la revelación plena de la Santísima Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Se manifiesta la plenitud de la divinidad con la venida del Espíritu Santo al ser humano, y los himnos de la Iglesia celebran esta manifestación como al acto final de la auto-revelación de Dios al mundo, y el don de Sí mismo al mundo de su creación. Por esto, el Domingo de Pentecostés, de acuerdo a la tradición Cristiana Ortodoxa, también se conoce como el **Domingo de la Trinidad**. En este día el **icono de la Santísima Trinidad** – particularmente el de las tres figuras angélicas que aparecieron a Abraham,³¹ el ancestro de la fe cristiana, -- es colocado en medio del templo. Se utiliza este icono junto al tradicional **icono de Pentecostés** que demuestra las lenguas de fuego sobre las cabezas de María y los Doce Apóstoles, el prototipo original de la Iglesia, ellos mismos sentados en unidad alrededor de la imagen simbólica del “cosmos”, el mundo.

En el día de Pentecostés tenemos el cumplimiento final de la misión de Jesucristo, y el primer comienzo de la era mesiánica del Reino de Dios, místicamente presente en este mundo en la Iglesia del Mesías. Por lo tanto, el día cincuenta es el inicio de la época que está más allá de las limitaciones de este mundo, cincuenta siendo el número que representa el cumplimiento eterno y celestial en la espiritualidad mística, tanta judía como cristiana: siete veces siete, más uno.

31 Este icono se conoce por el nombre “La Hospitalidad de Abraham”



Así, se le llama a Pentecostés el día apocalíptica, que significa el día de la revelación final. También se le llama el día escatológico, que significa el día del final perfecto (en griego, la palabra *eschaton* quiere decir “el final”.) Pues cuando llega el Mesías y el día del Señor está pronto, se inauguran los “últimos días” en que “Dios declara ... Derramaré mi espíritu sobre toda carne.” Esta es la antigua profecía a la cual se refiere el Apóstol Pedro en el Primer Sermón de la Iglesia Cristiana que fue predicado en el primer Domingo de Pentecostés. (**Hechos 2,17; Joel 2,28-32**)

Nuevamente debemos insistir que la celebración de Pentecostés nos es un mero recordatorio de un acontecimiento que sucedió hace muchísimo tiempo. Es la celebración de lo que debe suceder y lo que, de hecho, sucede a cada uno de nosotros hoy en la Iglesia. Todos nos hemos muerto y resucitado junto al Mesías-Rey, y todos hemos recibido el Santísimo Espíritu. Somos “templos del Espíritu Santo.” El Espíritu de Dios habita en nosotros. (**Romanos 8; I Corintios 2 al 3, 12; II Corintios Gálatas 5; Efesios 2 al 3**) Nosotros, ya que pertenecemos a la Iglesia, hemos recibido “el sello del don del Espíritu Santo” en el sacramento de la Crismación. Pentecostés ya ha acontecido en cada uno de nosotros.

La Divina Liturgia de Pentecostés recuerda nuestro bautismo en Cristo con el versículo de la carta a los Gálatas nuevamente reemplazando el Trisagion, Santo Dios.³² Las lecturas de la Epístola y del Evangelio hablan de la venida del Espíritu Santo al ser humano. El kontakion canta de cómo la confusión de Babel fue revertida al reunir Dios a todas las naciones en la unidad de Su Espíritu. El tropario proclama la reunión del universo entero en la red de Dios, mediante la inspirada obra de los pescadores convertidos en apóstoles. Por primera vez desde la Pascua de Resurrección,

32 “Vosotros que en Cristo os bautizasteis de Cristo os revestisteis. Aleluya.” Este himno también se canta en lugar del Trisagion en el Sábado de Lázaros y en la Pascua de Resurrección, como se ha notado anteriormente. Ver arriba.

se vuelve a cantar los himnos “Oh Rey Celestial”³³ y “Hemos Visto la Luz Verdadera”³⁴, llamando al Espíritu Santo a que **venga a habitar en nosotros**, y proclamando que “**hemos recibido al Espíritu Celestial.**” El templo está adornado con flores y ramas y hojas verdes, para demostrar que el **Aliento** divino de Dios viene como el “**Espíritu Vivificador**”. En Hebreo, la palabra que quiere decir **Espíritu**, **aliento** y **viento** es una sola, **ruaj**.

Bendito eres Tú, oh Cristo Nuestro Dios, que mostraste a los pescadores llenos de sabiduría, derramando sobre ellos el Espíritu Santo. Y por medio de ellos el universo conquistaste. Oh Amante de la Humanidad, Gloria a Ti. (Tropario)

Cuando el Altísimo descendió y confundió las lenguas, El dividió las naciones. Mas cuando distribuyó las lenguas de fuego, llamó a todos a la unidad. Por lo tanto, unánimes, glorificamos el Santísimo Espíritu. (Kontakion)

El oficio de **Vísperas Mayores de Pentecostés** es caracterizado por tres largas oraciones durante las cuales los fieles se arrodillan por primera vez desde la Resurrección.³⁵ En la Iglesia Ortodoxa, el día Lunes después de Pentecostés se conoce como la **fiesta del Espíritu Santo**, y el domingo después de Pentecostés es la fiesta de **Todos los Santos**. Esta es la secuencia litúrgica ya que la venida del Espíritu Santo es cumplida en los seres humanos cuando lleguen a ser santos, y esto es el propósito verdadero de la creación y salvación del mundo. “**Así dice el Señor: Vosotros por tanto os santificaréis, y seréis santos, porque Yo, Tu Dios, soy santo.**” (Levítico 11,45-46; I Pedro 1,15-16)



33 El texto de esta oración es, “Oh Rey Celestial, Paráclito, Espíritu de Verdad, que estás en todas partes y todo lo llenas, ven y mora en nosotros, purifícanos de toda mancha, y salva nuestras almas, oh Bondadoso.”

34 Este himno es el que se canta después de la comunión, y dice : “Hemos visto la luz verdadera, hemos recibido el Espíritu Celestial. Hemos hallado la verdadera fe. Adoremos la Trinidad Indivisible, pues ésta nos ha salvado.”

35 De acuerdo a la tradición local en algunas iglesias, los fieles no se arrodillan en ningún oficio u otro momento de oración a partir de la Pascua de Resurrección hasta Pentecostés, simbolizando su alegría, además del hecho de que todos hemos sido levantados de la muerte a la vida.

LA NATIVIDAD DE CRISTO

En la Iglesia Ortodoxa, la celebración de la fiesta de la **Natividad de Cristo** está diseñada según la celebración de Su Resurrección. Un ayuno de cuarenta días precede la fiesta, con días preparatorios especiales que anuncian el pronto nacimiento del Salvador. Así en el día de San Andrés (30 de noviembre) y el día de San Nicolás (6 de diciembre), se cantan himnos que anuncian el nacimiento del Señor que luego acontecerá.

Prepárate tú, oh pesebre, pues se aproxima la oveja, llevando a Cristo en sus entrañas. Adórnate, tú, oh caverna, para recibir a quien por su palabra cambió nuestra animalidad, a nosotros todos los terrenales. Oh pastores, velad y dad testimonio del temible milagro; y vosotros oh magos, llegando de Persia, traed sus regalos al Rey, oro, incienso y mirra. Pues se aproxima la Virgen, llevando a Cristo en sus entrañas y clamando: ¡Cómo fuiste plantado en mí, y cómo has crecido de mí, oh Dios y Salvador mío. (Himno Vespertino de la Fiesta de San Nicolás)

En la víspera de la Navidad por la mañana, se celebran las **Horas Reales** y la **Divina Liturgia de San Basilio** con Vísperas. Durante estos oficios, se leen las profecías del Antiguo Testamento, con especial énfasis en la profecía de **Miqueas** que anuncia el lugar natal del Salvador como Belén, y las profecías de **Isaías** acerca de la venida del Mesías y cómo será Él.

Por tanto, el Señor mismo os dará señal; He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel. (Isaías 7,14)

Dios está con nosotros. Tomad consejo, y será anulado; proferid palabra, y no será firme; porque Dios está con nosotros. (Isaías 8,10)

Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre Eterno, Príncipe de paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite. (Isaías 9,6-7)

Se da comienzo a la **Vigilia de la Navidad** con **Completras Mayores**, con la solemne entonación de “Dios con Nosotros” y las palabras de la profecía de **Isaías**. En el oficio de Completras también se cantan el Tropario y el Kontakion de la fiesta, junto a otros himnos que glorifican el nacimiento del Salvador. También se rezan las especiales letanías largas de intercesión con la solemne bendición de los cinco panes, trigo y vino, de los cuales los fieles participan, y el aceite con que son ungidos. Se realiza esta parte de la vigilia en todas las grandes fiestas, y se llama **artoklasia**, una palabra griega que quiere decir “el partir del pan”.³⁶

36 En ruso, se llama litya.



Al inicio de Matutinos de la Navidad, que junto al oficio de Completas forman la Vigila de la Navidad, los seis salmos matinales comienzan como siempre: **Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. (Lucas 2,14)**

En los oficios litúrgicos de la Navidad, generalmente se cantan estas palabras con gran solemnidad, más que en los oficios diarios del resto del año. El oficio de Matutinos prosigue como de costumbre. La lectura del Evangelio es de San Mateo (1,18-25), y habla del nacimiento de Cristo. Todos los himnos y versos glorifican su aparición sobre la tierra.

Cristo ha nacido, glorifícale. Cristo ha venido del cielo, ven a su encuentro. Cristo está sobre la tierra, elévense. Canta al Señor, toda la tierra. Canten con alegría, oh pueblos. Pues Él ha sido glorificado. (Primera Oda del Canon de la Navidad)

La **Divina Liturgia de la Navidad** comienza con salmos de glorificación y alabanza. Durante la Pequeña Entrada con el Libro de los Santos Evangelios, se cantan el Tropario y el Kontakion de la fiesta. El verso de la carta a los **Gálatas (3,27)**³⁷ nuevamente reemplaza el Trisagion. La lectura de la Epístola es de **tomada de la Carta de San Pablo a los Gálatas.**

Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama, ¡Abba, Padre! Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo. (Gálatas 4,4-7)

37 Vosotros que en Cristo os bautizasteis, de Cristo os revestisteis. Aleluya.

La lectura del Evangelio es el conocido relato de la Natividad de Cristo tomado del Evangelio según **San Mateo (2, 1-12)**, y la Divina Liturgia prosigue como de costumbre. Luego sigue una celebración especial de dos días, dedicada a **María la Theotokos** y a **San Esteban, el Primer Mártir**. Se extiende este periodo de regocijo en la Iglesia hasta la Epifanía, y durante este tiempo se cantan una y otra vez los himnos de la Navidad, y no se acostumbra ni a arrodillarse ni a hacer ayuno.

En la Iglesia Ortodoxa, se refiere formalmente a esta fiesta como la **Natividad según la Carne de Nuestro Señor y Dios y Salvador Jesucristo**. En la Navidad celebramos el nacimiento del Hijo de Dios como un ser humano, Aquel que junto al Padre y el Espíritu Santo es verdaderamente Dios desde toda la eternidad. Así cantamos en la Iglesia:

Hoy una Virgen da a luz al Eterno, y la tierra ofrece una caverna al Inaccesible. Angeles y pastores le glorifican, y los magos siguen a una estrella. Hoy ha nacido un Niño: el Eterno Dios. (Kontakion de la Natividad de Cristo)

Durante los primeros cuatro siglos de la historia de la Iglesia, la fiesta de la Natividad de Cristo no se celebraba sola, sino juntamente con la **Epifanía**, como una gran fiesta única de la aparición de Dios sobre la tierra, en forma del Mesías humano de Israel. Más tarde se comenzó a celebrar la Natividad como tal en el día 25 de diciembre, para desviar la atención de la fiesta pagana del Sol Invencible que se celebraba en ese día. La fiesta de la Natividad del Señor fue establecida por la Iglesia en forma consciente, en su esfuerzo de vencer a la falsa religión de los paganos. Así, descubrimos que el Tropario de la Fiesta hace una polémica en contra de la adoración del sol y de las estrellas, y llama a todos a adorar únicamente a Cristo, el Verdadero Sol de Justicia (**Malachi 4,2**), quien es adorado por todos los elementos de la naturaleza.

Tu nacimiento, oh Cristo Nuestro Dios, ha hecho resplandecer sobre el mundo la luz de la sabiduría. Porque los que adoraban las estrellas aprendieron de la estrella a adorarte a Ti, el Sol de Justicia, que desde las alturas viniste. Oh Señor, Gloria a Ti. (Tropario)

Entonces, la fiesta de la Natividad de Cristo es la celebración de la salvación del mundo mediante el Hijo de Dios quien se hizo hombre por nosotros a fin de que, mediante Él, podríamos llegar nosotros mismos a ser divinos hijos de Dios Padre por el Espíritu Santa que mora en nosotros.

LA FIESTA DE LA EPIFANIA

El día 6 de enero se celebra la fiesta de la **Epifanía o la Teofanía**. Originalmente era la fiesta cristiana única de la manifestación de Dios al mundo en la forma humana de Jesús de Nazaret. Incluía la celebración del nacimiento de Cristo, la adoración de los Reyes Magos, y todos los acontecimientos de la niñez de Jesucristo como su circuncisión y presentación en el templo, así como su bautismo por San Juan en el Río Jordán. Es casi una certeza que esta fiesta, al igual a la Pascua de Resurrección y Pentecostés, se entendía como el cumplimiento de una fiesta judía previa, en este caso, la **Fiesta de las Luces**.

La palabra **Epifanía** significa **manifestación**. Frecuentemente se refiere a esta fiesta como la **Teofanía**, tal como se dice en los libros litúrgicos de la Iglesia Ortodoxa, palabra que significa **Manifestación de Dios**. El énfasis que se da a esta fiesta hoy en día está en la aparición de Jesús como el Mesías humano de Israel y el Divino Hijo de Dios, Uno de la Santa Trinidad, junto al Padre y el Espíritu Santo.

Así, en Su bautismo por Juan en el Jordán, Jesús se identifica delante de los pecadores como “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (**Juan 1,29**), el “Amado” del Padre cuya tarea mesiánica es la de redimir a los seres humanos de sus pecados. (**Lucas 3,21; Marcos 1,35**) Es revelado como uno de la Santísima Trinidad Divina, a quien se da testimonio por la voz del Padre, y por el Espíritu en forma de paloma. Los himnos de la fiesta glorifican esta Epifanía trascendental, es decir, manifestación.

Cuando fuiste bautizado Señor, en el Río Jordán, fue revelada la adoración de la Santísima Trinidad. Porque la voz del Padre se adelantó dando testimonio, llamándote Hijo muy Amado. Y el Espíritu en forma de paloma confirmó la inmutabilidad de esas palabra. Oh Cristo Dios, que apareciste al mundo, gloria a Ti. (Tropario de la Fiesta)

Hoy apareciste al universo, y Tu Luz, oh Señor, ha brillado sobre nosotros, quienes con entendimiento clamamos a Ti : Tú has venido y Te has revelado, oh Luz Inaccesible. (Kontakion)

Los oficios litúrgicos de la Teofanía son organizados idénticamente a los de la Navidad, aunque lo más probable es que haya sido la Epifanía que sirvió de modelo para la Navidad, ya que la Navidad fue establecida como fiesta más tarde. En la mañana de la víspera de la fiesta, se celebran las **Horas Reales** junto a Vísperas y la **Divina Liturgia de San Basilio el Magno**. La vigilia de la fiesta consiste en **Completras Mayores y Matutinos**.

Las profecías que se leen en la **Teofanía** repiten las palabras de Isaías “Dios está con nosotros” y enfatizan la predicha venida del Salvador así como la venida de su precursor, San Juan Bautista:

Voz que clama en el desierto: Preparad camino al Señor; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios. Todo valle sea alzado, y bájase todo monte y collado; y lo torcido se enderece, y lo áspero se allane; y toda carne verá la salvación de Dios. (Isaías 40,3-5; Lucas 3,4-6)

El verso bautismal de **Gálatas 3,37** reemplaza otra vez al Trisagion. (Santo Dios) Las lecturas del Evangelio seleccionadas para leer en todos los oficios de la Teofanía hablan del bautismo de Jesús por Juan en el Río Jordán. La lectura de la Epístola en la Divina Liturgia habla de las consecuencias de la aparición del Señor, que es la Divina Epifanía.

Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro Gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras. (Tito 2,11-14)

La principal característica de la fiesta de la Epifanía es la **Bendición Mayor de las Aguas**. De acuerdo con las indicaciones de la Iglesia, se debe celebrar esta bendición después de la Divina Liturgia tanto en la víspera de la fiesta como en la fiesta misma. En la mayoría de las parroquias, sin embargo, generalmente se hace una sola vez, y en una oportunidad en que el mayor número de fieles posible pueda participar. Comienza con la entonación de unos himnos especiales, y luego el celebrante incienso el agua, que ha sido puesto en medio del templo. Rodeado por velas y, en algunos casos, también flores, esta agua representa el bello mundo de la creación original de Dios y la glorificación por Cristo en el Reino de Dios. A veces se celebra esta bendición de las aguas afuera, cuando haya agua corriente natural.

La voz del Señor clama diciendo, tomado todos, el espíritu de sabiduría, espíritu de entendimiento, por la manifestación de Cristo.

Hoy la naturaleza del agua de las aguas se santifica, el Jordán se divide y sus aguas dejan de correr; porque en él se ve al Señor lavado.

**Oh Cristo Rey, como humano vino al río para lavarse. Tomaste la iniciativa para recibir el bautismo como esclavo de la mano del Precursor por nuestros pecados, oh Amante de la Humanidad.
(Himnos de la Bendición Mayor de las Aguas)**

Luego se leen tres lecturas de la Profecía de Isaías acerca de la era mesiánica:

Se alegrarán el desierto y la soledad; el yermo se gozará y florecerá como la rosa. Florecerá profusamente, y también se alegrará y cantará con júbilo.... (Isaías 35,1-10)

A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche... (Isaías 55,1-13)

Sacaréis con gozo aguas de las fuentes de la salvación. Y diréis en aquel día: Cantad al Señor, aclamad su nombre, haced célebres en los pueblos sus obras ... su Nombre es engrandecido ... Regocíjate y canta ... (Isaías 12,3-6)

Después de la **Epístola (I Corintios 1,10-14)** y la lectura del **Evangelio (Marcos 1,9-11)**, se entona una especial letanía mayor que invoca la gracia del Espíritu Santo sobre el agua y sobre todos aquellos que participarán de ella. Se finaliza con la gran oración de la glorificación cósmica de Dios en la cual se invoca a Cristo a santificar el agua, y a todos los seres humanos y la creación entera, por la manifestación de Su Presencia Divina, Salvífica y Santificadora, mediante la venida del Santo y Bueno y Vivificador Espíritu.



Mientras se canta el tropario de la fiesta, el celebrante sumerge la cruz tres veces en el agua, y luego procede a rociar el agua hacia los cuatro puntos cardinales del mundo. Acto seguido, bendice a todos los presentes con esta agua. Durante los días siguientes, bendice los hogares de los fieles con el agua bendita, que representa la salvación de toda la humanidad y de la creación entera, que Cristo ha llevado a cabo mediante Su Epifanía en la carne, por la vida del mundo.

Algunas veces, se piensa que la bendición del agua, y la práctica de tomarla y rociarla sobre todas las personas y cosas, es un paganismo que erróneamente ha entrado a la Iglesia Cristiana. Sabemos, sin embargo, que este ritual fue practicado por el Pueblo de Dios en el Antiguo Testamento, y que en la Iglesia Cristiana tiene un significado muy importante y especial.

Es nuestra fe cristiana que, ya que el Hijo de Dios ha tomado carne humana y ha sido inmergido en las aguas del Jordán, toda materia ha sido santificada y purificada en Él, limpiada de sus cualidades mortíferas heredadas del diablo y de la maldad de los seres humanos. En la Epifanía del Señor, toda la creación se vuelve buena de nuevo, por cierto “muy bueno”, tal como Dios mismo la hizo y proclamó que era en el principio cuando **“el espíritu de Dios se movía sobre las aguas”** (Génesis 1,2) y cuando el “Espíritu de Vida” estaba en el ser humano y en todo hecho por Dios. (Génesis 1,30; 2,7)

El mundo y todo cuanto hay en él ciertamente es **“muy bueno”** (Génesis 1,31) y cuando se vuelve contaminado, corrupto y muerto, Dios lo salva nuevamente mediante la “nueva creación” en Cristo, Su Hijo Divino y Nuestro Señor, por la gracia del Espíritu Santo. (Gálatas 6,15) Esto es lo que se celebra en la Epifanía, y de modo especial en la **Bendición Mayor de las Aguas**. La consagración de las aguas en esta fiesta coloca el mundo entero, a través de su materia elemental, el agua, en la perspectiva de la creación, santificación, y glorificación cósmicas del Reino de Dios en Cristo y en el Espíritu. Nos dice que el ser humano y el mundo entero fueron creados y salvados para ser **“llenos de toda la plenitud de Dios”** (Efesios 3,19), **“la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo”**. (Efesios 1,23) Nos dice que Cristo, en quien **“habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad,”** es y verdaderamente será **“el todo, y en todos”**. (Colosenses 2,9; 3,11) Nos dice, además, que **“el nuevo cielo y la nueva tierra”** que Dios nos ha prometido mediante sus profetas y apóstoles (Isaías 66,22; II Pedro 3,13; Apocalipsis 21,1) en verdad ya están **“con nosotros”** en el misterio de Cristo y Su Iglesia.

Así la santificación y el rocío del agua de la Epifanía no es ningún ritual pagano. Es la expresión de hecho más central de la visión cristiana del ser humano, de su vida y de su mundo. Es el testimonio litúrgico de que la vocación y el destino de la creación es de ser llena **“de toda la plenitud de Dios”**. (Efesios 3,19)

LA PRESENTACIÓN DEL SEÑOR EN EL TEMPLO

Cuarenta días después de nacer, Cristo fue presentado a Dios en el templo de Jerusalén, conforme a la ley mosaica. Además, en esta ocasión, su madre participó de la purificación ritual, y ofreció a Dios los sacrificios prescritos por la ley judía. Por lo tanto, cuarenta días después de la Natividad, en el día 2 de febrero, la Iglesia Ortodoxa celebra la fiesta de la presentación, llamada el **Encuentro o la Presentación de Cristo en el Templo**.

El acontecimiento principal de la presentación de Cristo en el Templo es el encuentro de Cristo con el anciano Simeón y la profetiza Ana. **(Lucas 2,22-36)** A Simeón **“le había sido revelado por el Espíritu Santo, que no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor”** (Lucas 2,26) e, inspirado por el mismo Espíritu, fue al Templo donde encontró al Mesías, lo tomó en sus brazos, y proclamó las palabras que hasta el día de hoy son cantadas al final de cada oficio de Vísperas celebrado en la Iglesia Ortodoxa :

Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, Conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; Luz para revelación a los gentiles, y gloria de Tu Pueblo Israel. (Lucas 2,29-32)

En este momento Simeón también predijo que Jesús sería **“señal que será contradicha”** (Lucas 2,34b) y que **El “está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel.”** (Lucas 2,34a) También predijo los sufrimientos que padecería María al ver la Pasión de Su Hijo. (Lucas 2,35) La profetiza Ana también estuvo presente y, habiendo dado gracias a Dios, ella **“hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén.”** (Lucas 2,38)

En los oficios litúrgicos para la fiesta de **la Presentación del Señor en el Templo**, el eje central es que Cristo, el Hijo y el Verbo de Dios mediante quien el mundo fue creado, está ahora en brazos de Simeón como un bebé; este mismo Hijo de Dios, el Dador de la Ley, ahora cumple Él mismo la Ley, siendo llevado en brazos como niño humano.

Recíbelo, oh Simeón, a quien Moisés contempló en las nubes en el Monte de Sinaí como el Dador de la Ley. Recíbelo ahora como niño que cumple la Ley. Pues la Ley y los Profetas hablaron acerca de Él, encarnado por nosotros y Salvador de la Humanidad. Venid todos a adorarlo.

Que las puertas del cielo se abren hoy, pues el Verbo Eterno del Padre sin principio, sin abandonar Su Divinidad, ha tomado principio, y ha sido encarnado de la Virgen en el tiempo. Y como niño de cuarenta días, El voluntariamente es llevado por su madre al Templo, según la Ley. El anciano Simeón lo recibe en sus brazos y exclama: Señor, despides ahora a tu siervo en paz, porque han visto mis ojos tu salvación. Oh Señor, Tú que has venido para salvar a la humanidad, gloria a Ti. (Versos de las Vísperas de la Fiesta)

Los oficios de **Vísperas** y **Matutinos** de esta fiesta son llenos de himnos sobre este mismo tema. En la celebración de la **Divina Liturgia**, las palabras del cántico de María forman el **prokimenon** y las de Simeón, los versos de la **Aleluya**. Las lecturas del Antiguo Testamento en el oficio de Vísperas hacen referencia a la Ley de la purificación en el libro de **Levítico**, la visión de **Isaías** en el Templo de Señor Tres-Veces Santo, y el don de la fe a los egipcios profetizado por **Isaías** cuando la luz del Señor será “**revelación a los gentiles**”. (**Lucas 2,32**) La lectura del Evangelio relata el encuentro en el Templo.

La celebración del Encuentro del Señor en el Templo no es una mera conmemoración histórica. Inspirados por el mismo Espíritu que inspiró a Simeón, y llevados por el mismo Espíritu hasta la Iglesia del Mesías, los miembros de la Iglesia también afirman su propio “encuentro” con el Señor, e igualmente pueden dar testimonio de que ellos pueden irse “en paz” pues sus ojos han visto la salvación de Dios en la persona de Su Cristo.

Salve, oh Virgen, Madre de Dios, llena de gracia. Porque de ti resplandeció el Sol de Justicia, Cristo Dios Nuestro. Iluminando a los que están en las tinieblas. Regocíjate, oh justo anciano, llevando en tus brazos al Libertador de nuestras almas, y El que nos concede la resurrección. (Tropario)

Por Tu nacimiento, santificaste las entrañas de la Virgen. Y bendijiste las manos de Simeón, oh Cristo Nuestro Dios. Ahora Tú has venido y nos has salvado por amor. Otorga la paz a todos los cristianos ortodoxos, oh Tú, Único Amante de la Humanidad. (Kontakion)

Según la tradición local de algunas iglesias, el sacerdote bendice velas en la iglesia en este día. Estas velas nos recuerdan de nuestro encuentro con Cristo, Luz que ilumina a todos.



LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR

La **Transfiguración de Cristo** representa uno de los acontecimientos centrales en su vida terrenal que se encuentra relatado en los Evangelios. Inmediatamente después de que el Señor fue reconocido por sus apóstoles como “el Cristo (Mesías)”, “el Hijo del Dios viviente”, les dijo que **“le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día.”** (Mateo 16,21) La reacción de los apóstoles a este anuncio de Cristo acerca de su próxima pasión y muerte fue de indignación. Y luego, después de reprocharles, el Señor tomó a Pedro, a Santiago y a Juan **“aparte a un monte Alto”**, de acuerdo a la tradición el Monte de Tabor, y **“se transfiguró delante de ellos.”**

... y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz. Y he aquí les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él. Entonces Pedro dijo a Jesús: Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí; si quieres, hagamos aquí tres enramadas; una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías. Mientras él aún hablaba, una nube de luz los cubrió; y he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo Amado, en quien tengo complacencia; a él oíd. Al oír esto los discípulos, se postraron sobre sus rostros, y tuvieron gran temor. Entonces Jesús se acercó y los tocó, y dijo, Levantaos y no temáis. Y alzando ellos los ojos, a nadie vieron sino a Jesús sólo. Cuando descendieron del monte, Jesús les mandó, diciendo: No digáis a nadie la visión, hasta que el Hijo del Hombre resucite de los muertos. (Mateo 17,1-9; ver también Marcos 9,1-9; Lucas 9,28-36; II Pedro 1,16-18)



La **fiesta judía de las Tiendas** era una celebración de la morada de Dios con los seres humanos, y la transfiguración de Cristo revela de qué manera esto sucede en y mediante del Mesías, el Hijo de Dios en carne humana. La transfiguración de Cristo seguramente sucedió durante el tiempo de la celebración de la Fiesta de las Tiendas, y la celebración del acontecimiento en la Iglesia Cristiana llegó a ser el cumplimiento neotestamentario de esta fiesta del Antiguo Testamento, de manera muy similar a las fiestas de la Pascua y Pentecostés.

En la Transfiguración, los apóstoles ven la gloria del Reino de Dios presente en majestad en la persona de Jesucristo. Ellos ven que en Él, por cierto, **“agradó al Padre que en él habitase toda plenitud,”** que **“en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad.”** (Colosenses 1,19; 2,9) Ellos ven todo esto antes de la Crucifixión, a fin de que en la Resurrección puedan ver quien es que ha sufrido por ellos, y que es lo que Él, que es Dios, ha preparado para aquellos que le aman. Esto es lo que la Iglesia celebra en la fiesta de la Transfiguración.

Cuando te transfiguraste, oh Cristo Dios, en el Monte Tabor, revelaste tu gloria a tus discípulos según la pudieron captar. Haz resplandecer sobre nosotros pecadores Tu Luz Eterna, por la Intercesión de la Madre de Dios. Tú que concedes la Luz, gloria a Ti. (Tropario)

Te transfiguraste en el Monte, oh Cristo Dios, y tus discípulos vieron tu gloria en cuanto pudieron; para que cuando Te vieran crucificado, comprenderían que Tu sufrimiento era voluntario, y proclamarían al mundo que Tú en verdad Eres el Esplendor del Padre. (Kontakion)

Además del significado fundamental que el acontecimiento de la Transfiguración posee dentro del contexto de la vida y misión de Cristo, y además del tema de la gloria de Dios que es revelada en todo su esplendor en el rostro de Cristo el Salvador, la presencia de **Moisés** y **Elías** es también de gran importancia para la comprensión y celebración de esta fiesta. Muchos de los himnos hacen referencia a estos dos figuras centrales de la Antigua Alianza, tal como lo hacen las tres lecturas de las Escrituras designadas para el oficio de Vísperas, que hablan de la manifestación de la gloria de Dios a estos santos varones del antaño. (**24,12-18; 33,11-34,8; I Reyes 19,3-16**)

Moisés y Elías, según los versos litúrgicos, no son solamente las más grandes figuras del Antiguo Testamento quienes vienen ahora para adorar al Hijo de Dios en gloria, ni tampoco son meramente dos de los varones santos a quienes Dios se reveló en las teofanías prefigurativas de la Antigua Alianza de Israel. Estas dos figuras en verdad representan el Antiguo Testamento mismo: **Moisés** representa a la **Ley**, y **Elías**, a los **Profetas**. Y Cristo es el cumplimiento de la Ley y de los Profetas (**Mateo 5,17**)

Ellos también representan a los **vivos** y a los **muertos**, pues Moisés falleció y se conoce su lugar de sepultura, mientras Elías fue llevado al cielo vivo para aparecer nuevamente a anunciar el tiempo de la salvación de Dios en Cristo el Mesías.

Entonces, apareciendo juntos a Jesús en el Monte de la Transfiguración, Moisés y Elías demuestran que el Mesías-Salvador está aquí, y que Él es el Hijo de Dios de quien el Padre mismo da testimonio, el Señor de la Creación, del Antiguo Testamento y del Nuevo, de los vivos y de los muertos. La Transfiguración de Cristo en sí es el cumplimiento de todas las teofanías y manifestaciones de

Dios, una consumación perfeccionada y completada en al persona de Jesucristo. La Transfiguración de Cristo nos revela nuestro propio destino como cristianos, el destino final de todos los seres humanos y de la creación entera, el de ser transformado y glorificado por el majestuoso esplendor de Dios.

Lo más probable es, que originalmente la fiesta de la Transfiguración de Cristo pertenecía al periodo pre-Pascual de la Iglesia. Tal vez se celebraba en uno de los domingos anteriores a la Pascua de Resurrección. Existe cierta evidencia histórica que lo indica; además, tenemos el hecho de que hoy en día San Gregorio Palamás, el gran maestro de la Transfiguración de Cristo, es conmemorado durante la Gran Cuaresma (en el cuarto domingo). Además, el acontecimiento propiamente tal está definitivamente relacionado con la muerte y resurrección del Salvador que se aproximan.

... para que cuando Te vieran crucificado, comprenderían que Tu sufrimiento era voluntario... (Kontakion)

Hoy en día, la fiesta de la Transfiguración de Cristo se celebra en el día 6 de agosto, probablemente debido a alguna razón histórica. En algunas iglesias, se acostumbra a bendecir uvas y otras frutas y verduras en este día. Esto simboliza la transfiguración de toda la creación en Cristo. Significa la fructificación de la creación entera en el paraíso del eterno Reino de Vida de Dios, cuando todo será transformado por la gloria del Señor.

LA ANUNCIACION

La fiesta de la Anunciación de la Virgen María se celebra nueve meses antes de la Natividad de Cristo, en el día 25 de marzo. Es la celebración del anuncio del nacimiento de Cristo hecho a la Virgen María, como se narra en el Evangelio de San Lucas.

Al sexto mes el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David; y el nombre de la virgen era María. Y entrando el ángel en donde ella estaba, dijo: ¡Salve, muy favorecida! El Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres. Mas ella, cuando le vio, se turbó por sus palabras, y pensaba qué salutación sería esta. Entonces el ángel le dijo: María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios. Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino de tendrá fin. Entonces María dijo al ángel : ¿Cómo será esto? Pues no conozco varón. Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Ser Santo que nacerá, será llamado Hijo de Dios. Y he aquí tu parienta Elizabet, ella también ha concebido hijo en su vejez; y este es el sexto mes para ella, la que llamaban estéril; porque no hay nada



imposible para Dios. Entonces María dijo: He aquí la sierva del Señor; Entonces hágase conmigo conforme a tu palabra. Y el ángel se fue de su presencia. (Lucas 1,26-38)

Los servicios de la fiesta de la Anunciación, Matutinos y la Divina Liturgia, enfatizan repetidamente la gozosa proclamación de la salvación de los seres humanos en el nacimiento del Salvador.

Hoy es el principio de nuestra salvación y la revelación del misterio antes de todos los siglos; porque el Hijo de Dios se hace Hijo de la Virgen y Gabriel anuncia la gracia. Acompañémosle clamando a la Madre de Dios: Salve, oh llena de gracia, el Señor es contigo. (Tropario)

Una característica especial de esta fiesta es el **canon de Matutinos**, el cual está compuesto por un diálogo entre el Arcángel Gabriel y la Virgen María. También muy conocido entre los elementos de este oficio es la **Magnificación**, la cual toma la forma de nuestra propia salutación a la virgen madre en las palabras del arcángel.

Con la voz del arcángel nosotros clamamos a ti, oh Purísima: Salve, oh llena de gracia, el Señor es contigo. (Magnificación)

La celebración de la Anunciación es, por lo tanto, la fiesta de nuestro propio recibimiento de las buenas nuevas de nuestra salvación, y de nuestra glorificación de la Virgen María, la doncella pura quien llega a ser la Madre de Dios Encarnado.

Ya que esta fiesta normalmente cae durante la Gran Cuaresma, la forma en que se celebra varía de año en año, dependiendo del día en que cae. Si es un día de semana durante la Gran Cuaresma, lo que es lo más común, se celebra la **Divina Liturgia** de la fiesta en la tarde junto al oficio de **Vísperas**, luego de abstinencia de todo el día. Cuando esto suceda, se sigue las normas de abstinencia para la Liturgia de los Dones Presantificados. La Divina Liturgia de la Anunciación es la única celebración de la liturgia eucarística de San Juan Crisóstomo que es permitido en un día de semana durante la Gran Cuaresma.

LA NATIVIDAD DE LA THEOTOKOS, LA MADRE DE DIOS

Además de la fiesta de la Anunciación, la Iglesia Ortodoxa celebra tres otras fiestas mayores de la Santísima Virgen María, la Theotokos. La primera de estas es la fiesta de su nacimiento, la cual se celebra el día 8 de septiembre.

No se encuentra el relato del nacimiento de María en la Biblia. El relato tradicional de este acontecimiento se encuentra en los escritos apócrifos que no forman parte de las escrituras del Nuevo Testamento. La enseñanza tradicional que se celebra en los himnos y versos de la liturgia de la fiesta es que Joaquín y Ana eran una piadosa pareja judía, fieles de la Antigua Alianza y seguidores de la Ley Mosaica, que esperaban con ansias la venida del prometido Mesías. La pareja era bastante mayor de edad, y no tenían hijos. Rogaban fervorosamente al Señor que les diera hijos, ya que entre los judíos la esterilidad era un signo de la falta del favor divino. En respuesta a sus oraciones, como recompensa a su constante fidelidad a Dios, la anciana pareja fue bendecida con una hija quien estaba destinada, debido a su propia bondad y santidad personal, a llegar a ser la Madre del Mesías, el Cristo; la Madre del Dios Encarnado.

Tu nacimiento, oh Madre de Dios, anunció el gozo a todo el universo. Porque de ti resplandeció el Sol de Justicia, Cristo Dios Nuestro. Porque aniquilando la maldición, nos concedió la bendición; y destruyendo la muerte, nos otorgó la vida eterna. (Tropario)

Por tu nacimiento, oh Virgen purísima, Joaquín y Ana fueron librados de la esterilidad; Adán y Eva fueron librados de la corrupción de la muerte. Y nosotros, tu pueblo, librados del sello del pecado, celebramos cantando: La mujer estéril da a luz la Theotokos, aquella que alimenta nuestra vida. (Kontakion)

El hecho de que no haya evidencia bíblica respecto al nacimiento de María no tiene importancia en cuanto al significado de la fiesta. Aun si los hechos tras la fiesta como se celebra en la Iglesia sean cuestionables desde un punto de vista histórico, su significado divino **“por nosotros y para nuestra salvación”** es bastante claro. Debía haber alguien nacido de carne y sangre humana quien sería espiritualmente capaz de ser la Madre de Cristo Dios, y ella debía nacer en este mundo, hija de dos personas espiritualmente preparados para ser sus padres.

La fiesta de la **Natividad de la Theotokos**, por lo tanto, es una glorificación del nacimiento de María, de la persona de María misma, y de sus padres. Es también la celebración de la primera preparación de la salvación del mundo. Pues el **“Recipiente de la Luz”**, el **“Libro de la Palabra de la Vida”**, la **“Puerta al Oriente”**, el **“Trono de Sabiduría”**, está siendo preparado por el mismo Dios en el nacimiento de la santa niña María.

Los versos de la fiesta son repletos de títulos como los que hemos citado arriba. Son inspirados por el mensaje de la Biblia, tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo. Las lecturas bíblicas indicadas para la fiesta expresan esto mismo.

En el oficio de **Vísperas**, las tres lecturas tomadas del Antiguo Testamento son **“mariológicas”** en su interpretación neotestamentaria. Es así entonces, que se comprende que la escalera de Jacob que une el cielo con la tierra y el lugar que es llamado **“la casa de Dios”** y la **“puerta del cielo”** (**Génesis 28,10-17**) indican la unión de Dios con el ser humano, la cual se realiza de modo más perfecto y más completo, tanto en lo espiritual como en lo físico, en María la Theotokos, la Progenitora de Dios. También simboliza a María la visión del templo con la **“puerta al Oriente”** perpetuamente cerrada y llena de **“la gloria del Señor”**. Se refiere a ella en los himnos como **“el templo vivo de Dios lleno de la divina gloria”**. (**Ezequiel 43,27-44,4**) María es también identificada como la **“casa”** que la Sabiduría construyó para sí, según la lectura de Proverbios 9, 1-11.

La lectura del Santo Evangelio que se lee en el oficio de Matutinos es la misma que se lee en todas las fiestas de María, la famosa **Magnificat** del Evangelio según San Lucas en que María dice: **“Engrandece mi alma al Señor; Y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Porque ha mirado la bajeza de su sierva; pues he aquí, desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones.”** (**Lucas 1,47-48**)

La lectura de la Epístola para la **Divina Liturgia** es el famoso pasaje acerca de la venida del Hijo de Dios en **“forma de siervo, hecho semejante a los hombres”** (**Filipenses 2,5-11**) y la lectura del Evangelio es la que siempre se lee en la Divina Liturgia en fiestas de la Theotokos. Es el relato de la mujer en la multitud quien glorifica a la Madre de Jesús, y el propio Señor responde que aquella misma bienaventuranza que recibe su madre es para todos **“los que oyen la palabra de Dios, y la guardan.”** (**Lucas 11, 27-28**)

Entonces, en la fiesta de la Natividad de la Theotokos, tal como en todas las celebraciones litúrgicas de la Madre de Cristo Dios, proclamamos y festejamos lo siguiente: que, mediante la bondad y amor de Dios para con la humanidad, **cada cristiano** recibe lo que recibe la Theotokos, la **“gran misericordia”** que se concede a todos los seres humanos por el nacimiento de Cristo de la Virgen.



LA PRESENTACIÓN DE LA THEOTOKOS EN EL TEMPLO

La segunda gran fiesta de la Theotokos es la celebración de su presentación como niña en el Templo de Jerusalén, que se festeja el día 21 de noviembre. Tal como la fiesta de su nacimiento, esta fiesta de María carece de evidencias bíblicas e históricas directas. No obstante, al igual a su Natividad, es una fiesta llena de importante significado espiritual para el creyente cristiano.

Los textos de esta celebración cuentan cómo María fue llevada como niña pequeña al templo por sus padres Joaquín y Ana, para que fuera criada allí entre las vírgenes consagradas al servicio del Señor hasta que fueran desposadas en matrimonio. Según la Tradición de la Iglesia, la Virgen fue recibida solemnemente en el templo por la comunidad del templo, encabezada por el sacerdote Zacarías, el padre de San Juan Bautista. Fue conducida al santuario para ser “alimentada” allí por los ángeles, con el fin de que ella misma llegara a ser el “santo de los santos” de Dios, el santuario y templo vivo del Divino Niño que habría de nacer de ella.

Sin duda, los versos del Salmo 45 del Antiguo Testamento, que se emplean extensamente en los oficios de la fiesta, fueron una gran inspiración para la celebración de la consagración de María al servicio de Dios en el Templo de Jerusalén.

Oye, hija, y mira, e inclina tu oído; Olvida tu pueblo, y la casa de tu padre; Y deseará el rey tu hermosura; E inclínate a él, porque él es tu señor.

Toda gloriosa es el hija del rey en su morada; de brocado de oro es su vestido. Con vestidos bordados será llevada al rey; Vírgenes irán en pos de ella, compañeras suyas serán traídas a ti. Serán traídas con alegría y gozo; Entrarán en el palacio del rey.

En lugar de tus padres serán tus hijos, A quienes harás príncipes en toda la tierra. Haré perpetua la memoria de tu nombre en todas las generaciones, Por lo cual te alabarán los pueblos eternamente y para siempre. (Salmo 45, 10-17)

La Iglesia Ortodoxa considera estas palabras del salmo como una profecía directamente relacionada con María la Theotokos. Según el Evangelio de San Lucas que se lee en la Vigilia de cada una de sus fiestas, María misma pronuncia las siguientes palabras:

Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Porque ha mirado la bajeza de su sierva; Pues he aquí, desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones. Porque me ha hecho grandes cosas el Poderoso; Santo es su nombre, Y su misericordia es de generación en generación a los que le teman. (Lucas 1,47-50)

El tema principal de la fiesta de la Presentación de María en el Templo, que se repite varias veces en los oficios litúrgicos, es que ella entra al Templo para llegar a ser ella misma el templo viviente de Dios. De esta manera inaugura el Nuevo Testamento en que se cumplen las profecías de antaño que “la morada de Dios está con el hombre” y que el ser humano es la única morada posible de la Presencia Divina. (Ezequiel 37, 27; Juan 14, 15-23; Hechos 7, 47; II Corintios 6, 11; Efesios 2, 18-22; I Pedro 2, 4; Apocalipsis 22, 1-4)

Hoy es el preludio de la buena voluntad de Dios y es el principio de la predicación salvadora a la humanidad. La Virgen se presenta claramente en el templo de Dios y preanuncia Cristo a todos. Aclamemos con voz potente diciendo: ¡Salve, tú eres el cumplimiento del plan redentor del Creador! (Tropario)

El Templo purísimo del Salvador, Preciosa Morada y Virgen, Sagrado Tesoro de la Gloria de Dios, es presentado hoy a la casa del Señor, trayendo consigo la gracia del Espíritu Divino, que los ángeles de Dios alaban. ¡Verdaderamente Ella es la Morada de los Cielos! (Kontakion)

En el oficio de Vísperas, se lee el capítulo cuarenta del libro de acerca de la edificación del templo, junto a pasajes del libro de Primer Reyes y de la Profecía de Ezequiel. Cada una de estas lecturas finaliza con exactamente las mismas palabras: “pues la gloria del Señor ha llenado la morada del Señor Dios Todopoderoso.” (Éxodo 40,35; I Reyes 8,11; Ezequiel 44,4)

Nuevamente en esta fiesta, se interpretan las lecturas tomadas del Antiguo Testamento como símbolos de la Madre de Dios. Esta “gloria del Señor” es lo que “llena” la Madre de Dios y a todos aquellos que “oyen la palabra de Dios y la guardan”, como proclama el Evangelio de la Divina Liturgia para la fiesta. (Lucas 11,27-28) La Epístola designada para la Divina Liturgia proclama exactamente el mismo tema. (Hebreos 9,1-7)

Así, la fiesta de la Entrada, o la Presentación, de la Theotokos en el Templo, es la que celebra el término del templo físico en Jerusalén como la morada de Dios. Cuando la niña María entra al templo, la época del templo llega a su fin, y se revela el “preludio de la buena voluntad de Dios”. En este festejo celebramos, en la persona de la Madre de Cristo Dios, que nosotros también somos templo y morada del Señor.

Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. (II Cor. 6, 16; Isaías 52, 11)



LA DORMICIÓN DE LA THEOTOKOS

La fiesta de la Dormición de la Theotokos es celebrada el día 15 de agosto, precedida por un ayuno de dos semanas. Celebra la muerte, resurrección y glorificación de la Madre de Cristo. Proclama que María ha sido llevada por Dios hasta el reino celestial de Cristo en la plenitud de su existencia espiritual y corporal.

Tal como ocurre en el caso de la Natividad de María y la fiesta de su entrada al templo, no existen fuentes históricas o bíblicas para esta fiesta. La Tradición de la Iglesia nos enseña que María falleció tal como los demás, no voluntariamente como en el caso de Su Hijo, sino por la necesidad de su naturaleza humana mortal invisiblemente unida a la corrupción de este mundo.

La Iglesia Ortodoxa enseña que María carece de todo pecado personal. No obstante, en el texto del Evangelio de la fiesta, en los oficios litúrgicos y en el icono de la Dormición, la Iglesia proclama del mismo modo que María verdaderamente necesitaba ser salvada por Cristo tal como todos los demás seres humanos son salvados de las tribulaciones, sufrimientos y muerte de este mundo; y que, en verdad habiendo fallecido, fue levantada por su Hijo como la Madre de la Vida, y ya participa en la vida eterna del paraíso que es prometida a todos los que “oyen la palabra de Dios y la guardan.” (Lucas 11,27-28)

En tu alumbramiento conservaste tu virginidad y en tu dormición no olvidaste al mundo, oh Madre de Dios. Puesto que te has trasladado a la Vida, oh Madre de la Vida; por tu intercesión libra de la muerte a nuestras almas. (Tropario)



Ni la tumba, ni la muerte, pudo contener la Theotokos, quien es constante en oración y nuestra firme esperanza en la intercesión. Siendo la Madre de la Vida, fue trasladada a la Vida, por Aquel que habitó en su vientre siempre virginal. (Kontakion)

Los servicios de la fiesta repiten el tema principal, que la Madre de la Vida ha pasado “al gozo celestial, al regocijo divino, y a la alegría eterna” del Reino de Su Hijo. (verso de las Vísperas) Las lecturas del Antiguo Testamento, así como las lecturas del Evangelio para la Vigilia y para la Divina Liturgia, son exactamente las mismas que se leen para las fiestas de la Natividad de la Virgen y la de su Presentación en el Templo. Así, en Matutinos nuevamente escuchamos a María decir, **“Engrandece mi alma al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.” (Lucas 1,47)** Durante la Divina Liturgia, escuchamos la carta a los Filipenses en que San Pablo habla de cómo Cristo se despojó de sí mismo y concedió tomar forma de siervo humano y aceptar la muerte, hasta muerte en la cruz, para ser **“exaltado a lo sumo”** por Dios su Padre. **(Filipenses 2,5-11)** Una vez más en el Evangelio, se nos proclama que la bienaventuranza de María pertenece a todos los que “oyen la palabra de Dios, y la guardan.” **(Lucas 11, 27-28)**

Así, la fiesta de la Dormición de la Theotokos, es la en que celebramos que todos los seres humanos son “exaltados a lo sumo” en la bienaventuranza del Cristo victorioso, y que esta exaltación a lo sumo ya ha sido realizada en la Virgen María Theotokos. La fiesta de la Dormición es el signo, la garantía, y la celebración de que la suerte que tuvo María, espera también a todos aquellos cuyas almas magnifican al Señor, cuyos espíritus se regocijan en Dios el Salvador, y cuyas vidas son totalmente dedicadas a escuchar y a guardar la Palabra de Dios otorgada a todo ser humano en el Hijo de María, el Salvador y Redentor del mundo.

En conclusión, se debe insistir nuevamente, que en todas las fiestas de la Theotokos en la Iglesia, los cristianos ortodoxos celebran hechos concretos de su propia vida en Cristo, y en el Espíritu. Lo que sucede a María, sucede también a todo aquel que imita su santa vida de humildad, obediencia y amor. Junto a ella, todos los seres humanos serán “bendecidos” para ser **“más venerable que los querubines e incomparablemente más gloriosa que los serafines,”** si siguen a su ejemplo. Todos darán a luz a Cristo mediante el Espíritu Santo. Todos llegarán a ser templos del Dios viviente. Cada ser humano que viva la vida que María vivió, participará de la vida eterna de Su Reino.

En este sentido, todo lo que se alaba y se glorifica en María, es signo de lo que se ofrece a toda persona en la vida de la Iglesia. Por eso María, con el divino niño Jesús dentro de ella, es llamada en la Tradición Ortodoxa, la Imagen de la Iglesia. Pues la asamblea de los salvados es aquellos en quienes Cristo habita.

LA ELEVACIÓN DE LA SANTA CRUZ



La Cruz de Cristo fue encontrada en el siglo cuarto por Santa Elena, la madre del Emperador Constantino. Luego fue tomada por los persas, mas en el siglo séptimo el Emperador Heraclio la recuperó, y en esta oportunidad fue elevada en la Iglesia de la Santa Resurrección en Jerusalén. Son estos dos grandes acontecimientos históricos que la fiesta de la Elevación de la Santa Cruz, celebrada el día catorce de Septiembre, conmemora. Desde su elevación en Jerusalén en el siglo séptimo, la “elevación universal” de la Cristo fue celebrada anualmente en todas las iglesias del imperio cristiano.

El día de la Elevación de la Cruz llegó a ser como una fiesta nacional para el Imperio Cristiano Oriental, de modo similar a la celebración del 18 de septiembre en Chile o el 7 de septiembre en Brasil. La Cruz, emblema oficial del imperio, era colocada en todos los edificios públicos y en los uniformes de las personas, y elevada en oficios litúrgicos por los obispos y sacerdotes. Bendecían los cuatro puntos

cardinales del universo con la Cruz, mientras los fieles cantaban “Señor, ten piedad,” una y otra vez. Hasta el día de hoy, todavía celebramos este mismo ritual en nuestras iglesias después de la solemne presentación y elevación de la Cruz, después de la Gran Doxología de Matutinos o bien, en algunas parroquias, después de la Divina Liturgia.³⁸

El tropario de la fiesta era, se podría decir, como el himno nacional que se cantaba en todas ocasiones públicas de los Imperios Cristianos de Bizancio y de Rusia, originalmente rogaba a Dios a salvar al pueblo, concederles la victoria en las guerras, y a conservar el imperio “por el poder de la Santa Cruz.” Sin embargo, hoy en día, este tropario tal como todos los demás himnos del día son “espiritualizados”; los “enemigos”³⁹ ahora se refieren a los espiritualmente malos, incluyendo al diablo y todas las fuerzas del mal, y, en lugar de pedir por los gobernantes del estado individualmente, se pide ahora por todos los “cristianos ortodoxos,” y el mundo entero.

Salva, oh Señor, a Tu Pueblo, y bendice a Tu Heredad. Concede a Tu Iglesia la victoria sobre sus enemigos. Y protege al mundo por Tu Santa Cruz. (Tropario)

38 En parroquias que siguen la tradición rusa, generalmente se celebra una vigilia en la víspera de la fiesta, que consiste en la celebración de Vísperas y Matutinos juntos. Si este es el caso, la ceremonia de la Elevación de la Cruz se realiza después de la Gran Doxología de Matutinos. En parroquias de tradición árabe o griega, sin embargo, el oficio de Matutinos es celebrado en la mañana de la fiesta misma, antes de la Divina Liturgia. La elevación de la Cruz puede hacerse entonces después de la Doxología, o bien, al final de la Divina Liturgia, para que el mayor número posible pueda participar en ella.

39 Los adversarios aquí mencionados originalmente se referían a los enemigos del estado

Oh Cristo Dios, Tú que voluntariamente fuiste elevado sobre la Cruz por nosotros, ten compasión a tu pueblo nuevo llamado por Tu nombre. Regocija a todos los cristianos ortodoxos por Tu poder, otorgándoles la victoria sobre sus enemigos, y concediéndoles el trofeo invencible, Tu arma de paz. (Kontakion)

La fiesta de la Elevación de la Santa Cruz, a pesar de que obviamente tuvo un origen político, goza de gran significado en la Iglesia hoy. Es un día de ayuno y de oración, un día en el que recordamos que la Cruz es el único signo o símbolo digno de toda nuestra lealtad, y que nuestra salvación viene, no por ninguna clase de victoria terrenal, sino por la única verdadera y duradera victoria de la Crucifixión de Cristo y nuestra co-crucifixión junto a Él.

Cuando elevamos la Cruz y nos postramos ante ella en veneración y en adoración a Dios, proclamamos que pertenecemos al Reino que no es de este mundo, y que nuestra única ciudadanía verdadera, que perdura por siempre, es con los santos en la “ciudad de Dios”. (**Efesios 2,19; Hebreos 11,10; Apocalipsis 21-22**)

La primera lectura del Antiguo Testamento indicada para el oficio de Vísperas habla del “árbol” que cambia las aguas amargas en dulces: el símbolo del Árbol de la Cruz. (Éxodo 15,22-16,1) La segunda lectura nos recuerda que el Señor reprocha y corrige a quienes ama y que la Divina Sabiduría es “árbol de vida a los que de ella echan mano, y bienaventurados son los que la retienen.” (**Proverbios 3,11-18**) Nuevamente representa una referencia a la Cruz la cual es, tal como proclama la lectura de la Epístola del día, “para los llamados, ... poder de Dios y sabiduría de Dios.” (**I Corintios 1, 18-25**)

La tercera lectura del Antiguo Testamento es de la Profecía de Isaías que habla de la “ciudad del Señor” en donde habitan juntos gentiles y judíos y “vendrán humillados” a los pies de Dios y conocerán que “yo el Señor soy el Salvador tuyo y el Redentor tuyo”, el Poderoso de Jacob.” (**Isaías 60, 11-16**) Aquí encontramos la referencia directa a la ciudad de Dios donde los seres humanos adorarán a sus pies; y junto al verso del salmo que se repite constantemente en estos oficios y que nos llama a “postraos ante el estrado de sus pies” (**Salmos 99, 5; 110, 1, etc.**)

Ante Tu Cruz nos postramos, oh Señor, y Tu Santa Resurrección glorificamos. (Himno de la Veneración de la Santa Cruz)

Este himno, fundamental en la celebración de la fiesta de la Cruz, es cantado una y otra vez durante los ocho días de su celebración en la Iglesia. Reemplaza al Trisagion en la Divina Liturgia. En el oficio de Matutinos, el Evangelio es de San Juan, en que Cristo afirma que cuando sea elevado en la Cruz, traerá a todos a sí mismo. (**Juan 12, 28-36**) La lectura del Evangelio para la Divina Liturgia es el largo relato de la pasión de Cristo, también tomada del Evangelio según San Juan.

Así, en la Elevación de la Santa Cruz, los cristianos vuelven a dedicarse al Señor crucificado y prometan su lealtad absoluta a Él, mediante su veneración de la Vivificadora Cruz y su adoración de Cristo Crucificado. Esto es el significado que tiene esta fiesta eclesíástica, día de ayuno y arrepentimiento, en la Iglesia hoy día.

OTRAS FIESTAS

Todos los días del año, la Iglesia Ortodoxa conmemora a algunos santos o acontecimientos sagrados en su historia. Además de las doce fiestas mayores ya mencionadas, la Iglesia Ortodoxa entera celebra varios otros días con especial solemnidad litúrgica y espiritual.

Uno de los principales fiestas universalmente celebrada por la Iglesia Ortodoxa es la de San Juan Bautista, acerca de quien Cristo dijo: “Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista.” (**Mateo 11, 11; Lucas 7, 28**) También se celebran las fiestas de los Apóstoles en las iglesias. Una de las fiestas más importantes entre éstas es la de San Pedro y San Pablo, celebrada el 29 de junio. En preparación a esta fiesta, la Iglesia prescribe un periodo de ayuno. Este ayuno comienza el segundo lunes después de Pentecostés, y se finaliza en la fiesta.⁴⁰ En las iglesias pertenecientes al Patriarcado de Antioquía, esta fiesta posee especial solemnidad, ya que estos dos grandes figuras son los santos patrones del Patriarcado. Ciertos otros santos son venerados de manera especial en todo el mundo también, como por ejemplo, San Nicolás, San Jorge, el Profeta San Elías, y el Arcángel Miguel, junto a los tres Doctores de la Iglesia, San Gregorio el Teólogo, San Basilio el Magno y San Juan Crisóstomo.

Cada una de las iglesias locales celebra la fiesta de santos de particular importancia en su historia o espiritualidad. Es así entonces, que la Iglesia Ortodoxa Rusa venera con especial devoción a los santos Vladimir, Serio, Tikon y Serafín; la Iglesia Ortodoxa Griega a los santos Spiridon, Demetrio y Nectario; la Iglesia Ortodoxa de tradición Árabe a San Jorge, San Elián de Homs, y San José de Damasco; San Sava en la Iglesia Serba; y San Germán de Alaska en Norteamérica.

Además de aquellas fiestas que poseen especial significado en las distintas iglesias locales, existe también la práctica en ciertas ciudades, pueblos o monasterios, de tener celebraciones litúrgicas especiales en veneración de ciertos santos o acontecimientos de particular importancia para ellos. Entonces, el año litúrgico ortodoxo también incluye los nombres de ciertos santos celebrados con gran solemnidad en muy pocos lugares, o incluso en un solo lugar, en donde tienen especial importancia para los fieles.

En la Iglesia Ortodoxa, las fiestas litúrgicas no son “instituciones” legisladas por alguna autoridad eclesiástica aparte del interés y consentimiento de los fieles. Las fiestas de la Iglesia, e incluso la canonización de los santos, siempre provienen de la devoción viva de los fieles. Si no existiera ningún interés o veneración popular de alguna persona santa, no habría ninguna canonización ni fiesta litúrgica establecida en su honor. Sin embargo, una vez que alguien haya sido reconocido como santo, y se afirma que Dios mismo presenta a esta persona como testigo vivo de Él y de Su Reino, entonces la jerarquía de la Iglesia establecerá el día de la fiesta y escribirá el oficio litúrgico y los himnos adecuados para ser utilizados en su celebración. La frecuencia y el fervor de la celebración dependerán entonces únicamente de la voluntad de los fieles, y una vez establecida, la fiesta sólo podría dejar de celebrarse en forma orgánica, del mismo modo en que apareció. Jamás podría ser “des-establecida”, por decir, por ningún decreto de alguna autoridad eclesiástica.

40 Ya que la fecha en que se celebra Pentecostés varía año a año, dependiendo de la fecha de la Pascua de Resurrección, el día en que se comienza el ayuno de San Pedro y San Pablo también varía.

V - LA DIVINA LITURGIA

LA DIVINA LITURGIA

La palabra **liturgia** significa **obra común** o **acción común**. La **Divina Liturgia** es la obra común de la Iglesia Ortodoxa. Es la acción oficial de la Iglesia precisamente reunida como el elegido Pueblo de Dios. La palabra **Iglesia**⁴¹ quiere decir, una asamblea de personas específicamente escogidas y llamadas aparte para llevar a cabo una obra en particular.

La Divina Liturgia es la acción común de los Cristianos Ortodoxos reunidos oficialmente como iglesia. Es la acción de la Iglesia reunida por Dios, para estar juntos en una sola comunidad, para adorar a Dios Todopoderoso, rezar, cantar, escuchar la Palabra de Dios, ser instruidos en la enseñanza de Dios, ofrecerse con agradecimiento en Cristo a Dios Padre, y tener la experiencia viva del Reino Eterno de Dios con el mismo Cristo que está presente en Su Pueblo mediante el Espíritu Santo.

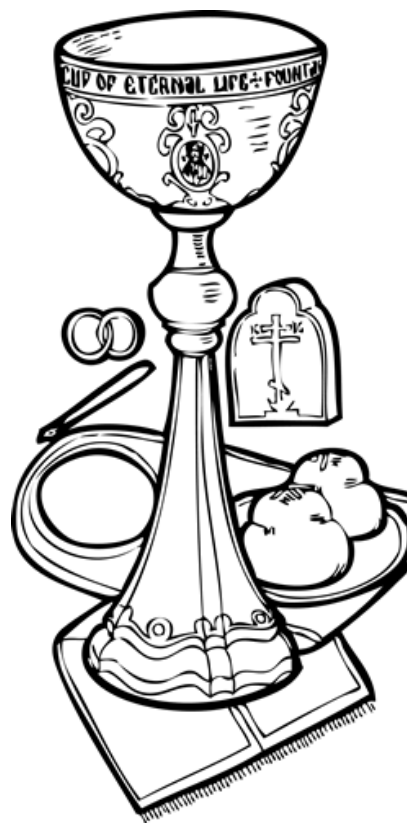
Todos los **domingos**, es decir, el **Día del Señor**, se celebra la Divina Liturgia, el “día después del sábado, el día después del día de descanso,” el cual es simbólico del primer día de la creación y el último o, como se le llama en la Santa Tradición, **el octavo día del Reino de Dios**. Esto es el día de la Resurrección de Cristo de entre los muertos, el día del juicio y victoria de Dios predicho por los profetas, el **Día del Señor** que inaugura la presencia y el poder del “reino que ha de venir” que ya está presente en la vida de este mundo.

La Iglesia también celebra la Divina Liturgia en días especiales de festivo. En los monasterios, generalmente se celebra a diario; así también en algunas catedrales y parroquias grandes, con la excepción de los días de semana de la Gran Cuaresma cuando la Iglesia no permite su celebración debido a su carácter pascual. (ver comentario en el capítulo anterior)

Como la acción común del Pueblo de Dios, la Divina Liturgia puede ser celebrada solamente una vez al día en una comunidad cristiana ortodoxa. Todos los miembros de la Iglesia deben estar reunidos junto a su pastor en un solo lugar al mismo tiempo. Esto incluye también a los niños pequeños y bebés quienes participan plenamente en la comunión de la liturgia, desde el día de su entrada a la iglesia mediante el Bautismo y la Crismación. **Siempre todos, siempre juntos**. Esta es la expresión tradicional de la Iglesia Ortodoxa acerca de la Divina Liturgia.

Debido a su carácter comunitario, no se puede celebrar la Divina Liturgia privadamente, sólo por clero, ni únicamente para alguna intención o necesidad específica, excluyendo a los demás miembros de la comunidad. La Liturgia es siempre para la comunidad entera. Lo que sí pueden haber, y generalmente hay, son peticiones especiales para algún enfermo o difunto durante la Divina Liturgia, o para algún proyecto o causa importante. Sin embargo, nunca se celebra la Divina Liturgia exclusivamente para individuos, causas, o intenciones aisladas. La Divina Liturgia es siempre “por todos y por todo.”

41 Esta palabra proviene del griego, ecclesia, de las raíces **kláo** (verbo, llamar) y **ek** (preposición, fuera, aparte, fuera de).



La Divina Liturgia existe única y exclusivamente como el acto supremo y total de adoración, oración, enseñanza y comunión de toda la Iglesia, en el cielo y sobre la tierra. No puede simplemente considerarse como una devoción entre muchas, ni tampoco como la mayor o la más grande. La Divina Liturgia no es un acto de devoción personal, ni tampoco es un oficio de oración. No es meramente uno de los sacramentos. La Divina Liturgia es el sacramento común de la esencia propia de la Iglesia misma. Es la manifestación sacramental de la esencia de la Iglesia como la Comunidad de Dios en el cielo y en la tierra. Es la revelación sacramental única de la Iglesia como Cuerpo y Esposa Místicos de Cristo.

Ya que es la acción mística central de la Iglesia entera, el espíritu de la Divina Liturgia es siempre de carácter resurreccional. Es siempre la manifestación del Cristo Resucitado a su pueblo. Es siempre comunión con Dios Padre. Por lo tanto, la Divina Liturgia jamás es triste, ni de un carácter penitencial. Nunca es expresión de la oscuridad y muerte de este mundo. Es en cambio, invariablemente, la expresión y experiencia de la Vida Eterna del Reino de la Santísima Trinidad.

La Divina Liturgia más frecuentemente celebrada por la Iglesia Ortodoxa se llama **Liturgia de San Juan Crisóstomo**. Además, en diez oportunidades durante el año litúrgico de la Iglesia, se celebra la **Liturgia de San Basilio el Magno**,⁴² algo más larga que la de San Juan Crisóstomo. Estas dos liturgias probablemente recibieron su forma actual después del siglo nueve, lo que significa que los santos a quienes se atribuye las mismas no las escribieron como las conocemos en la actualidad. Sin embargo, las oraciones eucarísticas de cada una de estas dos liturgias fueron formuladas entres los siglos cuarto y quinto, en la época en que estos dos grandes santos, San Juan Crisóstomo y San

42 La Divina Liturgia de San Basilio el Magno se celebra en los siguientes días: Los cinco domingos de la Gran Cuaresma, el Gran Jueves Santo por la mañana, el Gran Sábado Santo por la mañana, la Víspera de la Navidad, la Víspera de la Epifanía, y el 1° de Enero, que es el día en que se conmemora a San Basilio.

Basilio el Magno, vivieron y trabajaron en la Iglesia.

La Divina Liturgia consiste en dos partes principales. La primera parte, **Sinaxis de la Palabra o Liturgia de los Catecúmenos**, tiene su origen en las asambleas de la sinagoga del Antiguo Testamento, y se centra en la proclamación de la Palabra de Dios y en la reflexión de ella. La segunda parte de la Divina Liturgia es el Sacrificio Eucarístico, **Sinaxis Eucarística o Liturgia de los Fieles**. Se origina en los sacrificios del Templo veterotestamentario, los sacrificios sacerdotales del Pueblo de Dios, y en el central acontecimiento salvífico del Antiguo Testamento: la Pascua.

En la Iglesia del Nuevo Testamento, Jesucristo es la Palabra Viva de Dios, y lo que se proclama y medita en la primera parte de la Divina Liturgia es el Evangelio y los escritos apostólicos. De la misma manera, en la Iglesia cristiana, el acontecimiento salvífico central es el sacrificio eterno, único, perfecto y completo, de Jesucristo, el *Único Gran Sumosacerdote* quien es, además, el **Cordero de Dios** inmolado para la salvación del mundo, la **Nueva Pascua**. En la Liturgia eucarística, los fieles cristianos participan en el voluntario auto-sacrificio de Cristo al Padre, obrado una vez para siempre en la Cruz por el poder del Espíritu Santo. En y mediante este sacrificio único de Cristo, los fieles cristianos ortodoxos participan en la Santa Comunión con Dios.

Durante siglos, fue la práctica de la Iglesia admitir a todos a la primera parte de la Divina Liturgia, mas reservar la segunda parte única y exclusivamente para los que estaban formalmente comprometidos con Cristo mediante el Bautismo y Crismación en la Iglesia. Las personas que no habían sido bautizadas no podrían siquiera observar el ofrecimiento y la recepción de la Santa Comunión por parte de los fieles cristianos. Así la primera parte de la Divina Liturgia llegó a llamarse la **Liturgia de los Catecúmenos**, es decir, la liturgia de aquellos que recibían instrucciones en la Fe Cristiana para luego ser miembros de la Iglesia al ser bautizados y crismados. También llegó a llamarse esta primera parte de la Divina Liturgia, por razones obvias, la **Liturgia de la Palabra**. La segunda parte llegó a llamarse la **Liturgia de los Fieles**.

Hoy en día, sin embargo, por lo general se permite a los cristianos no-ortodoxos, e incluso a los no-cristianos, a ser testigos de la Divina Liturgia entera (la Liturgia de los Catecúmenos y también la de los Fieles). No obstante, todavía es costumbre reservar la participación en los dones eucarísticos de la Santa Comunión solamente para los miembros de la Iglesia Ortodoxa plenamente comprometidos a la vida y enseñanza de la Fe Ortodoxa tal como han sido conservadas, proclamadas y practicadas por la Iglesia a lo largo de su historia.

En el comentario que a continuación haremos sobre la Divina Liturgia, enfocaremos nuestra atención en lo que sucede en la Iglesia durante su “acción común”. De este modo intentaremos penetrar el significado fundamental y esencial de la liturgia para el ser humano, su vida y su mundo.⁴³

43 Esta manera de aproximarse a la Divina Liturgia y comprenderla es bastante distinta a las típicas interpretaciones que tratan a la Divina Liturgia como una actuación dramática llevado a cabo por el clero, a la cual los fieles asisten, y en que cada parte de ella representa algún aspecto de la vida de Cristo (por ejemplo, la Preparación representa el nacimiento de Cristo, la pequeña entrada representa el comienzo de su ministerio, la lectura del evangelio representa su predicación, etc. Esta clase de interpretación fue ideada en siglos posteriores y, aunque puede ser interesante e inspiradora para algunos, es de hecho absolutamente alejado a lo que la Divina Liturgia en la Iglesia Ortodoxa realmente significa y propone.

LA PROSKOMIDIA O LA PREPARACIÓN

Antes de que la Divina Liturgia se inicie, el sacerdote entra al santuario después de rezar oraciones preparatorias, y se reviste de sus ornamentos litúrgicos. Luego se dirige a **la mesa de la oblación (o la mesa de la ofrenda)** para preparar el pan y el vino, los dones que serán utilizados en la Santa Comunión. Esta parte de la Divina Liturgia se llama la **prótesis** o la **proskomidia**, lo que quiere decir **preparación**.

En su forma actual, la proskomidia probablemente data del siglo catorce. Cuando un obispo celebra la Divina Liturgia, el sacerdote comienza la proskomidia antes del inicio de la Liturgia de la Palabra, y luego, justo antes de la Gran Entrada, el obispo reza las últimas oraciones de este rito, completando la preparación. Si el obispo no está presente, se hace completamente antes de la Divina Liturgia.

En la proskomidia, el sacerdote primero corta una cubo grande del medio de un pan llamado “prósfora”, que se ofrecerá en la Liturgia. Este cubo de pan se llama el **Cordero**. Representa a Cristo, el **“Pan de vida... que descendió del cielo,”** el **“Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.”** (Juan 6, 35. 58; 1,29)

Mientras el sacerdote corta el Cordero del pan, repite los versículos de la profecía de Isaías: **“Fue conducido como cordero al matadero...”** (Isaías 53,7-8) Corta el Cordero de modo que el sello con el cual se marca el pan, esté encima, en el medio. El sello es de forma cuadrada con los símbolos de Jesucristo (**IC XC**)⁴⁴ arriba y Vencedor (**NI KA**)⁴⁵ abajo. Luego, por el dorso, se marca el Cordero en forma de cruz, de modo que fácilmente puede ser separado en cuatro partes en el momento de la Santa Comunión. (ver explicación más abajo). El sacerdote también hace un corte en el costado del Cordero con el cuchillo litúrgico, tradicionalmente llamado la **lanza**, repitiendo las palabras de Juan 19, 34-35: **“Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua. Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis.”** Acto seguido coloca el Cordero en la patena.

Luego de verter vino mezclado con agua en el cáliz, el sacerdote corta otro pedazo de pan en forma de triángulo y lo coloca en la patena al lado del Cordero, en memoria de la Theotokos. Acto seguido corta y coloca otros nueve pedacitos de pan en la patena en memoria de San Juan Bautista, los profetas, apóstoles, jerarcas, mártires, santos monásticos, los sanadores, y todos los justos de Dios, con especial mención del santo cuya memoria se recuerda en ese día. Y el noveno pedazo es reservado para el santo que es autor de la Liturgia celebrada. También se coloca en la patena, un pedacito de pan pidiendo por el obispo de quien recibió la imposición de manos para el Sacramento del Orden, y otro por el obispo de la diócesis; otro por las autoridades civiles de la nación, y otros por cada uno de los fieles cristianos vivos y muertos (nombrándoles uno por uno) por quienes en especial se pide en esa Divina Liturgia. (Ver diagrama)

44 La primer y última letra de la palabra “Jesús” en griego, y la primera y última letra de la palabra “Cristo” en griego.

45 Del verbo griego que significa “vencer”.

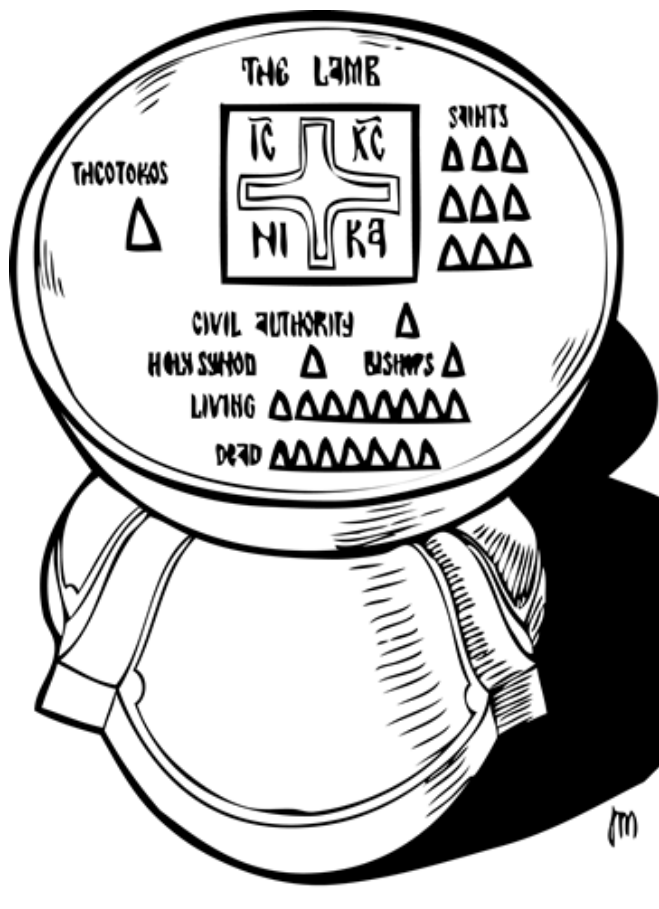
Luego se tapan el cáliz y la patena con cubiertas especiales, mientras el sacerdote reza el **Salmo 93** y otros versículos de los salmos, bendiciendo la ofrenda con incienso. Finalmente reza la siguiente oración:

Oh Dios Nuestro, Tú que has enviado el pan celestial, alimento del mundo entero, Nuestro Señor y Dios Jesucristo, para ser nuestro Salvador, Redentor y Benefactor, que nos bendice y nos santifica. Bendice esta ofrenda y recíbela en Tu Altar Celestial.

Acuérdate de los que la han ofrecido, y de aquellos por quienes la ofrecen, porque Tú eres Bueno y amas a la humanidad. Guárdanos sin condenación durante la celebración de tus divinos misterios. Porque santificado y glorificado es Tu honorable y magnífico nombre; del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amen.

Después de esta oración, siguen la despedida menor y bendición, concluyendo de esta forma el oficio de la proskomidia o la preparación.

La proskomidia representa una parte de la Divina Liturgia que fue desarrollada bastante tardíamente. Significa la reunión de toda la Iglesia de Dios en una gran asamblea: Cristo la Cabeza, junto a la Theotokos y a todos los miembros de Su Cuerpo, aquellos que ya han sido glorificados con Él en la presencia del Padre, junto a todos los fieles discípulos en la tierra. La proskomidia claramente demuestra que la liturgia eucarística es siempre la acción de la Iglesia entera, con Jesucristo a su cabeza, y que es siempre ofrecida “por todos y por todo.”



BENDITO SEA EL REINO

Después de la proskomidia, el sacerdote (o el diácono) inciensa el altar, los santos iconos y todo el templo mientras repite las palabras que confiesan la plenitud de la presencia de Cristo: en la tumba corporalmente, en los infiernos, en alma, como Dios, en el paraíso con el ladrón, Tú estas en el trono con el Padre y el Espíritu, “llenando todas las cosas, Tú mismo no siendo circuncidado.” También recita el salmo penitencial, 50(51) “ **Ten misericordia de mí, oh Dios, según tu gran misericordia,...**”

Luego de la incensación, los celebrantes rezan la oración, Oh Rey Celestial⁴⁶, implorando la presencia del Espíritu Santo. Recitan también la salutación angelical, “**Gloria a Dios en las Alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.**” Se abren las Puertas Reales del iconostasio,⁴⁷ y se da comienzo la Divina Liturgia.

La primera exclamación de la Divina Liturgia revela una clave de la celebración entera:

Bendito sea el Reino del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amen.

Con estas palabras, el sacerdote anuncia la fuente y la meta del oficio divino de todo el Pueblo de Dios, el propio contexto y contenido de toda la acción litúrgica. Es el Reino de Dios traído al mundo por Jesucristo, el Hijo de Dios, que ya reina místicamente en los fieles discípulos de Cristo, por la presencia y el poder del Espíritu Santo.

El Reino de Dios consiste en vida eterna en comunión con Dios, en obediencia con amor a su voluntad divina. Es vida en unión a la Santísima Trinidad; vida que se vive junto al Padre, mediante el Hijo, por el Espíritu Santo. Es la vida que Cristo ha otorgado a los seres humanos por su encarnación, crucifixión, resurrección y glorificación. Es la vida que el Pueblo de Dios ya ha de vivir en este mundo.

Bendecir el Reino de Dios significa amarlo como el bien más querido. La respuesta de los fieles a la bendición proclamada por el sacerdote es “**Amen**”, que quiere decir “**así sea**”. Esta es la solemne afirmación de que es digno y justo bendecir el Reino de Dios; es decir, amarlo con todo nuestro ser. Es confirmar que el Reino es en verdad “la perla de gran precio” para los fieles, que una vez que la hayan encontrado, la amarán y la servirán, y desearán tenerla siempre. (**Lucas 13, 14**)

Los únicos oficios de la Iglesia que comienzan con las palabras “Bendito sea el Reino del Padre,...” son la Divina Liturgia y los otros sacramentos que originalmente estaban integrados a la celebración eucarística, como el Bautismo, la Crismación y el Matrimonio.

46 Oh Rey Celestial, Paráclito, Espíritu de Verdad, que estás en todas partes y llenas todas las cosas. Tesoro de todo bien y dador de la vida. Ven y mora en nosotros, purifícanos de toda mancha y salva nuestras almas, oh Bondadoso.

47 Si recién se ha concluido la celebración de Matutinos, las Puertas Reales por supuesto, ya se encuentran abiertas.

LA LETANIA MAYOR O LETANÍA DE LA PAZ

Después de la proclamación que da inicio a la Divina Liturgia, se entona la **Letanía Mayor**. Esta letanía da comienzo a cada oficio litúrgico celebrado en la Iglesia Ortodoxa, así como virtualmente todo sacramento y oficio especial. Es la oración de la iglesia entera, que pide por todos y por todo. Consiste en una serie de peticiones (hechas por el celebrante, sea sacerdote o diácono), a las cuales los fieles responden, **“Señor, ten piedad” (en griego: Kirie eleison)**.

La Letanía Mayor comienza con las palabras **“En paz roguemos al Señor”** y **“Por la paz que viene de lo alto...”**. Luego los fieles ruegan a Dios por su eterna salvación; por el bienestar de las santas iglesias de Dios y por la unión de todas; por los fieles que habitan en la comunidad; por los obispos, sacerdotes, diáconos y todos los miembros de la Iglesia; por la nación y sus autoridades civiles e instituciones; por la ciudad dónde se encuentra la iglesia y todas las ciudades, el país y todos los países; por tiempos pacíficos y abundancia de los frutos de la tierra; por los viajeros, los enfermos, los que sufren y los cautivos.

Finalmente, después de pedir a Dios que seamos libres de toda aflicción, ira y necesidad, e implorar su divina ayuda, salvación, misericordia y protección, los fieles recuerdan la Theotokos y a todos los santos, y se encomiendan ellos mismos y unos a otros, y toda su vida, a Cristo Dios.

La Letanía Mayor luego se finaliza con una Doxología propia de la Santísima Trinidad, a quien se debe toda gloria, honor y adoración por los siglos de los siglos. Una vez más se concluye la oración con el **“Amen”** de todos los fieles.

LAS ANTÍFONAS

Después de la Letanía Mayor, se cantan himnos que se conocen como las **Antífonas**. Las antífonas son tres, y se llaman así porque antiguamente (y hasta el día de hoy en algunas partes) son cantadas por dos coros en forma alternada.

Históricamente, los fieles cantaban las antífonas mientras caminaban en procesión hasta el lugar donde la Divina Liturgia iba a ser celebrada. Hoy en día, aunque ahora son parte integrante del oficio mismo, todavía forman parte de la gozosa preparación para entrar a la adoración de Cristo Dios, mediante la Palabra del Evangelio y el ofrecimiento de la Santa Comunión y nuestra participación en ella. La primera antífona, entonada tres veces, es dirigida al Salvador, pidiendo nuestra salvación por la intercesión de Su Divina Madre:

Por las intercesiones de la Madre de Dios, oh Salvador, sálvanos.

La segunda, también cantada tres veces, es dirigida al Hijo de Dios, y refleja el carácter pascual de la Divina Liturgia dominical⁴⁸ :

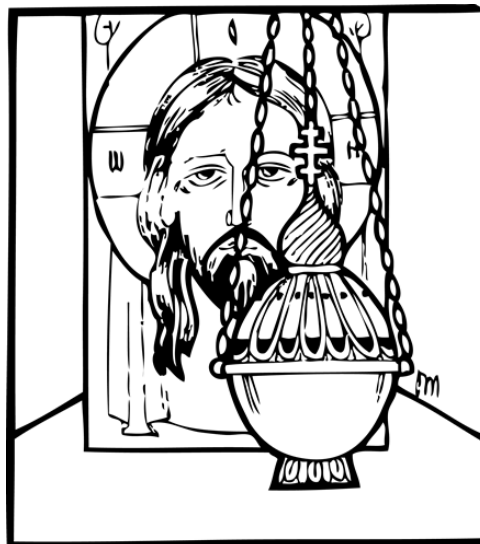
**Sálvanos, oh Hijo de Dios, Tú que resucitaste de entre los muertos.
Te cantamos, aleluya.**

En días de fiestas especiales de la iglesia, se cantan otros textos alusivos al tema del día.⁴⁹

Después de la segunda antífona, siempre se canta un himno atribuido al Emperador Justiniano. Comienza con las palabras, **“Oh Hijo Unigénito y Verbo de Dios,”** y es un himno de fe en la divinidad de Cristo y Su Encarnación, Crucifixión, Muerte y Resurrección, como “uno de la Santa Trinidad” para la salvación de toda la humanidad.

Oh Hijo Unigénito y Verbo de Dios, que siendo inmortal, Te dignaste por nuestra salvación encarnarte de la Santa Madre de Dios y siempre Virgen María. Te hiciste hombre sin mutación y fuiste crucificado, Cristo Dios, pisoteando la muerte con la muerte. Tú que Eres Uno de la Santa Trinidad, glorificado junto con el Padre, y el Espíritu Santo: Sálvanos.

Además de estas dos antífonas y el himno **Oh Hijo Unigénito**, se canta una tercera antífona. En las iglesias de tradición rusa o eslava, ésta generalmente es las **Bienaventuranzas**, del Evangelio según San Mateo (capítulo 5,3-12), con la adición de la frase introductoria, **“Acuérdate oh Señor, de nosotros en Tu Reino.” (Lucas 23,42)** En otras iglesias, sin embargo, la tercera antífona es normalmente el Tropario Dominical, en el tono que corresponda.



⁴⁸ En las iglesias que siguen la tradición rusa, estos textos para la primera y segunda antífonas corresponden a la Divina Liturgia celebrada en días de semana. Los días domingo, sin embargo, se canta el Salmo 103 para la primera antífona, y el Salmo 146 para la segunda.

⁴⁹ Por ejemplo, en la fiesta de la Teofanía, el Bautizo de Jesucristo, se canta, “Sálvanos, oh Hijo de Dios, tú que fuiste bautizado por Juan en el Río Jordán, Te cantamos Aleluya.”, etc.

LA PEQUEÑA ENTRADA

Mientras se canta la Tercera Antífona, sea las Bienaventuranzas o el Tropario del día, se hace lo que se llama la **Pequeña Entrada**. Esta es una solemne procesión de los celebrantes portando el Evangelionario o Libro de los Santos Evangelios. El sacerdote levanta el Evangelionario del altar, se lo da al Diácono, si hay uno, o lo lleva él mismo, sosteniéndolo a la altura de la frente. Caminado alrededor del altar sale por la Puerta Norte y se ubica frente a las Puertas Reales. Si el obispo está celebrando la Liturgia, se le lleva el Libro hasta el trono episcopal, donde él se encuentra desde el comienzo de la misma.

Después de la exclamación, ¡Sabiduría! ¡Estemos atentos!, los celebrantes entran al santuario por las puertas reales del iconostasio mientras se canta el Himno de la Entrada:

Venid, adoremos y prosternémonos ante Cristo. Sálvanos, oh Hijo de Dios, Tú que resucitaste de entre los muertos,⁵⁰ Te cantamos Aleluya!

La Pequeña Entrada es el primer movimiento significativo de la Divina Liturgia. Viene después de la acción litúrgica inicial, que es el reunir de los fieles en asamblea como Iglesia de Dios. La Pequeña Entrada es el movimiento de la Iglesia entera, mediante su Cabeza Jesucristo, en la persona del celebrante, hasta el santuario, el cual simboliza el Reino de Dios. Es el movimiento que fue posibilitado por el Evangelio de Cristo, el Camino al Reino. Sólo puede realizarse siguiendo a Jesús, la Palabra Viva de Dios en carne humana. (**Juan 1, 1-18**)



⁵⁰ La expresión “**Tú que resucitaste de entre los muertos,**” es alusiva al día domingo. En días de semana, se cambia por la frase “**Tú que eres admirable entre Tus Santos,**” mientras en otras fiestas especiales se canta otra oración relevante al tema del día.]Por ejemplo, en la fiesta de Domingo de Ramos se canta, “**Tú que entraste a Jerusalén en un asno de pollino**”, o, en la Teofanía, “**Tú que fuiste bautizado por Juan en el Jordán,**” etc. Se encuentra esta misma variación de frase en la Segunda Antífona los días de semana.

Es imposible acercarse a Dios Padre, salvo mediante Jesucristo, el Hijo de Dios Vivo (**Juan 14,6**). No puede haber comunión con Dios Padre excepto por el cumplimiento de sus mandamientos que son dados por Jesucristo y proclamados en las palabras de Su Evangelio. Es entonces el Evangelio de Cristo, el Hijo de Dios y la Palabra de Dios, que nos lleva hasta el Reino del Padre y a la vida eterna de la Santísima Trinidad, a cuyo Reino entramos y experimentamos en la Divina Liturgia de la Iglesia.

En términos técnicos, la Pequeña Entrada en verdad no se finaliza en el momento en que el clero entra nuevamente al altar. Se finaliza únicamente cuando se canta el **Trisagion**, expresando con los ángeles el **Santo Dios, Santo Poderoso, Santo Inmortal**. Mientras se canta este himno, los celebrantes se dirigen hasta el lugar detrás de la mesa del altar, llamado el **Lugar Alto**, y el celebrante principal se vuelve hacia los fieles y les bendice con el solemne saludo bíblico, “**Paz a todos**”.

Pero antes del canto del trisagion, los fieles cantan el tropario y el kontakion del día. Estos son himnos que alaban los acontecimientos salvíficos o a personas santas que se conmemoran litúrgicamente en ese día. Los días domingo, estos himnos siempre glorifican la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo de entre los muertos. Mientras se cantan estos himnos propios del día, el celebrante reza delante del altar para la absolución general y perdón de los pecados de todos los presentes, a fin de que Dios les haga dignos “de estar delante de la gloria de Tu Santo Altar y de ofrecerte la adoración y alabanza que Te pertenecen.” Luego se canta el himno Trisagion de los ángeles, que perpetuamente resuena la presencia del Reino de Dios. **¡Santo Dios! ¡Santo Poderoso! ¡Santo Inmortal! ¡Ten piedad de nosotros! (Isaías 6, 5)**

Esta versión del Trisagion es antiquísima. Es un himno a la Santísima Trinidad, en cuya presencia los cristianos ortodoxos ahora se encuentran en la liturgia. Es desde esta presencia del Reino de Dios que Dios, por Cristo y el Espíritu, hace competentes a los seres humanos para escuchar, comprender y llevar a la práctica, la Palabra divina que les será anunciada desde el trono del Padre.

LA EPISTOLA

Mientras los fieles cantan el **Trisagion** a la Santísima Trinidad, los celebrantes se dirigen hasta el **Lugar Alto** detrás de la mesa del altar, bendiciendo a Cristo quien “está sentado en el trono de la gloria, sobre los Querubines...” Desde este lugar, como ya hemos dicho, el celebrante se vuelve hacia los fieles y les bendice con la **Paz** de Cristo. Después de la respuesta de los fieles a esta bendición, se lee la Epístola correspondiente al día. Generalmente es un laico que lee esta lectura, o bien alguien que tenga el Orden Menor de Lector en la Iglesia.

En el lenguaje tradicional de la Iglesia, la epístola se llama el **Apóstol** o la **Lectura Apostólica**. Esto es así porque la lectura puede ser tomada del Libro de los Hechos de los Apóstoles o bien de las cartas apostólicas del Nuevo Testamento. La palabra **Epístola** significa *Carta*.⁵¹

⁵¹ En los oficios litúrgicos, tenemos lecturas tomados del Nuevo Testamento: la lectura del **Evangelio**, tomado de los 4 evangelios canónicos (San Mateo, Marcos, Lucas y Juan), y la **lectura apostólica**, tomada del Libro de los Hechos de los Apóstoles o de las Cartas. El único libro del Nuevo Testamento que no es leído litúrgicamente en la Iglesia Ortodoxa es el Apocalipsis, debido a su particular carácter apocalíptico.

Existe una serie de lecturas apostólicas prescritas en un orden específico para cada día del año litúrgico, excepto para los días de semana durante la Gran Cuaresma, cuando no se celebra la Divina Liturgia. También hay lecturas apostólicas específicas designadas para celebraciones especiales de la Iglesia (fiestas de santos, etc.) Así, en una Divina Liturgia, puede haber más de una lectura apostólica. (Por ejemplo, si sucede que el día 6 de diciembre, el día de San Nicolás, cae en un día domingo, corresponderían tanto la lectura apostólica prescrita para el domingo como la del día de San Nicolás.)

Directamente antes de la lectura apostólica, se lee un versículo del libro de los salmos designado para ese día. Esto se llama el prokímenon, palabra del griego que literalmente quiere decir, “lo que viene antes”. Como siempre, el prokímenon, junto a su versículo correspondiente, es alusivo al tema de la liturgia y prepara a los fieles a escuchar la Palabra de Dios.



EL EVANGELIO

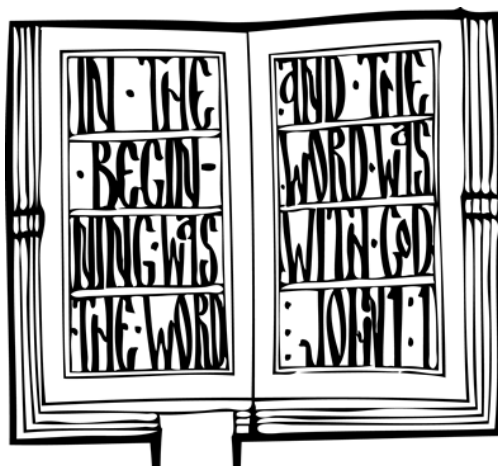
Después de la lectura de la Epístola (la lectura apostólica), se lee el **Evangelio**. Esta lectura es tomada de uno de **los cuatro evangelios canónicos del Nuevo Testamento**: El Evangelio según San Mateo, según San Marcos, según San Lucas, o según San Juan. Entre estas dos proclamaciones de la Palabra de Dios, se canta el **Aleluya**. En este momento, también se ofrece incienso, el sacerdote (o el diácono) incensando el Altar, la Mesa de la Preparación, los iconos del Santuario y del Iconostasio, el lector (o lectora) y todos los fieles.

El canto del Aleluya y el ofrecimiento del incienso en este momento significan la presencia de Dios junto a Su Pueblo, enseñándoles Él mismo Su Palabra mediante Cristo y el Espíritu Santo (**Juan 6,45**) Dios está junto a los seres humanos en la Iglesia, revelándose - a Sí mismo y Su Santa Voluntad - al mundo. El Evangelio es la Buena Nueva de Dios de la salvación, a toda la humanidad. Contiene y proclama su presencia y su poder entre nosotros.

La proclamación del Evangelio en la Iglesia es un acto sacramental. Es una forma de comunión del ser humano con Dios. Es un elemento del misterio litúrgico en y mediante el cual Dios se une con Su Pueblo, y Su Pueblo con Él.

Tal como en el caso de las lecturas de las Epístolas, existen lecturas de los Evangelios prescritas para cada día del año litúrgico, así como lecturas especiales para diferentes celebraciones de la Iglesia (la bendición de una casa, el Sacramento del Matrimonio, el Bautismo, etc.) Nuevamente es posible que hayan dos lecturas del Evangelio indicadas para una liturgia en particular (ver explicación anterior).

Después de la proclamación de la Palabra de Dios mediante el Evangelio, el celebrante predica⁵² una homilía o sermón.⁵³ Este normalmente proclama y explica el significado de la Palabra Divina entregada en esa liturgia, u otro hecho importante en la celebración litúrgica del día, para la vida del Pueblo de Dios y el destino del mundo. En la Tradición Ortodoxa, el sermón es una parte esencial de la Liturgia Eucarística y participa de su carácter sacramental.



52 En la Tradición Ortodoxa, el sermón puede ser entregado por un miembro del clero, o bien por un laico, debidamente instruido en la fe, con la aprobación del sacerdote u del obispo local.

53 En algunas parroquias, el sacerdote da el sermón antes de la comunión de los fieles.

LA SUPLICA

Después de la proclamación de la Palabra de Dios, se finaliza la Liturgia de la Palabra o de los Catecúmenos con la Letanía de la Súplica. En esta letanía, los fieles piden a Dios por sus propias necesidades personales, así como por las de todos, por su prójimo, su país y el mundo entero.

Las intercesiones de esta letanía no son generales, como en la Letanía Mayor al comienzo de la Divina Liturgia, sino específicas para todos aquellos que necesitan de las bendiciones, fuerza y guía de Dios. Se ofrecen oraciones para los enfermos, para los que sufren, los necesitados, los afligidos y los difuntos, nombrándoles individualmente; también se pide por necesidades puntuales, como alguna dificultad en el ámbito nacional, liberación de alguna amenaza, ayuda por una catástrofe natural, etc. También en este momento, se puede ofrecer oraciones en agradecimiento por alguna bendición especial otorgada por Dios. Ya que la parte de la Divina Liturgia que sigue es el ofertorio, también se reza al final de esta letanía por aquellos que traen ofrendas y hacen buenas obras en la comunidad.

Históricamente, una vez finalizada la Letanía de Súplica Ferviente, seguían dos otras letanías: la de los catecúmenos, y la de los fieles. Estas dos letanías no son rezadas hoy en día en la mayoría de las parroquias. Sin embargo, conviene hablar de ellas, puesto que históricamente formaban una parte de la Divina Liturgia, y hasta el día de hoy aun conservan un significado teórico.

En la primera de estas dos letanías, la de los **Catecúmenos**, se pide por aquellos que aún no han sido bautizados. Se ruega a Dios que les conceda el conocimiento de Su Verdad, y los dones de los Santos Misterios. Luego se les despide de la Divina Liturgia, ya que aun no son bautizados y por lo tanto no pueden participar de los dones eucarísticos. En la Iglesia primitiva, todos aquellos que estaban haciendo penitencia por algún pecado o que no participaban de la Comunión por una u otra razón, también se retiraban en este momento. Concluida la letanía de los catecúmenos, se reza una segunda letanía por los fieles que permanecen en la asamblea para participar en la **Santa Comunión**.

En el día de hoy, la despedida de los catecúmenos sólo tiene un significado teórico, ya que no se retiran ni las personas presentes que no van a comulgar ni tampoco los no-bautizados. Todos permanecen juntos al resto de la comunidad para la segunda parte principal de la Liturgia que sigue, la **Liturgia de los Fieles**. (Por esto mismo, como ya hemos dicho, en algunas parroquias ya no se acostumbra rezar la letanía para los catecúmenos, y su despedida.)

Después de la oración que Dios ilumine a los catecúmenos con el Evangelio de la Verdad y unirlos a Su Santa Iglesia, otorgándoles **“en el debido tiempo el baño de la regeneración, la remisión de los pecados y la túnica de la incorrupción”** en el bautismo; y después de su despedida teórica de la liturgia, se rezan dos oraciones para los fieles que ya son miembros de la Iglesia, que Dios escuche sus súplicas y les haga dignos de ofrecer y participar de los dones de la Santa Comunión:

Concédenos a nosotros, a quienes has puesto en este ministerio, con el poder del Santo Espíritu, que irrepreensiblemente y sin pecado, con el testimonio puro de nuestra conciencia, te invoquemos en todo tiempo y lugar: Para que, escuchándonos, seas misericordioso con nosotros, por tu mucha bondad.

... y nos concedas estar próximos a tu santo altar, inocente e irrepreensiblemente. Concédeles también, oh Dios, a los que oran con nosotros, progreso en la vida, en la fe, y en el conocimiento espiritual: Dales a ellos que siempre te sirvan con temor y amor, que inocente e irrepreensiblemente participen de tus santos misterios, y que sean dignos de tu reino celestial.

EL OFERTORIO: LA GRAN ENTRADA

Ahora ha llegado el momento para la ofrenda del sacrificio a Dios. Sólo existe un sacrificio verdadero y aceptable que complace a Dios. Es la ofrenda de Jesucristo, el Cordero de Dios, Quien se ofrece eternamente al Padre por los pecados del mundo.

En Cristo, los seres humanos pueden ofrecerse a sí mismos y los unos a otros, y a todos los seres humanos y el mundo entero, a Dios. Cristo ha unido a todo en Sí mismo, y ha aceptado todo sobre sí mismo. Entonces, en Él y mediante Él, los seres humanos pueden ofrecer todo lo que son, y todo cuanto tienen, a Dios Padre. Ellos pueden hacer esto porque están en Cristo, y han recibido el Espíritu Santo de Él.

En este momento de la Divina Liturgia, el celebrante reza por sí mismo, confesando su indignidad personal propia y afirmando que el único Sacerdote de la Iglesia es Jesucristo:

Pues Tú eres el que ofrece y Eres el Ofrecido, El que recibe, y el que es distribuido, oh Cristo, Dios Nuestro...



Se vuelve a incensar la mesa del altar, los íconos y todos los presentes, mientras se canta el **Himno de los Querubines**:

Nosotros que representamos místicamente a los Querubines, y cantamos el himno tres veces santo a la Trinidad Vivificadora, apartemos en este momento toda solicitud temporal, para recibir al Rey de Todos.

Los **Dones** del pan y vino que representan a Cristo, y en Él, a todos los seres humanos y la creación entera ahora son llevados en una solemne procesión. Los celebrantes, tomando el Cáliz y la Patena de la Mesa de la Oblación, salen en procesión por la Puerta Norte del santuario. Trasladan las ofrendas por el medio del templo, y se detienen frente a las Puertas Reales del Iconostasio, y después entran al santuario depositando el Cáliz y la Patena con las ofrendas del pan y del vino sobre el altar. Se llama la Gran Entrada, a diferencia de la Pequeña Entrada hecha anteriormente con el Libro de los Santos Evangelios. Normalmente la procesión de la Gran Entrada se hace por toda la nave del templo, de modo que es más largo y más solemne que la de la Pequeña Entrada.

Durante la procesión de la Gran Entrada, el celebrante nuevamente invoca a Dios en nombre de todos con la oración del ladrón crucificado: **“Acuérdate, oh Señor, en Tu Reino...”**. Después de colocar las ofrendas en la mesa del altar, se concluye el Himno de los Querubines:

Para recibir al Rey de todo, escoltado invisiblemente por legiones de ángeles. Aleluya, aleluya, aleluya.

En este momento, el celebrante calladamente recita versículos que recuerdan la absoluta perfección de Cristo y de su sacrificio, y su total suficiencia. Pues el Señor que llena todo con su propio ser hace que incluso la tumba sea **“la fuente de nuestra resurrección.”**

El Himno de los Querubines y los versículos meditativos recién mencionados que hace el celebrante, son una adición bastante tardía a la Divina Liturgia. Fueron agregadas en la era imperial de Bizancio con el fin de realzar el central acto litúrgico de la ofrenda, que es el movimiento de la Iglesia entera ofreciéndose a sí misma a Dios Padre mediante su Cabeza, Sumo Sacerdote y Rey, Jesucristo, Quien es también el “siervo sufriente”, el Cordero de Dios de la Nueva Pascua; el único sacrificio que es total, perfecto y aceptable al Padre.

En el ofertorio litúrgico, los fieles se ofrecen en sacrificio a Dios juntos a Cristo. Esto lo realizan mediante el Espíritu Santo como aquellos que han muerto y resucitado con Cristo por el bautismo. Para que la ofrenda litúrgica sea genuina y verdadera, debe ser la expresión viviente de la constante y total ofrenda de la Iglesia a Dios. Si cada miembro de la Iglesia no está en sacrificio perpetuo con Cristo al Padre, y no lleva su cruz por el poder del Espíritu Santo, la entrada ofertorio de la Divina Liturgia se vuelve un símbolo estéril carente de realidad. Como tal no es un movimiento hacia Dios, sino un movimiento hacia juicio y condenación.

Después de la procesión, se reza otra letanía en que se pide que Dios sea misericordioso, por el sacrificio de Cristo, y que acepte a su pueblo y la ofrenda que presenta, a pesar de sus pecados; y que Él les haga dignos de ofrecer los dones y, luego, de participar en la Santa Comunión con Dios.

Oh Señor Dios Omnipotente, Único Santo, Que aceptas el sacrificio de alabanza de los que te invocan de todo corazón. Recibe también la súplica de nosotros pecadores, y llévala a tu santo altar, y haznos dignos de ofrecerte dones y sacrificios espirituales por nuestros pecados y por las ignorancias humanas. Y haznos dignos de encontrar gracia ante Ti, para que Te sea aceptable nuestro sacrificio, y habite el Buen Espíritu de Tu Gracia en nosotros, en estos Dones aquí ofrecidos, y en todo Tu Pueblo...

En este momento se hace la colecta, en que los fieles ofrecen a Dios dones de dinero para el trabajo de la Iglesia, la propagación del Evangelio de Cristo y la ayuda a los pobres y necesitados.

AMOR Y FE

Para que la Divina Liturgia pueda continuar, los fieles han de cumplir con dos requisitos. Estos son las solemnes expresiones de amor y fe esenciales a la vida cristiana, y sin lo cuales no puede haber ni ofrenda, ni comunión con Dios. Por lo tanto, desde el altar el celebrante proclama: **Amémonos los unos a los otros, a fin de que unánimes confesemos:** y los fieles responden: **Al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo, Trinidad Consustancial, e Indivisible.**

El amor es el fundamento de la vida. Esto es la principal verdad cristiana. Sin amor, no puede haber ni vida, ni verdad, ni comunión con Dios, pues **Dios es Amor. (I Juan 4, 8.16)** Jesucristo ha enseñado que toda la ley y los profetas del Antiguo Testamento dependen de los dos grandes mandamientos: amor a Dios, y amor al prójimo; y Él ha dado su propio mandamiento nuevo, que sus discípulos deben amarse unos a otros **“como yo os he amado”.** (Juan 13,24)

Así en la Divina Liturgia, los cristianos son continuamente exhortados a amar. La expresión visible de este amor en la Divina Liturgia es el **Beso de la Paz**, que hoy en día sólo se da entre los miembros del clero concelebrantes. En tiempos pasados, este beso se daba entre todos los fieles presentes, clérigos y laicos. Sin este amor y su afirmación, la liturgia no puede proseguir.

Después de este llamado al amor, se reza el **Credo**, el **Símbolo de la Fe**. La tradicional introducción al Credo en la Divina Liturgia es la exclamación: ¡Las puertas, las puertas! ¡Con sabiduría, estemos atentos! Las puertas a que se refieren son las del templo, que antiguamente se cerraban una vez que los catecúmenos habían salido y sólo los fieles bautizados permanecían en la congregación litúrgica. La razón histórica por esta exclamación era, que el Credo fuera pronunciado únicamente por aquellos que lo habían afirmado formalmente en el bautismo, y que lo siguen confesando en su diario vivir.

El rezar el Símbolo de la Fe, el Credo, en la Divina Liturgia, es el reconocimiento oficial de la aceptación personal, por parte de cada creyente, de su propio bautismo, crismación y participación en el Cuerpo de Cristo. Es la única oración en toda la Divina Liturgia, además de la similar confesión personal antes de la comunión, en que se utiliza el pronombre personal de la primera persona singular, **yo**. Durante todas las demás oraciones de la Divina Liturgia entera, la comunidad reza en el plural, **nosotros**. Es solamente en este momento que cada individuo confiesa por sí mismo(a): **Creo**.

Nadie puede creer por otro. Cada uno debe creer por sí mismo. Una persona que cree en Dios, en Cristo, en el Espíritu Santo, en la Iglesia, en el bautismo y en la vida eterna, es decir, una persona que acepta ser miembro de la Iglesia mediante el bautismo, puede participar plenamente en la Divina Liturgia. Si no cree así, no puede participar. Simplemente no puede participar, ya que esta fe es el requerimiento específico para ser miembro de la Iglesia y participar en la Divina Liturgia. Sin esta fe, el movimiento de la liturgia no puede seguir. Con ella, y su afirmación y reconocimiento en el Credo, la acción litúrgica continúa.

Es costumbre en la Iglesia que, mientras se reza el Credo, el clero mueve un velo sobre los dones ofrecidos en movimiento de abanico. Durante la época bizantina, este movimiento era un acto incorporado a la liturgia de la Iglesia de entonces, símbolo de la presencia del Rey Celestial en medio de Su pueblo, esto es, por el Libro de los Santos Evangelios y los Dones Eucarísticos.⁵⁴

54 En algunas parroquias, existen abanicos litúrgicos especiales que son llevados en las procesiones de la Pequeña y Gran Entradas por los acólitos.

EL CANON EUCARÍSTICO: LA ANÁFORA

Ahora se da comienzo a la parte de la Divina Liturgia llamada el **canon eucarístico**. También se llama la **Anáfora**, palabra que quiere decir la **elevación** de los Santos Dones a Dios. En este momento, los dones de pan y vino que han sido ofrecidos en el altar son elevados desde el altar a Dios Padre, a fin de que los santifique por el Espíritu Santo y que se transmuten en el Cuerpo y Sangre de Cristo.

La forma general del canon eucarístico es el del ritual de la pascua del Antiguo Testamento, ahora cumplido y perfeccionado en la nueva y eterna alianza de Dios para con los seres humanos, en la persona y obra de Jesucristo el Mesías, **“nuestra pascua que ha sido sacrificada.”** (I Corintios 5, 7; ver también Hebreos 5-10) El sacerdote comienza la anáfora eucarística con las siguientes palabras: **“Estemos con rectitud, estemos con temor y atentos para ofrecer en paz la Santa Oblación.”** Los fieles responden cantando, **“La misericordia de paz, el sacrificio de la alabanza.”**

La **Santa Oblación** es Cristo, el Hijo de Dios hecho Hijo del Hombre para ofrecerse a Su Padre por la vida del mundo entero. En su persona, Jesucristo es la perfecta **ofrenda de paz**, lo único que trae la misericordia reconciliadora de Dios. Esto es lo que quiere decir la expresión, **“la misericordia de paz,”** una frase que ha sido fuente de confusión para muchos a través de los años, en todos los idiomas.

Además de ser la perfecta ofrenda de paz, Jesucristo es también el único **sacrificio de alabanza** aceptable que los seres humanos pueden ofrecer a Dios. No existe nada dentro del ser humano que pueda compararse a la bondad de Dios. No hay nada con que nosotros podamos, de manera digna, agradecer y alabar al Creador. Esto sería cierto aun si los seres humanos no fuéramos pecadores. Así Dios mismo otorga a los seres humanos Su más perfecto Sacrificio de Alabanza. El Hijo de Dios se hace genuinamente **humano**, a fin de que los seres humanos tuvieran a uno que en su divino-humanidad, sea de su propia naturaleza igual a la santidad y bondad de Dios. Nuevamente esto es Cristo, el **sacrificio de la alabanza**.

En Cristo, entonces, todo se completa y todo se cumple. Únicamente en Él se cumple todo el sistema sacrificial del Antiguo Testamento, el cual es la imagen del esfuerzo universal del ser humano de ser digno de Dios. Toda ofrenda posible se incluye y se perfecciona en el sacrificio de Cristo en la Cruz. Él es el sacrificio hecho por la paz, la reconciliación y el perdón. Él es el sacrificio por la súplica, el agradecimiento y la alabanza. En Él, se perdona todos los pecados e impurezas del ser humano. En Él, se cumple todas las aspiraciones positivas del ser humano. En Él, y solamente en Él, se unen todos los caminos del ser humano hacia Dios, y todos los que descienden de Dios hacia el ser humano en una Santa Comunión. Es únicamente mediante Él, que los seres humanos tienen **“acceso por un mismo Espíritu al Padre.”** (Efesios 2, 18; ver también Juan 14; II Corintios 5; Colosenses 1)

Ahora el celebrante se dirige a la congregación con la bendición Trinitaria del Apóstol Pablo. (II Corintios 13,14) Este saludo cristiano es mucho más elaborado que el simple saludo de paz (*shalom*) del Antiguo Testamento:

La gracia de Nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios Padre, y la comunión del Espíritu Santo sea con todos vosotros.

Y los fieles responden, **“Y con tu espíritu.”**

Primero viene la **gracia** de Cristo. En esta gracia, se contiene la plenitud del **amor** de Dios y la **comunión** del Espíritu Santo. El celebrante ofrece todo este derramamiento de la vida interior de la Santísima Trinidad al Pueblo de Dios. Y ellos a su vez responden con la súplica que esta “plenitud de Dios” esté también con él.

Luego sigue el diálogo eucarístico entre el celebrante y la asamblea:

¡Elevemos nuestros corazones!

¡Los tenemos juntos al Señor!

Demos gracias al Señor.

Digno y justo es adorar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, Trinidad Consustancial e Indivisible.

Cuando en Cristo, elevamos los Dones eucarísticos, también elevamos nuestros corazones. En la Biblia, el **corazón** del ser humano representa todo su ser, la raíz y el punto de convergencia de los múltiples aspectos de su vida. Entonces, en la Anáfora, tal como ha dicho el Apóstol Pablo, el ser humano entero es llevado hasta el Reino en donde Cristo está sentado a la diestra del Padre.

Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. (Colosenses 3, 1-3)

En griego, la palabra **eucaristía** significa *“acción de gracias”*, o *“agradecimiento”*, que es la manera en que uno se eleva hacia Dios mediante el agradecimiento, la acción de gracias. La Divina Liturgia eucarística es fundamentalmente la acción de elevar el corazón de uno y dar gracias a Dios por todo cuanto Él ha hecho para el ser humano y el mundo entero, en Cristo y en el Espíritu Santo: la creación, la salvación, y la eterna glorificación.

El pecado original del ser humano, el origen de todos sus problemas, la corrupción y su muerte, es su rechazo a dar gracias a Dios. La restauración de la comunión con Dios, y con toda la creación en Él, es mediante el agradecimiento en Cristo. Jesús fue el único ser de naturaleza humana que fue totalmente agradecido, humilde y obediente a Dios. En Él, como el único Hijo Amado de Dios y el único perfecto Adán, todos los seres humanos pueden elevar sus corazones y dar gracias al Señor: **“Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos.”** (I Timoteo 2, 5)

Con corazones elevados al Señor, y agradecimiento dado a Dios, la oración del canon eucarístico prosigue:

Digno y justo es cantarte, bendecirte, alabarte, darte gracias y adorarte en todo lugar de Tu imperio. Porque Tú Eres el Dios inefable, inconcebible, invisible, incomprensible, eterno y sin cambio, Tú y Tu Hijo Unigénito y Tu Santísimo Espíritu.

Tú de la nada nos has traído a la existencia; y caídos nos has levantado otra vez, y no has dejado nada por hacer, hasta habernos conducido al cielo, y habernos dado tu reino futuro. Por todo esto te damos gracias a Ti, y a Tu Unigénito Hijo, y a Tu Espíritu Santo, por todas las cosas: las que sabemos y las que no sabemos, por los beneficios visibles e invisibles hechos a nosotros.

Te damos gracias también por este culto, que te has dignado recibir de nuestras manos, aunque tengas delante de Ti miles de arcángeles y miríadas de ángeles, querubines y serafines de seis alas, muchos ojos, sublimes, alados, Entonando el himno triunfal, cantando, proclamando y diciendo:

Santo, Santo, Santo es el Señor Sabaoth. El cielo y la tierra están llenos de Tu gloria. Hosanna en las alturas. Bendito es el que viene en el nombre del Señor. Hosanna en las alturas.

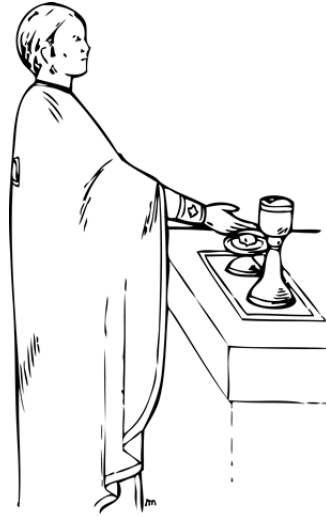
En este momento de la Divina Liturgia, el agradecimiento del ser humano a Dios Padre llega a su clímax por todo cuanto Él ha hecho en Cristo y el Espíritu. El ser humano que esté en Dios recuerda todo, y es agradecido a Dios. Su recuerdo y su agradecimiento lo llevan hasta la presencia del Reino, al Trono del Padre, para cantar el himno tres veces santo, junto a los coros angélicos. (Isaías 6, 1-5)

Mediante Cristo y el Espíritu Santo, el hombre de fe es transportado en espíritu para estar junto a su Señor. Se dejan atrás las limitaciones de esta época mediante el agradecido recuerdo de Cristo y la salvación que Él logró para con la humanidad y la creación entera. Así la oración eucarística sigue con la atención puesta en aquel único Hombre y aquella noche única, en que el Hijo Divino se entregó a Sí Mismo como alimento para los fieles, como sacrificio por la vida del mundo.

Nosotros también, juntamente con estas bienaventuradas potestades, oh Señor, Amante de la Humanidad, clamamos y decimos: Eres Santo y Santísimo, Tú y Tu Unigénito Hijo, y Tu Espíritu Santo. Eres Santo y Santísimo y Tu Gloria es magnífica.

Tú que has amado al mundo hasta darle

Tu Hijo Unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que obtenga la vida eterna. El cual, habiendo venido al mundo y cumplida su misión para con nosotros, en la noche en que fue entregado, o más bien, en que se entregó El mismo por la vida del mundo, tomando el pan en sus santas, purísimas e inmaculadas manos, habiendo dado gracias, habiéndolo bendecido, santificado y partido, lo dio a sus santos discípulos y apóstoles diciendo:



Tomad y comed, este es mi Cuerpo, que por vosotros es partido para la remisión de los pecados.

Del mismo modo tomó el cáliz, después de cenar, diciendo:

Bebed de él todos, esta es mi Sangre del Nuevo Testamento, que por vosotros y por muchos es derramada para la remisión de los pecados.

Recordando, pues, este mandato salvador, y todo lo que ha sido hecho para con nosotros: la Cruz, el Sepulcro, la Resurrección al Tercer Día, la Ascensión a los cielos, la Entronización a la Diestra, la Segunda y Gloriosa Venida.

Lo Tuyo de lo que es Tuyo, te ofrecemos por todos y por todo.

Estas palabras proclaman que todo lo que se ofrece al Padre ya le pertenece, pues cada criatura y la creación entera son Suyas, junto al divino e increado Hijo Amado y el Espíritu Santo. Mientras el celebrante entona esta afirmación, eleva sobre el altar los Dones eucarísticos significando que todos los fieles cristianos son elevados, exaltados, en Cristo hasta el Reino de Dios.

Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, ... sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios; somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecho una vez para siempre. ... pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios ... porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados. (Hebreos 9, 24; 10, 10-14)

Los cielos y la tierra ahora son reunidos y llenos de la gloria de Dios. Los tiempos pasados y los tiempos venideros ahora están unidos. La Cena, la Cruz, la tumba, la Resurrección, la Ascensión, el Reino que ha de venir ... todos se unen en el momento eucarístico de la Divina Liturgia. El ser humano está con Dios en una santa comunión que “no es de este mundo”. Todos los límites del tiempo y del espacio son quebrantados. Todos los muros divisorios entre los seres humanos son destruidos. Los pecados de los seres humanos son perdonados en Cristo, sus impurezas purificadas, su corrupción sanada. Su naturaleza mortal es restaurada a la inmortalidad original con Dios. Su humanidad creada ahora se llena de la Divinidad increada de la Santísima Trinidad. Lo único que aún queda es sellar esta acción mediante la invocación del Espíritu de Dios.

LA EPÍCLESIS

Después de la elevación de los Dones eucarísticos al Padre, el celebrante de la Divina Liturgia pide que el Espíritu Santo descienda sobre los Dones, y sobre todos los presentes, y que cambie (o que muestre, como dice en la Liturgia según San Basilio el Magno) el pan y el vino ofrecidos en memoria de Cristo para que sean el mismo **Cuerpo y Sangre del Señor**.

Los Ortodoxos consideran que la oración para la venida del Espíritu Santo es una parte esencial de la Divina Liturgia. Se llama la **Epiclesis**, lo que literalmente significa la **invocación**.

La Iglesia Ortodoxa cree, y así lo expresa en su oración, que el Espíritu Santo está siempre **“presente en todas partes y todo lo llena”**⁵⁵. La invocación del Espíritu Santo en la Divina Liturgia es la solemne afirmación de que todo lo bueno y positivo que hay en la vida, es logrado por el Espíritu de Dios. La creación, la salvación, la glorificación eterna; toda la obra de Dios al crear y salvar al mundo se logra por el poder del Espíritu Santo. Él es quien habitó en Jesús haciéndolo el Cristo. Por Él Cristo se encarnó de la Virgen María. Él es quien llevó a Cristo hasta la cruz como víctima inocente, y quien lo resucita como vencedor de la muerte.

Él es quien garantiza que Dios habite junto a los seres humanos en la Santa Comunión de la Iglesia y en la vida del Reino venidero.

De nuevo Te ofrecemos este culto espiritual e incruento, y pedimos, rogamos y suplicamos, que envíes Tu Espíritu Santo sobre nosotros y sobre estos dones presentes.

Y haz de este pan, el purísimo cuerpo de Tu Cristo. Amen.

Y lo que está contenido en este cáliz, la purísima sangre de Tu Cristo. Amen.

Transmutándolos por Tu Espíritu Santo. Amen. Amen. Amen.

De suerte que vengan a ser para los que participaren purificación del alma, remisión de los pecados, comunión del Espíritu Santo, plenitud del Reino de los Cielos, confianza en Ti y motivo de juicio o condenación.⁵⁶

55 Frase tomada de la Oración al Espíritu Santo, “Oh Rey Celestial”.

56 En las iglesias ortodoxas de tradición eslava, se reza la Oración de la Tercera Hora junto a la epiclesis. Es una oración que le pide al Señor que envíe el Espíritu Santo a la Iglesia tal como lo hizo en “la tercera hora” a sus santos apóstoles y discípulos en Pentecostés. Esta oración fue agregada con el fin de enfatizar el hecho de que la presencia del Espíritu Santo en el acto sacramental de la Divina Liturgia es absolutamente necesaria, y afirmar que no se puede hacer nada en Cristo, sin la intervención específica del Espíritu Santo de Dios.

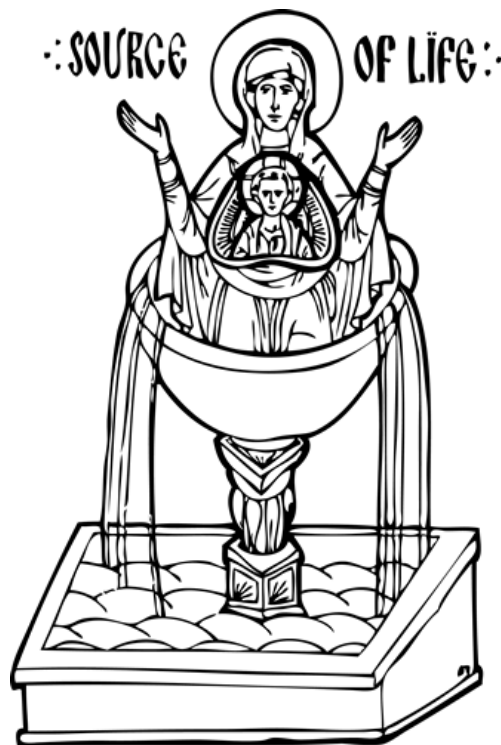
LAS CONMEMORACIONES

Se ofrece la Santa Eucaristía en memoria de Cristo. “Haced esto en memoria mía.” Al recordar a Cristo, y ofrecer todo a Dios Padre en y mediante Él, la Iglesia se llena de la presencia del Espíritu Santo. En la Divina Liturgia, el Espíritu Santo viene “sobre nosotros y sobre los dones aquí ofrecido.” Todo se llena del Reino de Dios. En el Reino de Dios, nada pasa al olvido. Todo se recuerda, y por lo tanto todo se vivifica. Así, en ese momento, en la Divina Liturgia, los fieles, cuando recuerdan a Cristo, recuerdan también a todos los seres humanos y todas las cosas en Él, especialmente la Madre de Cristo, la Santa Theotokos, y a todos los santos.

Es importante tener presente, que la Divina Liturgia es la actualización de la resurrección de Cristo y el verdadero poder del acontecimiento único y salvador de Cristo para su pueblo, en todos sus múltiples aspectos y elementos. Por lo tanto la Divina Liturgia, siempre se ofrece por todos aquellos que necesitan de la salvación, desde la Madre de Dios y los santos hasta la Iglesia entera y toda la creación.

Te ofrecemos también este culto espiritual por medio de los que descansan en la fe: de los progenitores, padres, patriarcas, profetas, apóstoles, predicadores, evangelistas, mártires, confesores, ascetas, y de toda alma justa muerta en la fe.

Principalmente por nuestra Santísima, purísima, bendita y gloriosa Señora, Madre de Dios y Siempre Virgen María.





Mientras el coro canta un himno a la Theotokos, que a veces varía durante el año litúrgico de acuerdo a las diferentes celebraciones y fiestas, el celebrante incienso los Dones eucarísticos consagrados y prosigue, pidiendo a Dios que recuerde a San Juan Bautista, los santos del día, los fieles difuntos, la Iglesia, y el mundo entero. Luego, después de la conmemoración del obispo de la diócesis, los fieles recapitulan todas las conmemoraciones en una sola frase: **¡Y de todos y de todo!**

Enseguida hay más oraciones en que se pide a Dios a recordar la ciudad, el país, los viajeros, los enfermos, los que sufren, los cautivos, los benefactores de la Iglesia, los que “recuerdan a los pobres, y todas las personas”. Además, se hace provisión en este momento de la liturgia para recordar a los fieles que están en necesidad de misericordia especial de Dios, cada uno por su nombre.

En la Divina Liturgia de San Basilio el Magno, que es más larga y más detallada que la de San Juan Crisóstomo⁵⁷, las conmemoraciones son muy específicas y numerosas, ocupando más que tres páginas en el Liturgicon, el libro del celebrante.

Nuevamente debemos enfatizar el hecho de que la conmemoración en la Iglesia Ortodoxa, y particularmente la conmemoración de Dios y por Dios, tiene un significado muy especial. Según la Fe Ortodoxa, expresada y revelada en la Biblia y en la Divina Liturgia, el recuerdo o la conmemoración divina significa gloria y vida, mientras el olvido divino significa corrupción y muerte. En Cristo, el ser humano recuerda a Dios y Su Reino. Así las conmemoraciones hechas durante la Divina Liturgia son una especie de comunión viva entre el cielo y la tierra.

⁵⁷ Se celebra la Divina Liturgia de San Basilio el Magno 10 veces el año en días prescritos por la Iglesia: los cinco domingos de la Gran Cuaresma; la Víspera de la Navidad; la Víspera de la Teofanía; el Gran Jueves Santo en la mañana; el Gran Sábado Santo en la mañana; y el día 1º de enero, fiesta de San Basilio.

EL PADRE NUESTRO

Después de las conmemoraciones de la Divina Liturgia, las personas rezan a Dios pidiéndole que les permita adorar **“con una sola boca y un solo corazón.”** Luego el celebrante los bendice diciendo: **“Que las misericordias de nuestro Gran Dios y Salvador Jesucristo sean con todos vosotros”**; luego el sacerdote o el diácono continúa con **“habiendo recordado a todos los santos”**, y sigue cantando la letanía en que suplica a Dios que reciba los dones eucarísticos **“en su santo, celestial y perfecto altar”** y que **“nos envíe en retorno su divina gracia y el don del Espíritu Santo.”**

Finalizando la letanía con la oración para **“la unidad de la Fe y la Comunión del Espíritu Santo,”** los fieles encomiendan sus vidas a Cristo, pidiendo que sean dignos de **“con confianza y sin temor a condenación”** de invocar al Dios Celestial como Padre y a decir: **“Padre Nuestro, que estás en los cielos...”**

En el Antiguo Testamento, el Pueblo de Dios no se atrevía jamás a dirigirse a Dios en oración con el nombre tan íntimo de Padre. Es únicamente en Cristo, y por Cristo, que los seres humanos pueden tener tal confianza. Solamente los cristianos pueden en verdad orar el Padre Nuestro como les fue enseñado por el Hijo de Dios Jesucristo. Solamente los que han muerto con Cristo y han resucitado con Él en el bautismo, y que han recibido el poder de ser hijos de Dios por el Espíritu Santo en la crismación pueden acercarse al Dios Todopoderoso Altísimo como a su Padre. (**Juan 1, 12; Mateo 6, 9; Romanos 8, 14; Gálatas 4, 4**)

En la Iglesia primitiva, se enseñaba el Padre Nuestro a las personas solamente después de que había sido incorporados en Cristo mediante el bautismo y la crismación. Justo antes de recibir los dones de la Santa Comunión **“para la remisión de los pecados, el perdón de las transgresiones, la comunión del Espíritu Santo y la herencia del Reino de los Cielos”**, los fieles que ya son hijos de Dios en Cristo y en el Espíritu ejercen su don de filiación divina en el Salvador. Se atreven a orar a Dios como su propio Padre.



LA SANTA COMUNIÓN

Después de la oración del Padre Nuestro, el celebrante nuevamente ofrece la Paz de Cristo a las personas, y con cabezas inclinadas oran juntos por su digna participación en la Santa Comunión. El celebrante reza para que Cristo mismo venga a distribuir Su Cuerpo y Su Sangre.

Escúchanos, Señor y Dios Nuestro Jesucristo, desde tu morada santa y desde el trono de la gloria de Tu

Reino; y ven a santificarnos, Tú, que en lo alto estás sentado con el Padre, y aquí invisiblemente presente con nosotros: y dínate, con tu poderosa mano, darnos Tu Purísimo Cuerpo y Tu Preciosísima Sangre, y, por medio nuestro, a todo el pueblo.

El Cordero consagrado es entonces elevado con la proclamación: “¡Lo santo a los santos!” Y los fieles responden, **“Un solo Santo. Un solo Señor, Jesucristo, en la gloria de Dios Padre. Amen.”** Luego el celebrante parte el Cordero en 4 porciones, tal como fue dividido en la prokomeia. Un pedazo del pan santificado (el que está marcado con las letras griegas IC) es colocado en el cáliz junto a un poco de agua caliente, lo que simboliza el carácter vivo del Cristo Resucitado cuyo cuerpo y alma están reunidos y llenos del Espíritu Santo en la vida glorificada del Reino de Dios.

Entonces los clérigos reciben la Santa Comunión del pan (marcado con las letras XC), y beben de la copa consagrada. Mientras el clero participa de los Santos Misterios, los fieles cantan un himno especial de la comunión, el cual varía de acuerdo a la festividad litúrgica. Pueden cantar, además, otros himnos alusivos a la celebración.



Antes de recibir la comunión, los fieles rezan la siguiente oración:

Creo, Señor, y confieso, que Tú eres en verdad el Cristo, Hijo de Dios Vivo, que viniste al mundo a salvar a los pecadores, de los cuales soy yo el primero. (Ver Timoteo 1, 15)

Creo también que éste es Tu Mismo Cuerpo Purísimo y que ésta es Tu Misma Preciosa Sangre. Así, pues, Te ruego:

Ten piedad de mí, y perdóname mis pecados voluntarios e involuntarios, los cometidos de palabra y de obra, con conocimiento y por ignorancia:

Hazme digno de que participe, sin condenación, de Tus purísimos Misterios, en remisión de los pecados y para la vida eterna. Amen.

Acéptame, hoy, oh Hijo de Dios, como partícipe de Tu Mística Cena. Pues no revelaré tu misterio a tus enemigos, ni te daré un beso traidor como Judas, sino como el buen ladrón te confieso y te digo, Acuérdate de mí, Señor, en Tu Reino.

Que la comunión de Tus Misterios no me sea para juicio o condenación, oh Señor, sino para curación del alma y del cuerpo.

Los fieles reciben la Santa Comunión de una cucharita. El sacerdote les da un pedacito del pan consagrado (tomado de la parte del pan marcado **NI KA**), junto al vino santificado. La comunión que reciben los fieles siempre es de los Dones eucarísticos ofrecidos y santificados en la Divina Liturgia de ese día, y jamás de alguna “reserva”.⁵⁸ Como ya se ha dicho con anterioridad, todas las personas que son miembros de la Iglesia mediante los sacramentos de bautismo y crismación, incluyendo a los niños pequeños y bebés, pueden participar de la Santa Comunión.

Durante la comunión de los fieles, normalmente se canta uno de los siguientes himnos:

Recibid el Cuerpo de Cristo, Gusta de la Fuente de Inmortalidad.

O bien

Acéptame hoy, oh Hijo de Dios, como partícipe de Tu Mística Cena. Porque no revelaré Tu Misterio a Tus enemigos, oh Cristo, ni te daré un beso traidor como Judas. Sino como el buen ladrón Te digo: Acuérdate de mí, Señor, en Tu Reino.

En algunas parroquias, las personas se acostumbran a recibir un pedazo de pan bendito después de la comunión.⁵⁹ Esto les ayuda a recibir los santos dones, y les da algo para comer, ya que han estado en ayuno, en preparación a la comunión.

⁵⁸ En la Iglesia Ortodoxa, se guarda una reserva de la Santa Comunión, sólo para los enfermos y otros casos especiales de emergencia, por así decir. Esta reserva de los dones eucarísticos es generalmente preparada una vez al año, el día Jueves Santo por la mañana, durante la celebración de la Divina Liturgia.

⁵⁹ Incluso en algunas comunidades, especialmente de tradición rusa o eslava, las personas también reciben un poquito de vino bendecido.

LA ACCIÓN DE GRACIAS

Después de la comunión de los fieles, el celebrante bendice a los fieles con las palabras: **Salva, oh Señor, a Tu Pueblo, y bendice a Tu Heredad.** Y las personas responden cantando:

Hemos visto la luz verdadera, hemos recibido el Espíritu Celestial.
Hemos hallado la Verdadera Fe. Adoremos la Trinidad Indivisible,
pues ésta nos ha salvado.

El celebrante entonces bendice a los fieles con el cáliz eucarístico que aun contiene los dones que no fueron distribuidos, y los lleva hasta la mesa de la preparación, donde el miembro más joven del clero presente los consume.⁶⁰

Enseguida se canta una letanía de agradecimiento al Señor, con oraciones para darle gracias por haber bendecido a su pueblo con la participación en los **“celestiales e inmortales misterios.”** Las oraciones también piden a Dios que **“todo este día sea perfecto, santo, pacífico y sin pecado,”** de modo que, mediante la recepción de la Santa Comunión, nuestros pasos sean rectos, fortalecidos en el temor de Dios.

Las oraciones e himnos que se cantan en la Divina Liturgia después de la Santa Comunión, tal como todas las otras partes del oficio divino, presuponen que los miembros de la Iglesia participen de los misterios eucarísticos y reciben los dones del Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo. El ofertorio, la anáfora, la epiklesis, las conmemoraciones, el Padre Nuestro y la Santa Comunión misma, todas afirman la activa participación de los fieles.

Así es obvio, a partir del texto de la Divina Liturgia como es siempre celebrada en la Iglesia Ortodoxa, que la recepción de la Santa Comunión por parte de los fieles es parte normal de la liturgia y de la vida de los cristianos. No debe ser reservada para ciertas fiestas o periodos litúrgicos, sino que se debe participar en ella con mucha oración y devoción cada vez que se celebre la Divina Liturgia.

Puede suceder que no todas los miembros de la parroquia estén preparados para recibir la Santa Comunión en cada Divina Liturgia. Incluso es razonable esperar que esto sería el caso a menudo, dadas las actuales condiciones de nuestra vida en la sociedad contemporánea y el gran número de personas que son cristianos en nombre solamente. Sin embargo, aunque sea así, se debe insistir de la manera más firme posible, sin ninguna duda ni reserva, que todas las oraciones, himnos y acciones de la Divina Liturgia en la Iglesia Ortodoxa presuponen la participación regular de todos los fieles en la Santa Comunión.

60 En parroquias que siguen la tradición rusa o eslava, mientras los dones son trasladados a la mesa de la preparación, los fieles cantan el siguiente himno: **“Que nuestra boca se llene de Tu alabanza, Señor, para que cantemos Tu gloria, ya que te has dignado admitirnos a la participación de Tus Santos, divinos, Inmortales y Vivificadores Misterios. Consérvanos en Tu Santidad, y que este día empleemos en meditar Tu Justicia. Aleluya, aleluya, aleluya.”**

LA BENDICIÓN Y DESPEDIDA

Después de haber dado gracias a Dios por su don de la Santa Comunión, el celebrante exclama, **“Salgamos en paz.”** Los fieles responden a esta exhortación con las palabras, **“En el Nombre del Señor.”**

Se reza una última oración, frente al ícono de Cristo del Iconostasio, llamada la **Oración del Ambón**, en la cual el sacerdote pide la paz y bendición de Dios para todo Su Pueblo, la Iglesia y el mundo entero. En esta oración, los creyentes también afirman junto al Apóstol Santiago que “toda dádiva y todo don perfecto viene de lo alto y desciende del Padre de luces” (**Santiago 1, 17**) Después de esta oración que eleva gloria, agradecimiento y adoración a Dios, los fieles cantan tres veces: **“Bendito sea el Nombre del Señor, desde ahora y por los siglos.”**

En este momento, al sacerdote generalmente da los avisos correspondientes de la parroquia, saluda a los fieles y les da su bendición personal. Luego se pronuncia la última bendición de la Divina Liturgia después de la exclamación a Cristo como **“nuestro Dios y nuestra Esperanza.”**

La última bendición litúrgica es la bendición de Cristo. En los días domingo, el día del Señor, siempre comienza con una referencia a su resurrección de entre los muertos. Cuando la Divina Liturgia es celebrada en otros días de la semana, se hace referencia a algún otro aspecto de la persona y obra salvadora del Señor. En esta bendición final, se invocan la misericordia y salvación de Cristo, que ama a toda la humanidad, por la intercesión de la Santísima Virgen María, Madre de Dios, y por las oraciones de los santos conmemorados en ese día, el santo cuya liturgia es celebrada⁶¹, el o los santos en nombre de quienes la parroquia esté dedicada, así como otros santos venerados en forma especial en la comunidad local.

Después de esta bendición, los fieles se acercan para venerar la santa cruz sostenida en mano del celebrante y recibir un pedacito de pan bendito del cual la ofrenda eucarística fue tomada al comienzo de la Liturgia. Se llama este pan el **antidoron**, que literalmente quiere decir **“en vez de los dones”**, ya que antiguamente la práctica era de entregar este pan solamente a las personas que no habían recibido la Santa Comunión. Hoy en día todas las personas presentes normalmente participan de este pan, y también llevan un poco de él a la casa para entregar a las personas que no pudieron participar en la Divina Liturgia.

La despedida de la Divina Liturgia es una acción tan litúrgica y sacramental como fue la de reunirse al comienzo. Es el último paso crítico de todo el movimiento de la Divina Liturgia. Al ser despedidos de la asamblea litúrgica, se encomiendan al Pueblo de Dios a irse en paz para dar testimonio del Reino de Dios del cual participaron en la liturgia de la Iglesia. Se les encomienda a tomar todo cuanto hayan visto, escuchado y experimentado en la Iglesia, y hacerlo vivo dentro de sus propias vidas en la vida del mundo. Es solamente de esta manera que la presencia y el poder del Reino de Dios que “no es de este mundo” pueda extenderse desde la Iglesia hasta la vida de los seres humanos.

Los que han visto la Luz Verdadera, que han recibido el Espíritu Celestial, que han encontrado

61 E.d. San Juan Crisóstomo, San Basilio el Magno, o San Gregorio.

la Verdadera Fe en la liturgia de la Iglesia; los que han participado de los santos, divinos, inmortales, y vivificadores misterios de Cristo, se vuelven competentes para hacer la misma proclamación y el mismo testimonio hechos por los apóstoles y por todos los verdaderos cristianos en cada época y en cada generación. Es por esta razón que la Iglesia de Dios y su Liturgia existen.

Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos, tocante al Verbo de Vida. (Porque la Vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó.); Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con Su Hijo Jesucristo. Estas cosas os escribimos para que vuestro gozo sea cumplido. (I Juan 1, 1-4)

